
SCARLETT SIMMONS
FIN DE AÑO CON EL
CEO
CEOS DE NUEVA YORK, 5

FIN DE AÑO CON EL CEO

Scarlett Simmons

SERIE

CEOS DE NUEVA YORK

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2024
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

LA SERIE CEOS DE NUEVA YORK

de *Scarlett Simmons*

recoge cinco historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, empresario y dirigente, con diferentes problemas que irás descubriendo. Cada uno por una razón diferente se relaciona con la protagonista femenina según el *troppo* que utilice en la historia.

En esta quinta novela *Fin de año con el CEO*, encontrarás algo diferente porque nuestro CEO, aunque vive en Nueva York, es de origen escocés, rico heredero, y será en su mansión escocesa donde ocurra gran parte de la trama.

Un CEO que desea normalidad en su vida, pero que, sin embargo, sigue actuando según los requerimientos de su padre. En su mansión hay una antigua casa de empleados que tiene alquilada a una pareja, Fer y Duncan, que se dedican a crear música para películas. Justo antes de fin de año, Fer se rompe una pierna pero Duncan no puede quedarse con él porque deben ir a un evento importante en Londres. Por eso llaman a la hermana de Fer, Alicia que llega desde España para cuidarlo y pasar el fon de año con él. Logan, nuestro CEO, debe ir con urgencia a Escocia para resolver un problema de su empresa y se queda sin planes para Nochevieja.

Un encuentro fortuito, la insistencia de Fer y una bodega insuperable, marcan los puntos principales que harán que Alicia y Logan se odien y se vean obligados a pasar juntos la última noche del año.

Te dejo con esta historia, la quinta de la serie. Te recuerdo que son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Por orden de publicación, encontrarás estos títulos:

La ambición del CEO

El misterio del CEO
La desconfianza del CEO
La arrogancia del CEO
Fin de año con el CEO

Encuéntralas aquí:


SCARLETT SIMMONS
FIN DE AÑO CON EL
CEO
CEOS DE NUEVA YORK, 5

Capítulo 1
Alicia
Capítulo 2
Alicia
Capítulo 3
Logan
Capítulo 4
Alicia
Capítulo 5
Logan
Capítulo 6
Alicia
Capítulo 7
Logan
Capítulo 8
Alicia
Capítulo 9
Logan
Capítulo 10
Alicia
Capítulo 11
Logan
Capítulo 12
Alicia
Capítulo 13
Logan
Capítulo 14
Alicia
Capítulo 15
Logan
Capítulo 16
Alicia
Capítulo 17
Logan
Capítulo 18
Alicia
Capítulo 19
Logan
Capítulo 20
Alicia
Capítulo 21
Logan

Capítulo 22
Alicia
EPILOGO
LOGAN
Pasión en el Paraíso

CAPÍTULO 1

Alicia

El frío me recibe como una traición inesperada en cuanto atravieso las puertas del aeropuerto de Edimburgo. Respiro hondo y dejo que el aire helado me despierte del todo mientras me ajusto la bufanda. Frente a mí, Duncan levanta una mano para llamarme. Es imposible no distinguirlo, con su altura imponente y ese abrigo gris que lo hace parecer sacado de un catálogo de ropa de marca. A su lado, su coche nos espera con el motor en marcha.

—¡Alicia! —me saluda con ese acento escocés tan suyo que nunca deja de hacerme sonreír. Cuando llego a su lado, se inclina para besarme la mejilla con la misma calidez que siempre lo ha caracterizado, aunque noto una leve tensión en su rostro, seguramente por la situación con Fer que les ha obligado a improvisar… y a echar mano de mí.

—¿Cómo está Fer? —pregunto mientras él coloca mi equipaje en el maletero.

—Inaguantable, ya conoces lo mal enfermo que es —ríe con cariño—. Le he tenido que obligar a quedarse en casa, donde debe de estar. Estaba empeñado en venir a recogerte, aunque no hubiera cabido en el coche con la pierna escayolada desde la ingle. Tú sabes cómo es, cabezón como pocos. —Duncan pone los ojos en blanco, aunque su tono tiene más cariño que reproche.

Me acomodo en el asiento del copiloto, aunque la sensación es de que conduzco yo al tenerme que poner a la izquierda, y aprovecho el trayecto para bombardearlo con preguntas

—Y tú, ¿cómo estás? Dejarlo solo estos días debe costarte. No creo que eso lo tenga de muy buen humor.

Duncan se pone el cinturón de seguridad y arranca antes de contestar. El coche se pone en marcha, dejando atrás el bullicio del aeropuerto. Luego, me mira de reojo, con la mandíbula tensa.

—Fer está bien, dentro de lo que cabe. Está más frustrado que otra cosa. La pierna lo tiene atado, y no es algo que lleve bien. Pero yo… —Hace una pausa y exhala con fuerza antes de seguir—. Necesito ir a Londres, Ali. No solo por trabajo, también por nosotros. Nuestro proyecto depende de esto. —Duncan fija la vista en la carretera y aprieta el volante un poco más fuerte antes de añadir—: Pero al menos estará contigo, y sé que eso le hará bien. Está deseando verte.

Asiento, porque me consta la importancia que tiene para ellos ese evento. Fer siempre ha sido un huracán, y Duncan es el puerto donde todo encuentra calma. Sin él, mi hermano habría perdido la cabeza hace tiempo.

El paisaje se transforma a medida que dejamos atrás la ciudad y nos adentramos en el corazón de Escocia. Las colinas nevadas parecen salidas de un cuento, y las pequeñas casas de piedra con

tejados empinados me hacen imaginar historias de épocas pasadas. Es el tipo de lugar que siempre me gusta visitar, pero nunca pensé que acabaría siendo aquí donde mi hermano encontraría su hogar. No sé si yo podría acostumbrarme a este clima.

Sin embargo, lo que veo me fascina. Las colinas blancas se extienden hasta donde alcanza la vista, salpicadas por grupos de árboles desnudos y pequeñas casas de piedra con tejados empinados. La sensación de tranquilidad es casi abrumadora, como si este lugar estuviera fuera del tiempo. Entiendo perfectamente por qué Fer y Duncan eligieron vivir aquí.

—Esto es precioso —exclamo mientras observo los destellos del sol poniente sobre el mar en la distancia.

—Lo es, ¿verdad? —Duncan sonríe, cada vez más relajado—. Vivir aquí fue idea de Fer. Dijo que necesitábamos un lugar donde pudiéramos desconectar, pero con suficiente inspiración a nuestro alrededor para trabajar.

—Tiene sentido —asiento, recordando cómo Fer siempre ha buscado el equilibrio entre su intensidad creativa y su necesidad de calma.

Fer y Duncan componen música para películas, un trabajo que parece sacado de un sueño, pero que sé que implica largas horas y una dedicación absoluta. Desde que se mudaron aquí, han convertido su hogar en un refugio creativo. Trabajan desde casa, alternando días de composición con paseos por el bosque cercano o escapadas al mar para despejarse.

Llegamos a la casa y, al bajar del coche, me quedo sin palabras. Se mudaron hace poco y es la primera vez que la veo al natural y no por foto o videoconferencia. Es una construcción de piedra gris y grandes ventanales. Sonrío al ver la fachada decorada con luces navideñas que titilan en la penumbra y noto la mano de mi hermano en ella; siempre le ha fascinado la Navidad. Un pequeño sendero, rodeado de arbustos cubiertos de nieve, conduce hasta la puerta principal. Duncan la abre con un gesto ágil y me invita a entrar.

—¿Qué te parece? —pregunta, orgulloso.

—Creo me he equivocado de avión y he aterrizado en un cuento de Navidad —sonrío, frotándome las manos para entrar en calor.

La cálida luz del interior y el aroma a canela y madera quemada me envuelven al instante. La chimenea encendida proyecta un suave resplandor anaranjado en las paredes. Mi hermano, Fer, está tumbado en un sofá cama colocado estratégicamente junto a la chimenea, con su pierna escayolada elevada sobre un par de cojines. Cuando me ve, su cara se ilumina, y levanta los brazos como si esperara un abrazo.

—¡Ali! —exclama, iluminando la habitación con su sonrisa.

—¡Madre mía, Fer! ¿Qué has hecho esta vez? —Me acerco a él y le dejo un beso en la mejilla antes de mirar su pierna con fingido reproche. Luego le abrazo fuerte—. Si querías que viniera solo tenías que pedirlo, no hacía falta… esto—. Hago una mueca mientras señalo su pierna con la mano, desde la ingle hasta el pie.

—La escalera me traicionó. —Suspira dramáticamente, señalando su pierna inmovilizada.

—Eso te pasa por no esperar a Duncan, ya me lo ha contado. —Fer sonríe, pero sus ojos revelan la frustración que siente por estar inmovilizado y le lanza una mirada de reproche,

aunque no puedo evitar sonreír. Mi hermano tiene un talento especial para meterse en líos.

—Si es que no puedo dejarlo solo —interviene Duncan, cruzándose de brazos junto a la puerta—. Le advertí que no lo hiciera solo, que me esperara, pero claro, Fer tenía que colgar él mismo las luces navideñas en ese momento, no podía ser más tarde.

—Quería darte una sorpresa, ¡desagradecido! —Fer frunce el ceño, aunque no logra disimular un brillo divertido en sus ojos.

Miro alrededor y entiendo el motivo de su insistencia. La casa está decorada con mimo: guirnaldas de pino cuelgan de las barandillas, un árbol de Navidad gigantesco se alza en un rincón, y se nota que cada detalle ha sido pensado para transmitir calidez y un constante espíritu navideño. Es exactamente el tipo de lugar donde imagino que mi hermano podría ser feliz.

Fer pone los ojos en blanco como si estuviera harto de su chico, pero su expresión se suaviza cuando Duncan se acerca y le coloca una manta sobre las piernas. La manera en la que lo cuida hace que me dé cuenta, una vez más, de lo afortunado que es mi hermano. Después de dejar mi maleta en el pasillo, Duncan me ofrece una taza de té caliente y los tres nos sentamos a charlar. Luego se acerca y coloca una mano en mi hombro.

—Gracias por venir a cuidar del gruñón, Ali. No sabes cuánto significa para nosotros. Me parte el corazón dejarlo aquí, pero necesito irme mañana temprano. Volveré el día dos de enero.

—Sabes que no podía decir que no. —Le sonrío, y luego me giro hacia Fer—. Además, ¿qué clase de hermana sería si no cuidara de este desastre?

Fer suelta una carcajada y, por un momento, la frustración parece disiparse de su rostro. La chispa de siempre sigue ahí, y eso me tranquiliza. Seguro que está más fastidiado de lo que quiere demostrar a su chico para que no se vaya a Londres con remordimientos. Luego me lo contará todo cuando estemos a solas. Tenemos cuatro días por delante para hartarnos el uno del otro.

—No te preocupes —continuo—. Además, no tenía grandes planes para Nochevieja. Iba a ir a una fiesta con amigas, lo de siempre, no me perderé nada. Prefiero mil veces estar aquí con mi niño. —Sonrío y lanzo una mirada a mi hermano, que me responde con una sonrisa traviesa y mueca de bebé.

—Claro que prefieres estar conmigo. Soy mejor que cualquier fiesta. —Fer hace un gesto grandilocuente y luego se queja al mover la pierna.

—Sí, claro, el rey de las escayolas. —Me río y le revuelvo el pelo, como cuando éramos niños.

—El día 31 tendréis una pequeña fiesta. Vendrán algunos amigos para celebrar Nochevieja y que no la paséis solos. Será divertido —me informa Duncan—. No tendrás que preocuparte de nada, ellos traerán la cena.

Fer sonríe, pero no dice nada. Yo sé que preferiría estar en Londres con su chico, pero también sé cuánto le importa que ese evento salga bien.

Seguimos charlando mecidos por el crepitar del fuego de la chimenea. Cuando Fer se queda dormido, Duncan lo arropa y se va a dormir. Aprovecho y me acerco a la ventana a observar el jardín trasero. Incluso en invierno, tiene una belleza serena, con sus arbustos cubiertos de

escarcha y las ramas desnudas de los árboles alzándose hacia el cielo estrellado. Mientras sostengo mi taza de té, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Estar aquí, con Fer y Duncan, me hace sentir en casa. Me abrazo a la taza de té caliente entre las manos. Este lugar tiene algo especial, una calma que me reconforta y me alegro de escapar del bullicio de Madrid en estas fechas. Sí, estoy segura de que es un buen plan, a pesar de la pierna de Fer.

CAPÍTULO 2

Alicia

La luz entra tímida por las ventanas cubiertas de escarcha cuando un ruido sutil me saca del sueño. Gruño, girándome en la cama mientras me abrazo a las mantas, pero los sonidos persisten. Debe de ser Duncan preparando las últimas cosas antes de irse. No puedo retrasar lo inevitable: tengo que levantarme y hablar con él antes de que se vaya. Con resignación, estiro un brazo fuera de la cama y busca a tientas el móvil para mirar la hora. Las seis en punto. Demasiado temprano para mi gusto.

Al final, me arrastro fuera de la habitación, con el pelo enmarañado y envuelta en una sudadera demasiado grande que le robé a Fer hace años. Bajo las escaleras mientras me froto los ojos y me encuentro con la imagen de Duncan, impecable incluso a esta hora. Está en la cocina, apoyado en la encimera, con una taza de café en la mano y dos maletas a su lado, listo para marcharse.

—Buenos días, madrugadora. —Me recibe con una sonrisa y una taza de café caliente que coloca frente a mí antes de que pueda siquiera abrir la boca.

—¿Te he dicho alguna vez que eres mi persona favorita? —bromeo mientras agarro la taza con las dos manos, disfrutando del calor que me recorre y reconforta.

—Solo cuando te doy café. —Me regala una sonrisa enorme que no oculta la preocupación que veo en su mirada.

Me acomodo en una silla mientras él empieza a darme instrucciones, como si me fuera a quedar sola en una selva, y no en una casa de cuento con mi hermano escayolado.

—La tienda del pueblo está a unos diez minutos andando. Allí puedes comprar todo lo que necesites: comida, leche, pan... —Empieza a enumerar cosas con los dedos, como si fuera una lista interminable—. Las medicinas de Fer están en el segundo cajón del aparador de la cocina. Si pasa algo, el consultorio médico también está en el centro del pueblo. Es fácil de encontrar.

—Todo controlado, Duncan. Además, supongo que Fer sabe todas esas cosas… —Asiento con una sonrisa divertida—. No te preocupes tanto. No soy la mejor cuidadora del mundo, pero tampoco voy a dejar que mi hermanito ruede colina abajo con la silla de ruedas.

—Conociéndolo, no lo descartaría. —Me guiña un ojo, pero su mirada se suaviza cuando se gira hacia el salón y lo ve todavía durmiendo.

—Dios santo —exclamo cuando por la ventana de la cocina, veo la enorme mansión que está justo al lado. Es imponente, de piedra oscura, con enormes ventanales y un tejado puntiagudo que parece vigilar el pueblo desde su posición privilegiada—. Vaya casa… ¿vive alguien ahí? —pregunto, sin poder apartar la vista.

—Sí y no. —Duncan, algo enigmático, niega con la cabeza mientras recoge una bufanda del respaldo de una silla—. Pertenece al conde de Aberdour. Es el propietario de esta casa también, que era la antigua de los empleados y ahora nos la alquila. Vive en Nueva York y viaja mucho por negocios y tiene propiedades por el medio mundo. Estas Navidades está en Aspen, en Estados Unidos, celebrando la Navidad con su familia. No vas a ver a nadie por ahí estos días.

—¿Un conde? —Levanto una ceja, divertida—. Esto mejora por momentos. Estoy empezando a pensar que debería haber traído un vestido de época y un abanico.

Duncan se ríe. Se acerca, coloca una mano en mi hombro y me lo presiona con dulzura.

—Confío en ti, Ali. Y recuerda, el día 31 vendrán algunos amigos. Se pondrán en contacto con vosotros y traerán todo para la cena. Ellos se encargan para no cargarte a ti de trabajo y estéis acompañados. Solo tienes que asegurarte de que Fer no intente levantarse para recibirlos —añade burlón— o para bailar.

—Tranquilo, lo mantendré atado si hace falta. —Le guiño un ojo que le saca una de sus sonrisas perfectas. Qué suerte tiene mi hermano con este amor de chico.

Nos acercamos a la puerta donde un taxi espera con el motor encendido. Duncan deja las maletas junto al conductor y vuelve a entrar para despedirse de Fer, que sigue profundamente dormido, arrullado por los analgésicos. Le deja un beso en la frente antes de volver conmigo.

—Nos vemos en unos días. Cuídate y cuídalo. —Me abraza con fuerza y, con una última sonrisa, se marcha. Desde la puerta, lo observo subir al taxi y perderse entre la nieve que empieza a caer.

Después de una ducha larga y caliente, bajo para ayudar a Fer a levantarse y desayunar. Cuando está acomodado en un sillón con una novela en las manos y todo lo que pueda necesitar a su alcance, decido salir a explorar el pueblo y abastecerme de víveres. La tienda que me recomendó Duncan resulta ser encantadora, muy *british*. Está repleta de productos colocados con cuidado: mermeladas en tarros de cristal, pan recién hecho que llena el aire con su aroma y cajas de galletas que parecen hechas para una película de Navidad.

Voy despistada entre los pasillos, admirando todo, cuando algo sucede. O mejor dicho, *alguien*. Al dar la vuelta, choco de lleno con una espalda ancha y dura como una roca. Mis brazos salen disparados, y la botella de leche que llevaba se estrella contra el suelo con un *crash* sordo.

—¡Mierda! —exclamo en español, más por la sorpresa que por otra cosa.

—¡*Shit*! ¡Cuidado! —La voz grave que me responde suena seca, pero cuando levanto la vista, el aire parece quedarse atrapado en mis pulmones.

Un par de ojos color miel, tan intensos que parecen capaces de atravesarme, me miran con una mezcla de molestia y sorpresa. El chico tiene el pelo de un rojizo oscuro y algo desordenado, y su mandíbula marcada está cubierta por una barba corta que le da un aire aún más atractivo. Me quedo un segundo demasiado largo observándolo antes de reaccionar.

—Perdón, no te vi... —murmuro, agachándome para recoger lo que puedo mientras el líquido se esparce a mi alrededor.

—No pasa nada —me contesta en un tono nada amable, como si yo hubiera arruinado su día

solo por existir. No creo que una mancha de leche en su pantalón sea un drama. —Torpe —me parece escuchar entre dientes y eso me enerva más.

Cuando termino de recoger con ayuda de un empleado al que le pido disculpas como unas diez veces, me levanto con las mejillas ardiendo.

—Pues un poco de simpatía tampoco te mataría, ¿eh? —mascullo, casi para mí misma.

Él levanta una ceja, pero no responde. En lugar de eso, me esquiva y sigue su camino como si yo no fuera más que un inconveniente menor. Se adelanta a mí en la cola de la caja, y yo murmuro un «y encima se cuela», que no sé si llega a escuchar o ha optado por ignorarme. Salgo de la tienda con la cara encendida y cargada de bolsas, refunfuñando. El aire frío me golpea, y empiezo a caminar de regreso. Fer me ha sugerido que coja su coche, pero eso de conducir al revés me da mucho respeto y he preferido ir andando sin tener en cuenta el peso que cargo al volver. Todavía me dura el enfado cuando un coche negro pasa a mi lado y toca el claxon. Pego un salto y, de la sorpresa, casi pierdo el equilibrio. No tiro la compra porque estoy en forma y recupero la estabilidad enseguida. O eso creo. Cuando me giro para ver quién es el culpable, distingo al mismo chico de la tienda detrás del volante. Me lanza una mirada inexpresiva acompañada de una sonrisa de medio lado antes de desaparecer por la carretera.

—¡Imbécil! —grito al aire, aunque ya no pueda oírme.

Llego a la casa bufando, con las mejillas rojas y el pelo lleno de nieve pegado a la cara como si hubiera pasado por una tormenta polar. Sacudo las botas en la entrada y dejo caer las bolsas con más fuerza de la necesaria sobre la mesa de la cocina. Desde el salón, Fer me observa con la cabeza ladeada y una sonrisa burlona que promete preguntas molestas.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha atacado un reno? —pregunta haciéndose el inocente aunque sé que me ataca cuando nota que estoy enfadada. Nos conocemos demasiado y nos pinchamos siempre que podemos.

—Sí, un reno. Podría ser un reno —refunfuño mientras me quito la bufanda y los guantes, dejando un pequeño charco de nieve derretida en el suelo—. Un tipo borde con pinta de modelo me ha dado el día. Primero en la tienda, al chocarse conmigo y hacerme tirar media compra, después se cuela en la caja y luego, como si no fuera suficiente, ha tenido que aparecer con su coche para tocarme el claxon y darme un susto de muerte. Caso lo tiro todo otra vez.

—¿Modelo borde? —Fer se rasca la barbilla con aire teatral, como si de verdad lo estuviera pensando—. No me suena. Será alguien que está de paso. Aunque, si es un modelo, avísame para pasarle mi currículum. Puedo ser la próxima cara de los calzoncillos Calvin Klein.

No puedo evitar reírme, aunque mi enfado persiste.

—Te aseguro que no creo que te quiera a ti en sus anuncios. No tenía pinta de ser precisamente simpático. Más bien parecía una estatua de mármol con ojos bonitos y mala leche.

—O sea, que te has fijado en los ojos. —Fer sonríe con suficiencia, y yo le lanzo una mirada de advertencia mientras saco el pan y el queso de las bolsas. Lo que no le voy a decir es que no solo me he fijado en sus ojos.

—Da igual —gruño y trato de que mi rubor no delate el pequeño impacto que me causó esa mirada color miel, aunque su dueño fuera todo hiel—. Preparo algo de comer, debes de tener hambre.

Coloco un par de platos en la mesa delante del sofá y miro a mi hermano, que me observa con esa expresión entre divertida y entrañable que tanto me enternece. Se nota que está cansado y aburrido, pero a pesar de la escayola y la incomodidad, intenta poner su mejor cara.

—Oye, podríamos ver alguna peli navideña esta tarde, como cuando éramos adolescentes, ¿te apetece? Ya sé —añado con entusiasmo—, ¿y si vemos *The Holiday* ? Seguro que Jude Law nos alegrará la tarde.

Fer arquea una ceja, divertido, y suelta una carcajada que le ilumina el rostro.

—Por Jude Law, lo que haga falta. Ya sabes que soy su mayor fan, sobre todo en esa peli.

—¡De eso nada, su mayor fan soy yo! —exclamo muerta de risa, mientras le acerco un sandwich y me recuesto en el sofá junto a él. Me acurruco a su lado, con una manta sobre las piernas y el sonido del crepitar de la chimenea llenando la sala. Fer se acomoda un poco mejor, moviendo la pierna escayolada con cuidado, y lanza un suspiro de satisfacción cuando la película empieza. Las luces del árbol de Navidad parpadean suavemente, y durante un rato, dejamos que el mundo exterior desaparezca.

—¿Sabes qué? —dice Fer, mirándome de reojo—. Esta casa necesitaba una tarde como esta.

—¿Te refieres a mí cuidando de ti como si fueras un bebé gigante? —le pincho, dándole un ligero codazo.

—Exactamente. —Se ríe y, durante unos segundos, vuelve a parecer el hermano mayor que siempre me ha protegido, aunque ahora sea yo la que esté cuidando de él—. Añoro estos momentos de familia tan nuestros.

Mientras *The Holiday* nos transporta a cabañas idílicas y Jude Law aparece en pantalla con ese encanto que nunca falla y que nos hace caer la baba a los dos, el día gris de Escocia parece un poco más cálido. Aunque no sé por qué, entre los diálogos y las risas con Fer, los ojos color verde de Law para mí son del color de la miel. Parpadeo para volver a mirar y asegurarme de que mi locura es transitoria, y me acurruco más contra el pecho de mi hermano, dejando que la película y la chimenea nos envuelvan en un rato de paz.

CAPÍTULO 3

Logan

La leche se derrama a cámara lenta y, durante un segundo, pienso que es una metáfora de mi día: caótica, innecesaria y con ganas de salpicarme en la cara. La botella se estrella contra el suelo de la tienda, y el *crash* rebota entre los estantes perfectamente ordenados. Miro a la responsable: una chica alta, envuelta en capas de ropa y bufandas que parecen multiplicar su volumen, con el pelo oscuro y rebelde y una expresión entre culpable y desafiante.

—¡Mierda! —exclama en un español perfecto, como si yo necesitara una traducción.

Resoplo. He vuelto al pueblo con el ánimo en los pies y la paciencia enterrada bajo metros de nieve. Esto es lo último que me faltaba.

—¡*Shit*! ¡Cuidado! —replico, sin poder evitar el tono brusco, aunque sé que ella no tiene la culpa de mil mal humor.

Ella levanta la cabeza y me clava un par de ojos grandes y oscuros, brillantes por la vergüenza o por el enfado, no estoy seguro. Me devuelve la mirada como si tuviera la intención de desafiarme, y algo en ese gesto me resulta… familiar. Pero no lo pienso mucho más porque un empleado ya viene corriendo con un trapo y una fregona, mientras ella murmura disculpas atropelladas.

—No pasa nada —añado, creyendo sonar menos borde. Pero fracaso estrepitosamente al añadir un poco afortunado «torpe», que encienden su mirada.

Ella recoge su dignidad junto con las bolsas y se larga de la tienda con un bufido apenas disimulado, sobre todo porque he conseguido llegar a la caja antes que ella y he pagado lo poco que llevaba. No quería estar más tiempo detrás de ella mientras pasaba todas sus compras por caja. Al salir, me quedo un momento observando cómo su bufanda se va ondeando con el aire gélido cuando cruza la puerta y trastabilla un poco a causa del peso de las bolsas que carga. Acabo de cargar mi compra en el coche y salgo con prisa. Tampoco tengo tiempo para esto. Por el camino la veo y le doy un bocinazo, para molestarla o no sé por qué, me sale así y necesito sonreír aunque sea siendo algo malvado. Pobre chica, se ha llevado un buen susto y eso me hace sentir mal. Ha tenido la mala suerte de encontrarse conmigo en un día de cabreo. No la culpo.

Dejo el coche en el garaje de la mansión y apago el motor con un suspiro pesado. Mis vacaciones de Navidad y Año Nuevo no podían haber salido peor: para empezar, porque en Aspen estaba Clarabella, a quien no deseaba ver. Lo peor vino cuando me enteré de que fue mi padre quien invitó a su familia para cerrar un trato. Luego, un problema urgente en la filial de Aberdeen de la empresa familiar me ha obligado a cancelar mis planes de Año Nuevo en Estados Unidos y regresar a Escocia a toda prisa. Aunque eso me ha salvado de pasarlo con Clarabella. Y aquí estoy, solo, cansado y con una montaña de trabajo esperando en mi escritorio, que debo

solucionar antes del 31 y estamos a 29 de diciembre.

—Bienvenido a casa, Logan —murmuro al silencio mientras salgo del coche y cojo las bolsas del asiento del copiloto.

Camino hacia la entrada principal de la mansión, con las llaves tintineando en mi mano. Es mi hogar, sí, a temporadas, pero en días como este me resulta demasiado grande y vacía. En cuanto entro, la señora Brown, mi ama de llaves desde que tengo memoria, aparece de la nada, tan eficiente como siempre. Va con su moño tirante, un delantal blanco y una mirada que parece capaz de atravesar paredes.

—Ha vuelto antes de lo esperado, señor. —Su tono es respetuoso, aunque no disimula la ceja levantada. Señal de que quiere respuestas.

—Es una larga historia —murmuro mientras dejo las bolsas sobre la encimera de la cocina—. Puede ahorrarse las preguntas, no estoy de humor. Como imaginaba que no contaba conmigo, he traído esto de la tienda. Le agradecería que me preparara algo caliente de comer y después puede marcharse a descansar. Aproveche estos días para estar con su familia, yo me apañaré.

—¿Está seguro? Puedo quedarme si me necesita. —La señora Brown me observa con ojo crítico mientras empieza a sacar las cosas de las bolsas, moviéndose por la cocina como un torbellino eficiente.

—Completamente seguro, se lo prometo. No cambie de planes por mí. Si me ocurre algo por mi negligencia con los fogones, la aviso, pero no va a ocurrir. Se merece un descanso. —Me apoyo contra la isla central, con los brazos cruzados, mientras la veo preparar algo rápido y sencillo: una sopa caliente y un par de tostadas. La mujer siempre se las arregla para alimentar tanto el estómago como el espíritu.

Cuando deja el plato frente a mí, me mira con las manos en las caderas.

—Vendré por la mañana a preparar varias comidas para que tenga en la nevera. De todas formas, no debería quedarse solo en Nochevieja, joven Logan. Lamento que no pueda estar con su familia, son días para estar con gente.

—No se preocupe por mí. Ya pensaré en algo. Quizás invite a… —Miro alrededor y hago un gesto con la cuchara—. Al reloj de pared. Siempre me ha caído bien.

Ella bufa y sacude la cabeza, sin encontrarme gracioso.

—Seguro que encuentra a alguno de esos amigos suyos, o amigas. —Me lanza una mirada burlona más, imagino que recordando las fiestas que organizaba de joven en la mansión, antes de ponerse el abrigo y desaparecer por la puerta trasera, no sin antes recordarme otra vez que me cuide y que no me pase el día ni trabajando ni solo.

Me quedo tranquilo por fin, sentado en un taburete de la isla de la cocina, con el cuenco de sopa humeando frente a mí. El silencio de la casa parece amplificarse en cuanto la señora Brown cierra la puerta. La chimenea del salón está encendida, las habitaciones vacías y la luz que entra por las ventanas es fría y pálida.

Mientras como, mi vista se pierde por la ventana de la cocina. Al otro lado del jardín, en la pequeña casita que alquilo, noto movimiento. Frunzo el ceño. Es una figura femenina, con una melena oscura y algo alborotada, que pasa frente a una ventana. Parpadeo, algo extrañado. Fer y

Duncan tenían un evento en Londres y la casa debía estar vacía estos días. Aunque confío en ellos, la idea de que la hayan realquilado de forma temporal sin pedirme permiso, me asalta. No, no puede ser. Lo mejor es decirles que ya he vuelto y salir de dudas.

Cojo el móvil y marco a Duncan casi por instinto. Contesta después del segundo tono.

—¡Logan! ¿Qué tal estás? ¿Cómo va el esquí?

—He vuelto antes de lo previsto por un problema en la fábrica de Aberdeen, pero no es eso lo que importa ahora. —Voy directo al grano—. Me ha parecido ver a alguien en tu casa. ¿No estáis en Londres?

—Estoy, estoy. —Duncan se ríe al otro lado de la línea—. Fer se ha tenido que quedar. Tuvo un pequeño accidente decorando la casa y se ha roto la pierna. Como no podía venir a Londres conmigo, su hermana Alicia ha venido a cuidarlo estos días.

—¿Alicia? —repito el nombre en voz alta, como si intentara encajarlo en alguna parte de mi memoria. Me resulta curioso, aunque no sé exactamente por qué.

—Sí, su hermana. Es estupenda, ya la conocerás. Pero no te preocupes, todo está en orden. Bueno, menos para Fer que, además de fastidiado por no poder estar aquí conmigo, el pobre no se puede mover.

—Vaya, lo siento. Pasaré a verle por si necesita algo ahora que estaré por aquí estos días.

—Sí, se alegrará de verte. Ah, por cierto, si no tienes planes, unos amigos irán a pasar el Fin de Año con ellos.

—Aún no sé qué haré, pero gracias por decírmelo. Nos vemos, que vaya bien el evento, Duncan. Y feliz año—. Termino la conversación con un murmullo y dejo el móvil sobre la encimera, aún con la sensación de que algo no cuadra. Quizás porque esa chica en la ventana… tiene algo que me resulta extrañamente familiar y me fastidia no saber qué es.

Vuelvo a mirar hacia la casa de mis inquilinos, pero no veo nada más. Solo luces cálidas y sombras que se mueven entre cortinas. Me llevo la cuchara a la boca y suspiro, ya con el cuerpo más a tono tras la sopa de la señora Brown. Me ha devuelto la vida.

Con mejor humor, decido ir al despacho para revisar correos y llamar a la fábrica de Aberdeen y solucionar los problemas cuanto antes para poder pasar el resto de las vacaciones tranquilo. Estar aquí me da la calma que me falta en Nueva York y tengo que aprovecharlo.

CAPÍTULO 4

Alicia

El final de *The Holiday* siempre me deja con una sonrisa tonta en la cara. Fer bosteza a mi lado, acomodándose con cuidado en el sofá. El salón se ha convertido en un refugio perfecto: luces parpadeantes del árbol, la chimenea crepitando suavemente y un aroma a canela que parece envolver cada rincón.

—¿Otra? —pregunto con fingido entusiasmo, girándome hacia él—. *Love Actually*, por ejemplo. Hoy es el día de empacho de películas.

Fer suelta una carcajada ronca y niega con la cabeza.

—No te pases. Mi cerebro necesita un respiro y, además, creo que estamos a punto de tener visitas.

—¿Visitas? —frunzo el ceño justo cuando llaman a la puerta.

—Unos amigos. Duncan le ha dicho a todos que estoy aquí atrapado como un león enjaulado. Me acaban de avisar de que venían. —Se encoge de hombros mientras me levanto para abrir.

Abro la puerta y me encuentro con una pareja que no puede ser más pintoresca. Ella, bajita y con una sonrisa que ilumina hasta la tarde escocesa más gris, lleva un abrigo rojo con gorro a juego que la hace parecer una muñeca navideña. Él, un tipo alto y algo desgarbado, con gafas y un jersey con renos que parpadean (sí, parpadean). Ambos me miran con curiosidad.

—¡Hola! —ella saluda con entusiasmo—. Tú debes ser Alicia, la heroína que ha venido a salvar a Fer del aburrimiento más absoluto.

—Heroína no sé, pero cuidadora de medio pelo, seguro. Hago lo que puedo… —Les devuelvo la sonrisa y los dejo entrar—. Pasad, está en el salón.

—¡Cuidado! —añado justo cuando ella tropieza con el felpudo de la entrada.

—No te preocupes, es algo habitual. —El chico asiente, muy serio—. Es lo que tiene casarse con una cabra montesa.

La chica le lanza un manotazo juguetón mientras ambos se quitan los abrigos. Les llevo al salón, donde Fer sonríe de oreja a oreja al verlos.

—¡Hombre, si estáis aquí! —Fer alza una mano desde su trono improvisado en el sofá—. Pensaba que ya os habíais olvidado de mí.

—¿Cómo olvidarte? —replica ella, plantándole un beso sonoro en la mejilla—. Eres el único que se rompe una pierna decorando la casa para Navidad. La excusa más absurda para librarte de Londres. Nos has dado tema de conversación estos días.

—Y de risas —añade él.

—Tú siempre tan amable, Nora. —Fer pone cara de víctima, pero se ríe.

—Tranquilo, amigo. Pronto volverás a decorar con la misma ineptitud de siempre. —El chico, que se presenta como Mark, se deja caer en el sillón con un gesto teatral mientras se encienden las luces del jersey.

La conversación fluye con una naturalidad reconfortante. Yo preparo un té y unos dulces navideños que traje de España, polvorones y mazapanes que despiertan exclamaciones de sorpresa y alguna que otra tos cuando Fer les desafía a comerlos sin mancharse y diciendo Zaragoza con uno dentro de la boca.

—¡Esto debería venir con instrucciones! —protesta Mark, sacudiendo las migas del polvorón que se han quedado atrapadas en su jersey luminoso.

—Te he visto manejar drones más complicados que esto. —Nora se ríe, guiñándome un ojo.

—Es una técnica ancestral española —añado con orgullo—. Requiere maestría y una servilleta a mano.

Fer, mientras tanto, parece encantado con el jaleo. Lo observo, más relajado y entretenido que en todo el día, y decido aprovechar la distracción.

—Os dejo solos para que rajéis a gusto de quién queráis. Voy a subir un rato, tengo que… hacer algo de ejercicio. —Les anuncio mientras recojo las tazas vacías.

Fer me lanza una mirada perezosa.

—No te esfuerces demasiado. El yoga no te va a preparar para la vida real.

—Claro que sí. Para la próxima vez que tengas que subirte a una escalera, te hará una demostración de lo que un cuerpo puede dar de sí sin romperse nada.

Risas y algún comentario burlón me acompañan mientras subo a mi habitación. Abro las cortinas para aprovechar lo que queda de la luz de la tarde escocesa, que no es mucha. A esta hora, el sol apenas es un destello en el horizonte, y el cielo grisáceo parece fundirse con el paisaje nevado.

La mansión frente a la casa me llama la atención por un momento. Es majestuosa, con sus grandes ventanales oscuros y tejados puntiagudos. Recuerdo lo que me dijo Duncan: está vacía. Me encojo de hombros y busco en el móvil una sesión guiada de yoga mientras extiendo la colchoneta en el suelo.

—Hora de volver a ser flexible. —Murmuro, poniendo música suave.

La clase empieza. Primero, respiro hondo y dejo que la calma me invada. Las posturas se suceden con ritmo lento: saludo al sol, posturas de equilibrio, extensiones y torsiones que crujen mi cuerpo dormido después del viaje y el frío. Me siento ligera y enfocada, como si estuviera en otro mundo.

En la postura del *perro boca abajo*, el cabello se me desliza por la cara, y durante un instante, levanto la vista hacia la ventana. Mi corazón da un pequeño vuelco.

—¿No estaba vacía?… —murmuro para mí misma porque me pareció ver movimiento en una

ventana en la mansión, como si hubiera una silueta de alguien. Apenas un instante, porque cuando vuelvo a mirar, no hay nada. —Será tu imaginación, Ali —me digo sacudiendo mis pensamientos y regreso al suelo para terminar con una postura de relajación.

Una hora después, más despejada y con un nudo menos en los hombros, me dirijo al baño. La ducha caliente es casi un ritual sagrado después del yoga. El vapor llena el pequeño cuarto, y me dejo envolver por el aroma del gel de lavanda que encontré en el estante. La ventana, aunque pequeña, carece de cortinas, pero tiene el cristal templado. No le doy más importancia.

—No hay nadie enfrente. La casa está vacía —me repito en voz baja mientras dejo que el agua caliente arrastre el cansancio del día.

Cuando bajo al salón, ya con ropa cómoda y sintiéndome genial en mi cuerpo, los amigos de Fer están recogiendo sus cosas para marcharse. Nora me dedica una sonrisa encantadora mientras se ajusta el gorro rojo.

—Ha sido un placer conocerte, Ali. ¡Prometemos volver a comer más polvorones! —se ríe—. Es broma, no os vamos a dejar sin ellos. Nos vemos en Fin de Año, ya hemos hablado con Fer de lo que quiere cenar y me ha pedido uvas, ¡qué raros sois los españoles!

—Verás cómo te diviertes con las uvas —me rio con ella—. Encantada de conoceros —les digo mientras los acompaño a la salida.

Cierro la puerta y me dirijo a la cocina, donde la calma ha regresado. Abro la nevera para inspeccionar opciones de cena mientras Fer, desde el salón, pregunta:

—¿Qué te ha pasado? Estás demasiado callada. ¿Te has iluminado con el yoga?

—Iluminada no, pero más relajada que tú, seguro. —Saco unos huevos y unas patatas—. Vamos a cenar algo ligero, *señor Escayola*.

Mientras preparo una tortilla, miro varias veces a la mansión a través de la ventana de la cocina. Solo oscuridad. Ninguna luz ni signo de vida.

—Será mi imaginación… —susurro.

Pero, por alguna razón, algo en mi interior me dice que no lo es.

CAPÍTULO 5

Logan

Me froto los ojos y miro el reloj del despacho: las agujas marcan casi las cinco de la tarde. La luz natural empieza a desaparecer y la lámpara del escritorio apenas ilumina el mar de papeles con gráficos que tengo frente a mí.

—Genial, Logan, esto ya empieza a cuadrar —mascullo, dejándome caer hacia atrás en el sillón, con la cabeza llena de números y cuentas.

Necesito un respiro. Me levanto, estiro los músculos entumecidos, y voy a la cocina con la intención de coger una botella de agua. No enciendo las luces; no las necesito. La débil iluminación que se cuela desde el exterior me permite moverme con facilidad. Al pasar junto a la ventana, algo llama mi atención.

La pequeña casita de mis inquilinos sigue iluminada, pero lo que realmente capta mi mirada es la ventana del piso superior. Una figura femenina se asoma, apenas por un segundo, y luego desaparece tras las cortinas. Mis cejas se fruncen por instinto. No debería estar mirando, pero algo me impulsa a subir a mi habitación, donde la vista es más directa.

—Debe ser la hermana —me digo mientras apago el despacho y subo los escalones de dos en dos.

Desde mi dormitorio, abro apenas un centímetro las cortinas para observar con disimulo. Y ahí está. La ventana de enfrente se abre por completo y una chica con el pelo recogido se deja ver con claridad. La luz tenue de la tarde se filtra por la estancia, y ella extiende una colchoneta en el suelo.

La veo moverse con calma y precisión mientras hace yoga. Al principio, pienso en cerrar las cortinas y dejar de observar, pero mis piernas parecen haberse convertido en piedras. Es hipnótico. Los movimientos son fluidos y elegantes: brazos estirándose hacia el cielo, su cuerpo arqueándose y flexionándose con facilidad. El contorno de su silueta resalta con cada postura, dibujando una figura estilizada y femenina que me sorprende.

—Dios... Es perfecta—murmuro, sin darme cuenta de que he hablado en voz alta. Me aparto de la ventana levemente, y me paso una mano por el pelo. —¿Qué demonios hago? No soy un adolescente mirando a escondidas.

Pero cuando me asomo de nuevo, ella está en la postura del perro boca abajo, su cabello cayendo sobre su cara y la espalda arqueada en una línea perfecta. Mi sangre sale huyendo del cerebro para concentrarse entre mis piernas y el corazón me palpita a una velocidad difícil de manejar. Respiro hondo mientras busco una calma que no tengo.

—Debe ser la hermana de Fer —repito en un susurro tembloroso, como si decirlo en voz alta

pudiera justificar mi comportamiento, y lamento no ver el rostro que pertenece a un cuerpo tan perfecto—. Joder, Logan, pareces un crío, ¿has visto cómo te has puesto? —me recrimino mirando el bulto que sobresale de mis shorts.

Cuando termina la sesión, desaparece de la habitación y, unos minutos después, una sombra tenue se recorta en el cristal templado del baño que hay al lado. La ducha. Me quedo completamente quieto, sin atreverme ni a respirar. Apenas veo un contorno difuso, pero mi mente lo completa como si la estuviera dibujando con detalle. Percibo la curva de sus senos, los hombros y el contoneo de su cuerpo bajo el agua. No, esto no está bien y parezco un pervertido. Jamás había tenido una experiencia como esta, pienso al ver cómo mi mano se va directa a mi erección que ya no puedo contener.

—Necesitas salir a correr ya mismo, el ejercicio acabará con esta tontería —me digo, apartándome bruscamente de la ventana—. Tú no eres así.

Me cambio a toda prisa, me calzo las deportivas y bajo al recibidor, donde la fría brisa que entra al abrir la puerta me devuelve algo de sensatez. Respiro hondo y salgo al exterior. El paisaje de mi propiedad se extiende frente a mí como un cuadro de invierno: árboles desnudos, nieve acumulada en los caminos de piedra y un cielo que empieza a llenarse de estrellas. Veo que una pareja muy pintoresca sale de la casa de Fer y Duncan y los saludo de forma algo distraída mientras trato de alejarme de mi mansión, que he dejado en total oscuridad, como su no hubiera nadie.

Al llegar al sendero que rodea el parque y bordea el río, mi mente empieza a despejarse. El sonido de mis zapatillas sobre la nieve compacta y el ritmo de mi respiración me resultan extrañamente reconfortantes. Estoy tan absorto en mi propio mundo que no me doy cuenta de que alguien más está allí hasta que oigo una voz femenina a mi lado.

—¿Logan Aberdour? ¿De verdad eres tú? —Me giro ligeramente y veo a Megan, una antigua novia de la universidad, trotando a mi lado con una sonrisa amplia. Su coleta rubia ondea con cada zancada y lleva una malla deportiva que se pega a sus piernas como si no llevara nada.

—Megan. —Me hago el sorprendido, aunque no lo estoy del todo. En un pueblo tan pequeño, era cuestión de tiempo que nos cruzáramos—. Sigues entrenado por lo que veo.

—Sí, es mi droga, necesaria para mantener mi cuerpo firme. —Me lanza una mirada evaluadora—. ¿Y tú? Pensaba que no necesitabas salir de tu mansión para hacer ejercicio ¿Qué ha pasado?

—Ya sabes que me gusta conocer mundo —digo burlón y reduzco el ritmo y ella me sigue—. Además, en mis tierras no tengo tan buenas vistas —la adulo señalando su cuerpo, ya que ella me lo había puesto en bandeja con su comentario, aunque es una mujer superficial que ya no me interesa.

—Ya me imagino. —Megan se sacude la nieve de las zapatillas con un golpe en el suelo—. ¿Y qué haces aquí? Escuché en el club que pasaría las fiestas en Aspen con los tuyos.

—Cambio de planes. Negocios. —Me encojo de hombros, restándole importancia—. ¿Y tú? No esperaba encontrarte corriendo sola.

—Sola, dice —ríe con un deje sarcástico—. ¿No me estarás llamando solterona? Ay, Logan, eso no se le dice a una chica.

Suelto una carcajada. Megan siempre ha tenido esa mezcla entre encanto forzado y veneno que la hace imposible de ignorar.

—Solo digo que no esperaba encontrarte aquí.

—Vivo en el pueblo desde hace un año. —Se encoge de hombros, aunque yo ya lo sabía—. Volví después de que mi aventura en Londres no saliera como esperaba. Pero no estamos aquí para hablar de mí. ¿Qué vas a hacer en Nochevieja?

—No lo sé. —Me limpio el sudor de la frente con la manga—. He llegado esta mañana y no he hecho planes todavía. Quedaré con mis amigos, supongo.

—Lamento oírlo, es una lata que te cambien los planes de golpe. —Ríe, aunque su mirada se vuelve algo más suave—. Vente a mi fiesta. Lo de siempre: mucha bebida, música horrible y gente que no recuerdas cómo se llama. Lo pasarás bien.

—Lo pensaré. —Contesto sin compromiso, acelerando el paso. Ella me sigue un momento, pero luego se queda atrás.

—No lo pienses mucho, Aberdour. Que no te dé miedo divertirte un poco. —Su voz se pierde en el viento y yo continúo corriendo hasta llegar al puente que cruza el río. Me detengo un momento, apoyándome en la barandilla. El agua fluye con calma bajo el hielo, como si nada pudiera perturbarlo.

A lo lejos, las luces de la casita de mis inquilinos siguen encendidas, cálidas y acogedoras. La imagen de la mujer de la ventana vuelve a mi mente con fuerza, como si la hubiera visto mucho más tiempo del que realmente estuve observándola.

—¿Qué tiene esa chica? —musito, casi molesto conmigo mismo—. Miedo me da volver a verla.

Respiro hondo, dejo que el frío penetre en mis pulmones y regreso a la mansión. Me prometo que no volveré a mirar por la ventana. Al menos, no esta noche.

CAPÍTULO 6

Alicia

Un frío al que no estoy acostumbrada hace que me cueste salir de la cama, pero debo hacerlo. La sudadera de mi hermano y un par de calcetines bien gordos me reconfortan cuando bajo a desayunar. La casa está en completo silencio, excepto por el suave crujir de la madera bajo mis pies y el silbido de la cafetera. Fer sigue dormido, supongo que por los analgésicos, y me doy cuenta de lo mucho que valoro un momento de calma a solas. Me sirvo una taza generosa, la abrazo entre las manos y me siento con las piernas a lo indio en una de las sillas de la mesa de la cocina.

—Penúltimo día del año —murmuro para mí misma, observando por la ventana cómo el amanecer empieza a despertar sobre el cielo escocés.

La nieve ha caído durante la noche y el jardín trasero parece un cuadro. Todo está cubierto por un manto blanco y perfecto que brilla bajo la luz tenue. Apenas hay movimiento en el pueblo, y me tomo mi tiempo para disfrutar del café y una tostada con mantequilla y mermelada artesanal de grosella que prepara la madre de Duncan. Sin embargo, algo cambia en el paisaje. A lo lejos, en la mansión que hasta ahora había creído vacía, una sombra cruza el jardín.

Frunzo el ceño, me levanto despacio y me acerco a la ventana. Entre las ramas desnudas de los árboles, distingo a alguien. Es un hombre alto, con el pelo tapado por un gorro de lana rojo y un abrigo largo que le llega hasta las rodillas. Va cargando con algo, quizás madera o herramientas, y se mueve con pasos decididos, como si conociera de sobra este lugar.

—¿Quién demonios…? —murmuro, intentando fijarme mejor. Quizá sea uno de los trabajadores de la mansión y esté despejando el camino de nieve. Se lo diré a Fer cuando despierte para que nos limpie la entrada.

No me doy cuenta de que sigo observándolo mientras pienso. De repente, el hombre levanta la vista, como si se hubiera dado cuenta de mi mirada persistente; probablemente se ha sentido observado. Retrocedo instintivamente y tan rápido que casi tiro la taza de café, y me quedo agachada junto a la ventana con el corazón acelerado.

—Ridícula, parece que tengas cinco años —me recrimino, como una tonta.

—¿Qué pasa ahí? ¿Ali? —La voz adormilada de Fer me sobresalta desde la puerta de la cocina.

—¡Nada! —me levanto de golpe, recomponiéndome—. Solo… disfrutando del desayuno; esta mermelada está buenísima. ¿Qué tal has dormido?

Fer se sienta con dificultad en el sofá y me recibe con un suspiro teatral cuando me acerco y le beso en la frente. Su pelo está despeinado y la camiseta que lleva es una reliquia de un

concierto de hace diez años. No entiendo como no tiene frío.

—He dormido como un oso en hibernación. ¿Ese café que huele tan bien está caliente?

—Siempre. —Voy a la cocina y le sirvo una taza. Se la pongo en las manos y lo observo mientras se toma el primer sorbo.

—Mmm. Delicioso. Con Duncan solo tomamos té y esto me sabe a gloria. Podrías quedarte a vivir aquí, peque.

Le sonrío con cariño y me siento a su lado.

—Hablando de Duncan, ¿qué tal le va? ¿Hablaste con él anoche?

La sonrisa de mi hermano desaparece un poco. Sus ojos se pierden en la taza, como si de repente tuviera muchas cosas que decir y ninguna al mismo tiempo.

—Sí, hablamos antes de dormir. Está teniendo reuniones importantes y anoche fue a una cena con unos productores. Dice que todo va bien, pero… no sé.

—¿Qué te preocupa? —Me giro para mirarle de frente y apoyo los codos sobre mis rodillas.

—¡Es tan guapo! ¿Sabes? Fascina a todos allá donde va, tiene ese efecto en la gente, tanto hombres como mujeres y, cuando viaja solo…, me preocupa que conozca a alguien. Ya sabes, alguien atractivo, carismático, con las dos piernas en perfecto estado y sin una escayola que le llegue hasta el cuello. —Suspira y se pasa una mano por el pelo—. Eso es Londres, Ali. Duncan puede tener lo que quiera.

—Duncan te quiere a ti, Fer. —Le respondo con firmeza—. No lo conozco tanto como tú, pero sí lo suficiente para saber que es evidente que está loco por ti. Es más, creo que, si no estuviera en esa convención, estaría aquí cuidándote y obligándote a beber infusiones raras en vez de café.

Fer sonríe levemente, como si intentara convencerse de mis palabras.

—Espero que tengas razón. No podría soportar que se enamorara de otra persona mientras yo estoy aquí, plantado como un abeto en una maceta. Me siento un inútil.

Le doy un golpecito cariñoso en la mano.

—Cállate ya. Nadie va a enamorarse de nadie. Como mucho, Duncan estará deseando volver para darte un buen rapapolvo por haberte subido a una escalera, seguido de…, ya sales, quita el rapa a la palabra que acabo de decir.

—¡Pero qué bruta eres! —Fer suelta una carcajada, aunque es breve porque la interrumpe el sonido de unos pasos sobre la nieve que nos hace girar la cabeza hacia la ventana. Fer arquea una ceja y señala con la barbilla.

—Se me olvidó contártelo. Duncan me dijo que nuestro casero ha vuelto. Ese que vive en la mansión de al lado.

—¿El conde? —Me asomo, sintiendo un nudo extraño en el estómago.

—Sí, Logan Aberdour. Suele pasar poco tiempo aquí. Tienen una empresa multinacional y él es CEO de la filial americana en Nueva York, pero por lo visto algo le ha hecho cancelar sus planes en Aspen. Seguro que ha venido a controlar que no le destrocemos la casa —se ríe.

—Oh, qué majo. —Murmuro con sarcasmo, pero mis palabras se cortan al ver mejor al hombre que cruza el jardín con paso firme. Lo reconozco de inmediato, a él y a la vergüenza que pasé cuando lo conocí. El chico de la tienda. El tipo del choque que derramó la leche, que se coló para pagar y del claxon burlón. El guapo y el borde de ojos color miel. ¿Conde?

—No puede ser… —Me acerco más al cristal y me quedo helada. Literalmente.

Lleva el mismo abrigo largo, el pelo despeinado, el gorro rojo en la mano y esa expresión entre seria y distraída que no le queda nada mal. Se detiene a inspeccionar un seto cubierto de nieve y luego sigue su camino hacia el garaje, desapareciendo de mi vista.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces? —pregunta Fer, observándome con curiosidad. Se conoce todas mis expresiones y es muy difícil disimular delante de él.

—Más o menos. —Me aparto de la ventana con un gruñido—. Si te dijera que es un tipo insufrible que casi me atropella después de derramar una botella de leche, ¿te harías una idea de si le conozco?

Fer suelta una carcajada sonora.

—¿Derramaste una botella de leche? ¿En serio? Espera, espera, ¿este es el modelo de la tienda con el que tropezaste? —Se lleva una mano a la boca y abre muchos los ojos—. Ali, no puede ser… Verás cuando se entere Duncan.

—No fue mi culpa. Él tiene una espalda tan dura que parece un muro y se puso en medio, no lo oí acercarse y yo estaba absorta eligiendo los quesos —me defendí.

—Ay, pobre Ali. —Fer se seca las lágrimas de risa con el dorso de la mano—. Has conocido al conde, y parece que no ha sido un flechazo precisamente. Es un tipo duro de roer, pero muy majo aunque no te lo parezca.

—Bah, no te creo. Será que no está acostumbrado a hacer las cosas que hacen los mortales que no pertenecemos a la nobleza —me burlo—, como por ejemplo ir a la compra.

Fer sigue riendo, y yo me dejo caer hacia atrás con un resoplido. Logan Aberdour. Solo su nombre me irrita, pero hay algo en él que me hace fruncir el ceño, como si la historia no hubiera hecho más que empezar. Me temo que tendré que aguantar al vecino ricachón y prepotente hasta el año que viene. Bueno, tres días más en realidad.

—¿Sabes qué? —Fer me mira con malicia—. Seguro que os volveréis a encontrar. El pueblo es pequeño y tú no es que tengas buena suerte.

—Genial —mascullo, levantándome—. Espero que no, y tú, tú eres odioso y lo sabes.

Fer se parte de risa, quejándose de que le duele *noséqué* por mi culpa, y yo me alejo de él porque, en el fondo, una parte de mí —una muy pequeña y silenciosa— siente cierta curiosidad por el maldito conde y por lo que oculta esa mirada tan seria y tan preciosa del color de la miel.

CAPÍTULO 7

Logan

Desde la cocina veo la nieve que cubre la casa con un manto blanco que refleja la luz del amanecer. He dado una vuelta a la mansión nada más levantarme y no ha habido ningún contratiempo. Apoyado contra la encimera, desayuno mientras observo el jardín a través de la ventana cuando escucho la puerta. La señora Brown y su hijo, Brodie, han llegado temprano. Ella, como siempre, trae más de lo que le pido: un bizcocho de canela y naranja que perfuma toda la casa, junto con varios *tuppers* de comida que podrían alimentar a un regimiento.

—No se preocupe por nada, señor Aberdour —me dice mientras acomoda los recipientes en la nevera con movimientos meticulosos—. El bizcocho es mi regalo de Año Nuevo.

—Y una excelente excusa para que coja unos kilos, ¿verdad? —le contesto, medio en broma, mientras ella me lanza una mirada significativa.

—Alguien tiene que asegurarse de que no viva solo de café y números.

Brodie, mientras tanto, está fuera retirando la nieve del camino. El sonido rítmico del raspado de la pala me resulta extrañamente reconfortante. Miro a la casita de mis inquilinos y me recuerdo que debo de ir a visitar a Fer, pero la idea de encontrarme con su hermana me pone nervioso. A mi mente llegan las imágenes del día anterior de ella contorsionando su cuerpo con el yoga y luego en la ducha, y mi cuerpo reacciona de inmediato. No puedo arriesgarme a verla frente a frente. Lo mejor será esperar a que salga de la casa, porque tendrá que salir en algún momento, pienso…

—No puede ser tan complicado, Logan —murmuro para mí mismo, pasándome una mano por el pelo. Al ver al hijo de la señora Brown trabajando fuera, se me ocurre una idea.

—Brodie. —Abro la puerta trasera y lo llamo—. Cuando termines aquí, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, señor Aberdour. —Se endereza, con el rostro ligeramente enrojecido por el frío, y apoya las manos en el mango de la pala.

—¿Te importaría despejar la entrada de la casita de los inquilinos? Fer se rompió la pierna y no creo que puedan hacerlo solos. Antes, por favor, les llevas este bizcocho también, diles que es de mi parte. —Hago una pausa, pensando en cómo no parecer maleducado—. Y pregunta cómo está y dile que pasaré a verle pronto, que me avise si necesita cualquier cosa.

Brodie asiente con entusiasmo.

—Por supuesto. Será un placer.

Le saco el bizcocho de canela y naranja que me ha traído su madre y regreso a la cocina para observar desde la ventana, detrás la cortina. La hermana de Fer abre la puerta con unos vaqueros gastados y una sudadera demasiado grande para ser suya. Lleva el pelo recogido en una coleta floja y, aun así, con esa imagen tan de estar por casa, sigue siendo atractiva y sexi, muy sexi. Se mueve de forma muy natural, ajena al efecto que causa en mí y que no deseo.

—Joder, Logan, compórtate —me regaño en voz baja mientras me aparto de la ventana.

Brodie regresa poco después y deja las botas en la entrada antes de contarme su visita.

—El señor Fernando está bien. Dice que incómodo por no poder caminar, pero bien cuidado y sin dolor. Me han dado las gracias y me han dicho que pase cuando quiera. Ah, y que si no tiene planes, que sepa que cenarán con varios amigos en Fin de Año y que está invitado si quiere pasar, aunque sea para una copa.

Asiento, agradecido pero también con sensación de culpabilidad. Sé que debería haber ido yo mismo. Son más que mis inquilinos, son mis vecinos y me llevo muy bien con ellos. Siempre que paso unos días aquí me invitan a cenar y es algo que me encanta porque con ellos me siento un tipo normal, sin títulos ni las tonterías de la gente del círculo social de mi familia. Mi actitud al no visitarle al saber que está escayolado no puede más que poner unas barreras que no deseo.

—Gracias, Brodie. Buen trabajo. —Le doy una palmada en el hombro y regreso al despacho, aunque mi cabeza está lejos de los números.

La mansión está en silencio, excepto por el suave golpeteo de las teclas de mi ordenador y el ir y venir de la señora Brown mientras limpia. Miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado dos horas sin que avance gran cosa. Hay unos camiones atascados que no han podido descargar en la fábrica de Aberdeen, y me temo que ya no se puede hacer nada hasta después de las fiestas. Salgo al pasillo para despejarme y, al llegar a la cocina para hacerme un té, la veo. La hermana de Fer sale en ese momento de la propiedad y camina hacia el pueblo con una bolsa de tela colgada del hombro.

—Esta es tu oportunidad. —Murmuro, agarrando un abrigo y cruzando el jardín antes de que el sentido común me haga cambiar de opinión.

El aire frío me golpea la cara mientras avanzo entre los arbustos. Las ramas desnudas están cubiertas de escarcha, y un rastro de pisadas en la nieve indica que alguien más ha pasado por aquí hace poco. Al llegar a la casita, llamo a la puerta y, tras unos segundos, la voz de Fer pregunta quién es.

—Soy Logan —grito.

—Si tienes tu llave, entra. No puedo levantarme —contesta subiendo la voz.

Abro y lo veo en el sillón del salón con la pierna descansando sobre un puf enorme y una manta sobre ella. Su sonrisa al verme es amplia y sincera.

—¡Logan! Gracias por venir. Lamento lo de tus vacaciones.

—Fer, ¿cómo estás? —Entro, sacudiendo los restos de nieve de mis botas en el felpudo—. Me alegro de verte, aunque sea en estas circunstancias. Qué mala pata.

—Bueno, estoy escayolado pero en una pieza. Eso ya es un logro, ¿no? Siéntate un rato, anda, que me han dejado solo y esto es muy aburrido.

La casa es cálida y acogedora, tiene la chimenea encendida y el árbol de Navidad todavía iluminado. Me siento en el sillón junto a él y empezamos a charlar. Fer me pone al día sobre su accidente y cómo su hermana, Alicia, ha venido de España para cuidarlo mientras Duncan está fuera.

—Ella es increíble —dice con orgullo—. Y estoy seguro de que, aunque no lo admita, está disfrutando de todo esto más de lo que parece. Le encanta Escocia.

Estoy a punto de contestar cuando escuchamos una voz desde la puerta.

—¡Fer! Me he olvidado la receta de tus pastillas…

Alicia entra como un torbellino, con las mejillas enrojecidas por el frío y la respiración acelerada. Al verme, se detiene en seco, parpadeando con sorpresa.

—¡Oh! —murmura, y su voz se corta mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—Hola —respondo, levantándome del sillón—. Soy Logan, el vecino —consigo decir mientras señalo hacia mi casa para no mirarla a ella.

—Ella es Alicia, mi hermana —dice Fer, que se ríe disfrutando visiblemente de la tensión que ha notado entre nosotros—. Logan ha venido a ver cómo estoy.

—Creo que ya nos conocemos —añado antes de volver a sentarme—. Es una sorpresa verte aquí.

—Sorpresa mutua —dice con calma, aunque no puedo evitar sonreír al verla tan nerviosa como yo—. Genial. Pues… no quiero interrumpir. Seguid a lo vuestro—. Se da la vuelta, pero antes de salir, añade—. Y gracias por el bizcocho. Estaba delicioso.

Fer suelta una carcajada tan fuerte que casi se cae del sillón, y yo no puedo evitar quedarme mirándola mientras desaparece por la puerta.

—Ya me contó lo del tropiezo en la tienda —dice Fer con una sonrisa maliciosa.

—Acababa de llegar de Nueva York, no había ni pasado por casa. Entre el cansancio y el *jet lag* iba muy despistado y ella miraba para otro lado… —respondo como si contara una anécdota, pero siento que me estoy justificando sin razón.

—Le caíste fatal —confiesa Fer con una carcajada. No sé por qué le divierte tanto. ¿Habrá echado la señora Brown algo raro en el bizcocho? Será mejor que me vaya antes de que vuelva.

—Por cierto —agrega Fer—, mañana vendrán unos amigos a cenar para romper el año con nosotros. Como te has quedado sin planes, estás invitado. Como vecino. Al casero puedes dejártelo fuera —se ríe—. Y cuéntame qué tal por Aspen.

CAPÍTULO 8

Alicia

El aire helado me golpea en cuanto salgo de casa de mi hermano, y me subo la bufanda hasta casi cubrirme la nariz. Mi aliento forma pequeñas nubes frente a mi cara y mis botas rechinan contra la nieve blanda de la acera. La cabeza sigue dándome vueltas después de haberme encontrado con él, con Logan. ¿Cómo es posible que todo en ese hombre me irrite y atraiga por igual? Me paro de pronto porque no reconozco la calle. ¡Maldita sea!, me ha alterado tanto que hasta va a conseguir que me pierda. Doy la vuelta y retomo el camino correcto. No puedo permitir esto porque soy adulta y, además, tengo una lista de la compra que no se va a completar sola.

—Respira, Ali —murmuro, metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo.

El paisaje invernal tiene algo de mágico, como si hubiera sido diseñado para una postal. Los árboles desnudos están cubiertos de escarcha, y los tejados de las casas del pueblo parecen sombreros de azúcar. A pesar de mi humor algo agrio, contemplar el panorama que me rodea me provoca alegría y añoranza. Quizás Escocia tenga esa capacidad, la de calmar hasta las mentes más inquietas. Sin embargo, mis pensamientos vuelven una y otra vez a Logan. Lo de antes… ¿qué le pasa? Ese tono burlón, ese rehuir mi mirada y su actitud, que no sé si es que es borde siempre o simple diversión a mi costa, porque mira que Fer se reía también. Por no mencionar que incluso cuando está siendo insoportable, sigue teniendo un aspecto impecable. El jersey gris que llevaba hoy parecía hecho a medida para resaltar cada línea de su torso. Y esos vaqueros oscuros…

—¡Por favor, basta! —exclamo en voz baja, frustrada conmigo misma.

Llego al centro del pueblo con las mejillas ardiendo, y decidido que necesito un café antes de comprar. Además, quiero hacer tiempo para que no esté en la casa cuando vuelva. No quiero verlo, pero ¿por qué? No me ha hecho nada en realidad. Es su presencia o… no sé. Me hace perder los sentidos y hasta el habla. Veo un café con una vitrina llena de pasteles y decido que es el sitio ideal para entrar en calor y despejarme, justo lo que necesito para sacarme de encima esa irritación inexplicable.

El café local es pequeño y acogedor, con mesas de madera clara sin manteles, sillas de madera pintadas de colores pastel y una vitrina repleta de dulces que parecen salidos de un libro de recetas navideñas. Un par de mesas están ocupadas por familias y algunas parejas que charlan en voz baja, cuyas risas se mezclan con el suave murmullo de la máquina de café y la música de fondo.

Me siento junto a la ventana, pido un café *machiatto* y un trozo de tarta de manzana. El camarero me lo trae con una sonrisa amable, y agradezco el gesto. Apoyo las manos en la taza caliente, dejando que el calor reconforte mis dedos, mientras intento disfrutar del momento. Sin

embargo, mi tranquilidad no dura mucho. En la mesa de al lado, un grupo de chicas conversa animadamente. Sus voces llenan el aire con comentarios triviales, hasta que uno de ellos capta mi atención.

—Lo que os cuento, chicas, Logan ha vuelto —dice una de ellas, una rubia que parece sacada de un anuncio de perfume, con una coleta alta y perfectamente peinada.

Levanto la vista de mi taza sin querer, disimulando mientras acerco la oreja un poco más.

—Estaba en Aspen, ¿verdad? —responde otra, pelirroja y con un vestido de lana que parece hecho a medida.

—Sí. Por fin está de vuelta. —La rubia suspira, apoyando la barbilla en la mano—. Me ha costado meses conseguir que me respondiera un mensaje, pero ahora tengo el plan perfecto.

—¿Y cuál es ese plan? —La pelirroja sonríe con curiosidad, y otra chica, una morena con gafas, se inclina hacia adelante, con interés.

—Voy a pasar la noche de Finde Año con él. —La rubia se inclina hacia adelante, como si estuviera compartiendo el mayor de los secretos—. Ya le he insinuado que deberíamos ponernos al día —sonríe con picardía—. Si todo va bien, Logan y yo podríamos… bueno, ya sabéis…, volver.

Las otras chicas sueltan risitas, y yo me encuentro apretando la taza con más fuerza de la necesaria.

—Es que no entiendo cómo un hombre así sigue soltero. —Continúa la rubia, agitándose como si estuviera indignada—. Guapo, rico, con esa actitud de chico malo… Es irresistible.

Muevo la cabeza, intentando apartar las palabras de mi mente, pero no puedo evitar que algo en mi interior se retuerza. ¿Qué me importa a mí lo que haga Logan o con quién pase la noche? Si quiere salir con esta chica —que, por cierto, me resulta irritantemente perfecta—, allá él.

—Tiene que ser un imbécil, eso es lo que pasa —murmuro para mí misma, tomando un sorbo de café.

Pero la verdad es que no lo sé. No sé por qué me importa. Porque me cae mal, eso es todo. Sí, me cae mal. Esa es la razón de que lo evite. Salgo del café si haberme quitado la irritación de encima tras escuchar a ese grupo de pijas suspirar por el conde maleducado. Voy a la tienda y a la farmacia y, al salir, decido dar un rodeo para dar tiempo a que Logan se vaya. Pero no llego a hacerlo porque un mensaje de Fer en mi móvil hace que me apresure: «Ali, ¿todo bien? Tardas mucho. Logan se fue hace rato, y estoy solo. Me muero de hambre y necesito ir al baño. SOS». Resoplo, guardo el móvil y acelero el paso. El viento levanta pequeños copos de nieve a mi alrededor, y mi bolsa golpea contra mi cadera mientras camino deprisa. El pueblo parece haber quedado en silencio, y la luz del día comienza a apagarse, dejando un resplandor ámbar en el horizonte.

Cuando llego, dejo las bolsas en la cocina y me dirijo al salón, donde Fer me espera con una expresión mezcla de alivio y reproche.

—¡Por fin! —dice, cruzándose de brazos—. ¿Qué has estado haciendo, traficando con café?

—Cállate, reina del drama. —Le doy un beso en la frente antes de ayudarle a levantarse para acompañarlo al baño—. Ahora te prepararé algo rápido.

Mientras organizo la compra, no puedo dejar de pensar en lo que escuché en el café. ¿Por qué me molesta tanto? Es Logan, por el amor de Dios. Si quiere pasar el fin de año con Megan —que ahora sé que es esa rubia engreída porque sus amigas la nombraron—, que lo haga. No es asunto mío.

Preparo un sándwich rápido para Fer y lo dejo en la mesita junto al sofá.

—¿Todo bien? —pregunta él, con una mirada que parece leerme la mente.

—Sí, claro. Solo estoy cansada. He dado una vuelta para conocer el pueblo, ya que mi hermanito no me lo puede enseñar —bromeo.

Fer me observa durante unos segundos, como si intentara decidir si presionarme o dejarlo pasar. Finalmente, sonríe.

—Bueno, entiendo que quieras hacer turismo mientras no me dejes solo tanto rato otra vez. Necesito compañía para no volverme loco aquí encerrado.

—Te quejarás, si te he dejado en buena compañía. Seguro que has estado esquivando flechas todo el tiempo.

—Eres mala, ¿por qué te cae tan mal?

—Es un borde y lo sabes. —Sonrío y le revuelvo el pelo antes de volver a la cocina. Pero mientras pongo agua a hervir para un té, sigo atrapada en mis propios pensamientos y no doy todo el crédito que merece a lo que Fer me dice desde el salón.

—Podréis limar asperezas mañana porque lo he invitado a la cena de Fin de Año.

¿Cómo? ¿No tenía planes con la rubia de porcelana? Algo me dice que este asunto no va a terminar aquí.

CAPÍTULO 9

Logan

Cuando cierro la puerta tras de mí, la calidez de la mansión me recibe como un suspiro de alivio, aunque mi mente está lejos de estar en calma. Me quito el abrigo, lo dejo colgado junto a la entrada y resoplo. No sé cómo me he dejado convencer. Vale que no había decidido nada aún sobre la noche de mañana, pero pensaba llamar a algunos amigos. Y ahora le he dicho que sí a Fer y tendré que cenar con la hermanísima. Me va a dar algo. Todo por culpa de Duncan.

Aún tengo fresca la imagen de Fer, sonriente desde su sofá, mientras Duncan aparecía en la pantalla del móvil con esa habilidad suya para convencer a cualquiera de cualquier cosa. Habían empezado a hablar de los últimos días en Londres, pero no sé cómo, todo cambió cuando hablaron de mí.

—Deberías quedarte a cenar con Fer mañana —dijo Duncan como quien propone algo obvio —. Porque supongo que te ibas a quedar solo en Fin de Año, ya que has tenido que cambiar de planes.

Fer no tardó ni un segundo en respaldar la idea.

—¡Claro! Yo también se lo he dicho. Te vendrá bien salir de esa mansión un rato. Además, la cena será sencilla. Solo nosotros y unos amigos que se encargan de la cena. Nada de eventos elegantes.

—Te lo agradezco, pero no tienes ningún compromiso conmigo. Seguid vuestros planes, yo estaré bien.

—¿Planes? —Fer se rio como si hubiera contado el mejor chiste del año—. No hay más plan que pasarlo bien y en buena compañía. Si quieres, claro.

Duncan sonreía en la pantalla a Fer y Fer me sonreía a mí. Seguimos hablando, yo rechazando la propuesta por no estar con la yogui perfecta, y ellos dándome razones para no romper solo el año.

Acabé aceptando más por inercia que por entusiasmo, incapaz de resistirme a la insistencia combinada de esos dos. Ahora, mientras me sirvo un vaso de agua en la cocina, no puedo evitar reírme por tonto y, a la vez, con el cariño que le he cogido a mis vecinos.

—Lo que hacen estos dos tíos para conseguir lo que quieren. —Sacudo la cabeza y me apoyo en la encimera, dejando que el silencio de la casa se asiente a mi alrededor—. No me extraña que tengan tantos amigos. Se dejan querer y son más auténticos que la mayoría de la gente que me rodea, más interesada en mi posición que en mí. Que me traten como a uno más es algo que me gusta y me motiva. Me siento normal con ellos.

Mañana será Fin de Año, y en lugar de pasar la noche solo o con Megan y las falsas de sus amigas, estaré con Fer y su gente. Si lo pienso, no está tan mal. Al menos no habrá presión, ni vestimenta elegante, y el menú seguro será bueno, sin las chorradas del hotel de lujo al que iba a ir con mis padres. Aunque una parte de mí no deja de preguntarse cómo he sido tan fácil de convencer. Lo que más me agobia es una rubia persistente que no deja de enviarme mensajes para que pase la Nochevieja con ella. Megan puede ser demasiado pesada cuando se propone algo y debo inventar una excusa para que me deje en paz. Mejor pasarla con mis vecinos que ser el objetivo de Megan.

Pasan un par de horas de trabajo antes de que decida hacer una pausa para comer. Enciendo el microondas y caliento uno de los *tuppers* que la señora Brown dejó preparados. El aroma a guiso de carne y verduras llena la estancia mientras me sirvo un vaso de agua y me siento en la mesa de la cocina, con la ventana como único acompañante.

Desde mi posición, veo la casita al otro lado del jardín, justo cuando Alicia aparece cargada con bolsas, luchando contra el viento que intenta arrancarle la bufanda. Su andar decidido, incluso cuando parece estar peleando con los elementos, tiene algo que me hipnotiza.

—Joder, Logan, eres un caso perdido —murmuro para mí, apartando la vista y centrándome en mi plato.

Después de comer, vuelvo al despacho, pero mi atención está dispersa. Las cifras en la pantalla parecen bailar, y tras varios intentos fallidos de concentrarme, decidió hacer un té.

Cuando entro en la cocina, mi mirada se dirige automáticamente hacia la ventana. La casa está iluminada, y desde aquí puedo ver la habitación de arriba, donde está ella. Una figura femenina se mueve con fluidez, y sé exactamente qué está haciendo: yoga otra vez.

Me quedo mirando como una idiota, con la tetera en la mano, mientras ella cambia de postura con una gracia que parece completamente natural. Mis ojos recorren cada movimiento, y mi imaginación empieza a llenarse de ideas que no debería tener sobre la hermana de mi inquilino.

De repente, se detiene. Su cuerpo se gira hacia la ventana, y mi corazón se acelera como si me hubieran pillado haciendo algo ilegal. Ella levanta la mano y cierra la cortina sin prisa, pero con decisión.

—Genial, ahora sabe que la estaba mirando —murmuro entre dientes, dejando la tetera sobre la encimera con un golpe seco.

Me preparo el té y vuelvo al despacho, con el firme propósito de sacarla de mi cabeza.

Por la noche, me llama mi padre, rodeado de toda la familia. Siguen en Aspen, disfrutando de las fiestas. La pantalla se llena con las caras sonrientes de mis padres y mi hermana Emma, que están en una terraza con una chimenea al fondo.

—¡Logan, querido! —exclama mi madre, con una copa de vino en la mano—. ¿Cómo estás? Te echamos de menos aquí.

—Yo también os echo de menos —respondo, aunque la verdad es que este año no me apetecía lidiar con las intrigas de mi padre y su intento de unirnos a la familia de Clarabella.

—Papá dice que te compensará por no estar aquí —añade mi hermana con una sonrisa burlona—. Y, por cierto, Clarabella se quedó algo triste cuando te fuiste.

—Oh, qué pena. —Mi tono es lo suficientemente sarcástico como para que mi madre frunza el ceño.

—Logan, podrías ser más amable. Es una chica encantadora y su familia es muy importante para nuestros negocios. Quizás deberíamos considerarlo seriamente.

—Claro, papá. Cuando quiera combinar amor y negocios, os lo haré saber. —Me devuelven una risa forzada y cambio de tema. Les cuento que ya he arreglado el problema de Aberdeen y hablamos de anécdotas que han vivido en la nieve. Cuelgo con una sonrisa tensa después de despedirme, aunque mi cabeza está a kilómetros de Clarabella o de cualquier otra persona en Aspen.

Después de cenar, me recuesto en el sofá del salón con una copa de whisky. La televisión está encendida, pero no le presto atención. Mi mente sigue llena de imágenes de mi intrigante vecina temporal. Su sarcasmo, su mirada desafiante, el movimiento de sus labios cuando habla... Cierro los ojos, y antes de darme cuenta, me quedo dormido.

En mi sueño, estoy en la cocina de mis vecinos, preparando café mientras Alicia entra. Lleva un vestido azul de tirantes, que le queda perfecto, y su cabello está suelto, cayendo en ondas oscuras por su espalda desnuda.

—¿Ya estás mirándome otra vez? —pregunta, con una sonrisa burlona, pero sus ojos tienen un brillo diferente.

—No puedo evitarlo. Eres preciosa —respondo, mientras me acerco a ella. La beso por el cuello y el escote, relamiéndose por tener a mi alcance los senos que apenas imaginé ayer. Los acaricio por encima de la tela y ella me regala unos gemidos que hacen que mi entrepierna reaccione. La subo a la isla de la cocina y llevo las manos por debajo de la falda, se la subo y acaricio sus muslos hasta llegar al borde del encaje que cubre su sexo.

Justo cuando estoy a punto de tocarla, me despierto con un sobresalto con mi mano en mi erección. El salón está oscuro, y la televisión muestra un programa aburrido que no recuerdo haber puesto.

—Esto se me está yendo de las manos —murmuro y me incorporo. Subo a mi habitación, pero, antes, me doy una ducha fría.

Megan, Clarabella, Aspen… Todo parece insignificante comparado con la simple idea de una cena en una casita iluminada, con ella al otro lado de la mesa.

Y eso me asusta más que cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 10

Alicia

—¿Dices que Logan viene mañana? —La pregunta sale de mi boca con una mezcla de incredulidad y fastidio, mientras recojo el almuerzo y lo llevo todo a la cocina para que Fer no pueda leer en mi cara lo mal que me viene este cambio de planes.

Fer, recostado en el sofá con su taza de té entre las manos, me lanza una mirada distraída y da un sorbo antes de contestar.

—Sí, claro. —Se encoge de hombros como si fuera lo más obvio del mundo—. Es nuestro vecino, además de casero, y un buen tipo. No será lo mismo que la fiesta por todo lo alto que le esperaba en Aspen, pero mejor que solo, ya que ha tenido que volver antes de tiempo. Además, tiene una bodega espectacular, así que le he pedido que se ocupe de los vinos.

—Ah. —Aprieto los labios y regreso a lo que tengo entre manos, básicamente los platos que debo fregar, tratando de concentrarme en mis gestos, sin coger el anzuelo que me ha lanzado mi hermano. Pero no lo consigo; es la típica tarea que te invita a pensar más de la cuenta y yo no me quito de la cabeza la situación. Me apetecía pasar la noche en confianza, aunque no conozca a todos los que vienen, un plan tranquilo y familiar. La presencia del estirado del conde lo cambia todo. Aunque puede que no venga, que le haya dicho al pesado de Fer que sí por quedar bien y mañana se invente una excusa para poder ir con la rubia pija a una fiesta ídem. Con esa idea me relajo un poco, sin embargo, no me siento contenta. Por otra parte, no sé qué me molesta más de Fer, si la idea de ver a Logan en la cena o el hecho de que mi hermano lo mencione como si fuera imprescindible su presencia. Y encima le encarga los vinos.

—Estás muy callada —dice Fer—. Y creo que ese plato brilla como el sol de tanto que lo estás lavando. ¿Qué te pasa? —añade alargando la cabeza desde su trono improvisado en el sofá para verme mejor. Lo miro de reojo, y me doy cuenta de que mañana tendré que ayudarle a arreglarse un poco y dejar esas pintas de ermitaño; lleva una camiseta vieja de una banda de rock de los noventa y unos pantalones de chándal que han visto tiempos mejores.

—Nada. Solo pienso en que debes arreglarte un poco para mañana. —Me esfuerzo por sonreír mientras repaso la vitrocerámica y la encimera. Hay que ver lo limpio que me queda todo cuando estoy mosqueada y me lío en mis pensamientos—. Y en Logan que creo que no pega nada con nosotros, ¿no crees? No lo veo como el tipo de persona que disfrute de cenas, digamos, normales, sin protocolo y etiqueta. Te recuerdo que es conde.

Fer suelta una carcajada y apoya la taza sobre la mesa baja.

—Conde y rico —recalca—. Claro que le gustan. Es de los que no le va nada la tontería que le rodea y muchas veces se refugia aquí, con Duncan y conmigo. Dice que le ayudamos a ser normal —ríe—. Algún que otro sábado lo hemos pasado con él viendo películas y bebiendo

vino. Del suyo, claro. Bueno, no sé si va a disfrutar de la cena de mañana o si simplemente la tolera porque no tiene nada mejor que hacer. —Sí que lo tiene, pienso yo—. Pero no importa. Su bodega es espectacular y él es buena gente. Ya lo verás. ¿Por qué te molesta tanto?

Me muerdo la lengua para no soltar un comentario sarcástico. Logan Aberdour, con su bodega y su actitud chulesca, sentado a nuestra mesa. Perfecto. Seguro que dirá algo mordaz sobre la vulgaridad de la tortilla de patatas que pensaba preparar, o cualquier otra cosa. Si viene, claro.

—¿Y aparte del vino, tenemos menú?, ¿qué más traerán? —pregunto cuando vuelvo al salón y me siento junto a él.

Fer se incorpora un poco, animado.

—Nora y Mark van a traer pastel de carne y sopa de puerros. Shannon y Robbie traerán *haggis* y unas ensaladas. Yo solo tengo que ponerme guapo y tú... tú podrías sorprenderlos con algo español.

Me giro para mirarlo, apoyando la mano en la cadera.

—¿Algo español? ¿Como qué? ¿Una paella para veinte?

—Mira que te gusta exagerar —se ríe—. Una tortilla de patatas estaría bien. Algo sencillo pero con tu toque especial.

—Por supuesto, es justo lo que había pensado. Te lo iba a decir ahora. Tortilla de patatas, perfecto. Mañana compro lo que necesito y la dejo preparada a medio día.

—Eres la mejor, hermanita. —Fer me da un beso con dificultad—. Vamos, pon la tele que hoy toca *Love Actually*.

Terminamos la película moqueando y rodeados de pañuelos de papel arrugados con nuestras lágrimas, y yo acurrucada sobre él. Encima de la mesa reposan las tazas vacías de café y las migas de los dulces que nos han acompañado durante la tarde. La casa está cálida gracias a la chimenea del salón, y el árbol de Navidad parpadea con luces suaves que llenan el ambiente de una tranquilidad acogedora. Sin embargo, Fer parece cada vez más inquieto.

—¿Qué te pasa? ¿Tan nostálgico te ha puesto? —le pregunto, recogiendo los platos mientras él coge el móvil.

—Nada. —Hace una pausa y me mira con una expresión que no me gusta ni un pelo—. Bueno, sí. Logan traerá los vinos, pero ahora me he puesto a pensar: ¿y si no maridan con lo que estamos preparando? No creo que él sepa…

—¿Y eso qué importa? —Resoplo, dejando los platos en el fregadero—. Todo va a estar delicioso. Nadie se va a fijar en si el vino es perfecto o no.

Fer sacude la cabeza, como si acabara de escuchar una blasfemia, y yo me temo lo peor, lo que he querido evitar desde que me ha dicho que Logan se encargaba del vino.

—¿Cómo dices? ¿Tú la experta dices que no es importante? Ali, por favor, seguro que estás más inquieta que yo. ¡Si una vez la liaste porque alguien tomaba vino tinto con una Fondue de queso! Déjate de chorradas, anda. Voy a llamar a Logan y decirle que vas ahora a ayudarle a elegir el vino.

Me quedo inmóvil, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Ir ahora? ¿Fer, estás loco? Es tarde. Además, Logan seguro que ya está en pijama o, no sé, haciendo cosas de ricos.

—¡Por favor! —Fer junta las manos en un gesto exagerado de súplica—. Es solo un momento. Le mando un mensaje, y ya está. Así, si no te gusta ninguno, podemos solucionarlo mañana.

—No voy a molestar a nadie a estas horas —protesto, pero Fer ya está escribiendo en su móvil.

—Listo. Le he dicho que vas para allá. Logan ha dicho que está bien, aunque no lo ve necesario.

—¿Lo ves? No voy.

—Sí vas, por favor. A él le regalan muchos vinos y no los conoce tan bien como tú. No me fío. Una vez trajo uno que ni de envase de cartón, en serio. Así mañana estamos tranquilos y no tenemos que ir a buscar otro en plena cena

Me tapo la cara con las manos y lanzo un gruñido.

—Esto es surrealista.

Fer me lanza una sonrisa tan triunfal que por un momento quiero lanzarle un cojín a la cara.

—Anda, ponte el abrigo. Lo harás genial, como siempre. Confío en ti.

Salgo de casa con el abrigo bien cerrado y la bufanda cubriéndome hasta la nariz. El aire frío me golpea las mejillas mientras cruzo el jardín que separa las dos casas. La mansión de Logan está parcialmente iluminada, y por un momento me detengo, dudando si tocar el timbre o salir corriendo de vuelta a la calidez de nuestra chimenea.

Lo hago por mi hermano, me repito. Respiro hondo y toco el timbre. Unos segundos después, Logan abre la puerta, vestido con un jersey negro de cuello alto que resalta sus hombros anchos y unos vaqueros oscuros. Su expresión es la de alguien que preferiría abrir la puerta a cualquier otra persona. Y la mía debe ser la de alguien que preferiría estar llamando a otra puerta. Empatados.

—Ah, la experta en vinos. —Su tono está cargado de sarcasmo—. ¿Todo esto no podía esperar hasta mañana?

—Créeme, Logan, yo tampoco quería estar aquí. Ya conoces a Fer. —Paso junto a él, intentando ignorar cómo su presencia llena el espacio.

Logan cierra la puerta con un suspiro resignado y me señala hacia el pasillo.

—Bien. Vamos a la bodega. Pero espero que tengas buen gusto, porque si no, esta cena va a ser un desastre.

Entro y lo que más me impacta no es él, aunque está claro que su presencia me altera, sino la casa. El vestíbulo me recibe con una mezcla de sencillez y lujo que me impresiona. Los suelos de madera clara reflejan la cálida luz de las lámparas, y un espejo redondo de marco negro cuelga sobre una consola minimalista decorada con velas y un jarrón de ramas secas. Todo parece

diseñado para transmitir calma, como las típicas que se pueden ver en las revistas de decoración escandinava.

—Por aquí. —Logan interrumpe mis pensamientos con su voz grave, señalando un pasillo que conecta con la cocina, con un leve movimiento de cabeza.

Le sigo en silencio, y sin cortarme un pelo lo miro todo con interés. El salón, que se abre a mi izquierda, es amplio pero sorprendentemente acogedor. Un sofá enorme de color gris antracita domina la habitación, acompañado de una mesa baja de madera natural y una alfombra de lana que parece tan mullida que podría caminar descalza sobre ella sin sentir frío. La chimenea está encendida, proyectando sombras suaves en las paredes blancas, y unas estanterías empotradas están llenas de libros perfectamente organizados.

A pesar de su belleza, la casa tiene un aire de vacío. Es demasiado grande para una sola persona, porque imagino que vive solo. Debe perderse aquí dentro. Logan camina por delante de mí con pasos seguros, y me doy cuenta de que mi atención se desliza hacia él, a pesar de mi intento por mantenerme neutral. Lleva el jersey negro, que se ajusta a sus hombros anchos y a la línea recta de su espalda, metido por dentro de los vaqueros oscuros que le hacen un culo impresionante. Tiene las piernas largas y, estoy segura, fuertes. Todo él lo parece aunque solo puedo imaginar los brazos cuyos músculos envueltos en las finas mangas del jersey, se tensan al caminar. Todo esto no lo ví cuando nos chocamos en la tienda. Voy entendiendo el interés de la pija rubia en conquistar a este dios vikingo. Aunque a mí no me va nada. Nada de nada, lo juro.

—No te quedes atrás —dice sin mirarme, en un tono algo impaciente pero sin brusquedad.

—¿Quién se quedaría atrás con una casa como esta? —murmuro, más para mí que para él.

—¿Te gusta? —pregunta con una ceja arqueada cuando me giro para responder.

—Es bonita. —Rebajo mucho no, muchísimo, el nivel de lo impresionante que me parece; no lo voy a adular.

Logan suelta un leve *mmmm* antes de seguir adelante, hasta que llegamos a una puerta al final del pasillo. La bodega, supongo.

Cuando bajo las escaleras tras él, me quedo sin palabras. La habitación es un templo para los amantes del vino. Los estantes de madera oscura cubren las paredes de piedra vista, excavadas en la roca, llenas de botellas perfectamente alineadas con etiquetas que apenas alcanzo a leer desde la entrada. Hay una mesa central de madera con sillas de cuero negro, y una lámpara colgante emite una luz cálida que logra un espacio íntimo y elegante.

—Guau… —es lo único que consigo decir mientras recorro el lugar con la mirada.

—Es práctica. Las cenas que he organizado aquí han sido todo un éxito. —Logan se apoya en la mesa con los brazos cruzados, observándome con una mezcla de diversión y expectación—. Pero lo importante es si cumple tus exigencias vinícolas, experta —dice con retintín.

Me vuelvo hacia él, sintiendo un leve rubor en las mejillas.

—No sé si cumplirá mis exigencias, pero seguro que cumpliría las de cualquier *sumiller*. —Sonrío, aunque sé que le estoy dando coba.

Logan me mira con una expresión extraña, y luego se endereza.

—Bien. Elige lo que creas mejor. No sé por qué tu hermano no se fía de mi criterio, díselo. Si tan experta eres… —dice ofendido al tiempo que sacude la cabeza negando—, en fin, tendrás que demostrarlo. Puedes coger lo que quieras excepto lo de la vitrina del fondo. Yo no tengo paciencia para esto.

No sé qué me irrita más, si su actitud de superioridad o el hecho de que realmente tiene una bodega espectacular. Esto no va a ser tan fácil como pensaba.

CAPÍTULO 11

Logan

El vaso de whisky, que baila en mi mano, está casi intacto mientras observo las llamas inquietas en la chimenea. La casa está en calma, demasiado grande y demasiado vacía para alguien que no tiene intención de usar más que dos o tres habitaciones. He pasado todo el día entre correos y llamadas, intentando solucionar problemas de cierre del año que ni siquiera deberían ser míos, y ahora, por fin, tengo un momento de tranquilidad. Pero, como era de esperar, no dura mucho.

El móvil vibra en la mesa de madera frente a mí, sacándome de mi breve descanso mental. Es un mensaje de Fer y, al abrirlo, su contenido me hace fruncir el ceño: «Te voy a hacer un favor. Te mando a Ali a elegir los vinos de mañana. Es una gran experta, ya lo verás. De nada :)».

—¿Qué? —grito al vacío, expandiendo mi incredulidad por toda la casa.

Me echo hacia atrás en el sofá y dejo el vaso sobre la mesa con demasiada fuerza, provocando un ruido seco que me asusta. Esto no puede ser en serio. ¿Por qué hace venir a su hermana? ¿Para qué? Ya habíamos hablado de los vinos, él conoce de sobra mi bodega, y me ofrecí a llevar algo más que decente para la cena. Y ahora, de repente, ella tiene que supervisar, como si yo no supiera lo que tengo. Una gran experta, dice, ¿será verdad o Fer solo quiere molestarme con una de sus bromas? Sí, esto es claramente cosa de Fer. No es que me moleste tanto que su hermana venga, pero… bueno, sí, me molesta. Mucho. Y me perturba. Ya estoy nervioso sin razón coherente.

No es que no confíe en su criterio —aunque no tengo ni idea de si lo tiene realmente—, sino porque la última vez que hablamos no fue precisamente un momento agradable. Entre sus comentarios sarcásticos y mi propia agitación cuando la veo, la dinámica entre nosotros no augura nada bueno.

Resoplo y me pongo en pie, tratando de convencerme de que no es tan grave. Es solo una visita breve, elige los vinos y punto. Pero hay algo en la idea de estar a solas con Alicia que me incomoda. Esa mujer tiene una habilidad especial para sacarme de mis casillas, y ni siquiera sé por qué. Conozco a muchas mujeres tan guapas como ella, incluso más, y no me provocan esta incomodidad por dentro. Espero que sea breve y se vaya pronto.

Camino hacia la cocina, con la esperanza de que hacer algo práctico me ayude a despejar la cabeza, mientras enumero mentalmente las botellas que creo más adecuadas para la cena de Fin de Año: Ribera del Duero, Borgoña, un Château Margaux que guardo para ocasiones especiales… ¿Son suficientes? ¿Demasiado? Una parte de mí quiere demostrarle a Alicia que sé perfectamente lo que tengo en mi bodega y que no necesito su supervisión. Pero la otra parte, la más física y primitiva, se debate entre el deseo de verla y la negación a tenerla cerca.

El timbre suena antes de que pueda pensar más en ello, cortando el silencio de la casa como

un cuchillo. Resoplo, paso una mano por mi pelo y camino hacia la puerta, preparándome para lo que venga. Cuando la abro, ahí está ella, con el abrigo rojo cubierto de pequeños copos de nieve y una mirada que parece desafiar al mundo.

—Ah, la experta en vinos. —Dejo salir las palabras antes de poder controlarlas, con demasiado sarcasmo.

—Créeme, no es que me muera de ganas de estar aquí. —Se sacude la nieve de las botas con un gesto brusco antes de entrar.

La casa está iluminada con una luz cálida que contrasta con el frío exterior, pero incluso con el calor de la chimenea, siento que la temperatura baja un par de grados con su llegada. Ella se quita el abrigo, dejando ver un jersey blanco que le ilumina el rostro y unos vaqueros ajustados que me recuerdan a cuando la vi con las mallas de yoga. Sus bellas curvas me marean.

—¿Vamos? No he venido a perder el tiempo y Fer está solo —me apremia, cruzando los brazos mientras me mira directamente a los ojos.

—Por supuesto, no querría retrasarte de tus ocupaciones, que por cierto no deberías haber dejado para venir a ver mis vinos. —Le hago un gesto hacia el pasillo, disfrutando del leve rubor que aparece en sus mejillas.

Ella me sigue en silencio y, aunque intento hacer que no me doy cuenta, sé que sus ojos recorren cada rincón de la casa con curiosidad y admiración. Cuando llegamos a la bodega, su reacción es justo la que esperaba.

—Es… impresionante. —Su voz, ahora más suave, ha perdido el sarcasmo, y su mirada recorre los estantes llenos de botellas perfectamente alineadas, etiquetadas y conservadas. Se recrea paseando a un lado y otro de la bodega, a pesar del ambiente fresco de la piedra húmeda. Me llama la atención cómo pasa la mano por las botellas, con sumo cuidado y adoración. Sus ojos brillan con alguno de mis mejores vinos y veo reconocimiento en su expresión. Parece que entiende algo de esto…

—Gracias. Pero lo importante no es cómo se ve, sino cómo sabe. —Le señalo la mesa central, donde coloco algunas de las opciones que había pensado.

Alicia me lanza una mirada de desafío, como si estuviera aceptando un reto que no había planeado.

—Muy bien, vamos a ver en qué has pensado. —Se acerca a la mesa, pero antes de que pueda verlas, se me ocurre algo que la toma por sorpresa.

—Vamos a hacerlo más interesante. No mires. —Cojo las tres botellas que había seleccionado antes y las tapo con unas servilletas. Cuando se da la vuelta, empiezo a abrirlas una a una, sirvo tres copas, y las escondo debajo de la mesa—. No quiero que las juzgues por su etiqueta, así que vamos a hacer una cata a ciegas.

Alicia frunce el ceño, pero no protesta. Más bien me parece ver una sonrisita irónica en su cara que me molesta.

—Perfecto. —Se sienta, cruzando las piernas con elegancia, mientras yo coloco las copas frente a ella.

—Adelante. ¿Necesitas algo? —Me siento al otro lado de la mesa y me inclino ligeramente

hacia adelante, después de dejar un cuenco por si no quiere tragar lo que pruebe, un vaso de agua y una servilleta de tela bordada con el emblema del condado.

Alicia toma la primera copa, la observa bajo la luz, la huele con delicadeza y luego la mueve en círculos antes de probarla. Su concentración es hipnótica, y por un momento olvido que estoy intentando demostrar algo.

—Es un Jumilla. De 2021, creo. —Dice finalmente, dejando la copa en la mesa.

—Nada mal. —Sonrío, animándola a continuar.

Vuelve a probarlo. Apenas se moja los labios con un gesto que hace que mi mirada se quede clavada en ellos y sienta unas irresistibles ganas de besarlos. Luego saborea el trago de vino, lo pasea por su boca como se hace en cualquier cata y juro que desearía que ese Ribera fuera mi propia lengua. ¿Cómo puede ser tan sensual?

—Sí, juraría que es El Nido, sí, estoy segura. Bodegas Juan Gil de España.

—Bien, luego te lo desvelo. ¿Seguimos?

Con la segunda copa, su expresión cambia ligeramente. Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa mientras lo huele, y suelta un leve suspiro antes de probarlo.

—Victorino del 2008. Un vino de Toro que me fascina. —Afirma con mucha confianza, y no puedo evitar sonreír al ver lo mucho que está disfrutando. Lo que no sabe es que yo también estoy gozando al verla y mi cuerpo reacciona de una manera demasiado física. Tengo que recordarme que es la impertinente hermana de Fer para relajar ciertas partes de ni cuerpo.

—¿Ya está? ¿Lo sabes solo por el aroma?

—Es indiscutible, pero si te hace ilusión, lo pruebo. —No sabe que lo que me hace ilusión es ver cómo se deleita degustando el sorbo del vino y la cara de éxtasis que le provoca. ¡Uf! Ahora deseo verla así pero por otros motivos y ser yo quien se la provoque.

Cuando llega a la tercera copa, se detiene. La mira como si supiera que es especial. Observa el cambio de color a la luz y la lágrima que deja el líquido al moverla por la copa. Cuando la prueba, sus ojos se iluminan, y un leve rubor aparece en sus mejillas.

—Ribera del Duero, por supuesto. Mmmm. Alucino con que tengas esto aquí —achina los ojos y sonríe—. Un maravilloso Pingus de 2018. —Su voz es casi un susurro, y nuestros ojos se encuentran por un instante que parece detener el tiempo.

—Impresionante —reconozco, y relleno la copa con su favorito antes de servirme otra para mí. —Ya que los he abierto, no vamos a dejarlos así, ¿no te parece?

—Todos son españoles. ¿Lo has hecho a propósito?

—Claro. ¿Dudas de mi habilidad para escoger un bien vino? Los españoles no solo son los mejores para mi gusto, sino que quería hacerle ese guiño a Fer. No sabes lo que añora España. —Creo que la he conmovido con este detalle porque sus ojos se han vuelto cariñosos, supongo que al pensar en su hermano.

Seguimos conversando como si el recelo que nos separaba desapareciera con cada sorbo de vino. Alicia me cuenta que tuvo un blog donde escribía sobre vinos que empezó como un simple pasatiempo cuando estudiaba Arquitectura y acabó siendo algo que la desbordó; se hizo famosa,

la presionaban desde bodegas y otros *lobbies* de mundo del vino, y dejó de disfrutar. Yo le cuento alguno de los viajes que he hecho buscando botellas únicas para mi colección. Su voz acaricia mis oídos, su risa me calienta el alma y su cuerpo hace que el mío arda por dentro. Como sigamos mucho rato va a provocar un incendio de los que consumen todo.

El vino ayuda, lo admito. Con cada copa que vaciamos, el ambiente se vuelve más relajado, más íntimo. Alicia apoya la barbilla en una mano mientras juguetea con la copa de Pingus en la otra, y sus ojos oscuros brillan de diversión. Se nota que está disfrutando.

—Nunca pensé que fueras un experto en vinos —dice, con una sonrisa que me desarma un poco—. Te hacía más del tipo whisky o cerveza artesanal.

—Y yo nunca pensé que tú fueras del tipo de persona que sabe diferenciar un Pingus de un Victorino a ciegas —le respondo, devolviéndole la sonrisa. Hay algo en su expresión, un destello de orgullo y vulnerabilidad, que hace que quiera acercarme más de ella, aunque eso no estaba en mis planes, y en mi cabeza una voz me chilla que ni se me ocurra.

Entre copa y copa, nuestras manos se rozan y el contacto, aunque breve, envía una descarga eléctrica por mi brazo que me deja inmóvil durante un segundo.

—Perdón —dice ella, retirando la mano rápidamente, pero no lo suficientemente deprisa como para ocultar un leve temblor en sus dedos.

—No te preocupes —respondo, pero mantengo mi mano donde está, como si un movimiento brusco pudiera romper el extraño hechizo que parece haberse formado entre nosotros.

Nuestros ojos se encuentran, y durante un instante, el tiempo parece detenerse. Las palabras desaparecen y dejan un silencio intenso. Mi mirada baja brevemente a sus labios, y me sorprendo pensando en lo fácil que sería acortar la distancia entre nosotros.

—¿Siempre miras así a tus invitados? —pregunta en voz baja, con una sonrisa que no acompaña a su mirada. Hay un ligero temblor en sus labios que me invitan a besarlos.

—No —respondo, sincero, con una voz más ronca de lo que esperaba—. Solo a los que se atreven a criticar mi elección de vinos.

Ella se ríe levemente, pero el sonido se corta cuando nuestras manos vuelven a rozarse. Esta vez, ninguno de los dos se aparta. La tensión entre nosotros se puede cortar y, cuando levanto la otra mano para apartar un mechón rebelde de su rostro, ella no se mueve.

—¿Logan...? —susurra mi nombre de forma lenta y dulce.

—Dime que pare —respondo, inclinándome ligeramente hacia adelante, dándole todo el control.

Ella no dice nada, ni me aparta, ni se acerca. En lugar de eso, su mirada se fija en la mía, y aunque veo la duda en sus ojos, también siento algo más: un deseo igual al mío. Cuando nuestros labios se rozan, primero es un toque que dura solo un instante y que sabe a vino. Breve, pero suficiente para encender un fuego que había estado latente desde el principio. Su aliento cálido se mezcla con el mío, y durante unos segundos, el mundo se reduce a este momento, a este espacio compartido. Es ella quien se separa primero, con un suspiro tembloroso. Sus mejillas están encendidas, y su mirada evita la mía mientras se pasa una mano por el cabello.

—Esto no debería estar pasando —murmura, y aunque sus palabras son firmes, su tono no lo

es.

—No, no deberíamos —respondo, aunque no creo una sola palabra de lo que estoy diciendo.

El hechizo se rompe cuando saca su móvil y ve la hora. En su cara veo la preocupación.

—Fer debe estar intranquilo. Aquí abajo no hay cobertura.

El sonido del teléfono fijo de la casa nos interrumpe y subo para contestar. Es Fer, preguntando por su hermana. Cuando bajo, Alicia ya está poniéndose el abrigo.

—Tengo que irme. Gracias por esto —dice, señalando la copa vacía antes de dirigirse hacia la puerta—. Buena elección, por cierto. La apruebo.

Y me deja una sonrisa maliciosa antes de salir por la puerta. La veo marcharse y, cuando cierro la puerta tras de ella, me quedo en silencio, con la sensación de que algo importante acaba de pasar, algo que no sé qué es ni qué significa en mi vida. Respiro hondo y vuelvo a la bodega a recogerlo todo, sintiendo que el aire cálido de hace un momento ahora se ha vuelto frío.

CAPÍTULO 12

Alicia

La noche ha caído por completo cuando llego a casa, con las mejillas ardiendo a pesar del frío que ni noto. Fer está en el sofá, mirando el reloj de la pared con gesto de impaciencia y hambre evidente.

—¿Te ha secuestrado el conde o qué? —dice con sorna mientras se cruza de brazos, después de enderezarse en su trono de cojines y manta.

—Ya quisieras. —Dejo el abrigo en el perchero y resoplo mientras me sacudo los copos de nieve del cabello—. Logan tiene una bodega impresionante, eso sí, como para perderse en ella. He alucinado. No se esperaba mis conocimientos de vinos.

—Ah, ¿sí? —Fer levanta una ceja, y su sonrisa tiene un matiz que no me gusta nada. Me mira como si pudiera ver algo más de lo que le cuento. Odio que me conozca tan bien.

—Pues sí. Pero eso no cambia lo que pienso de él. Es un borde y un creído, como sabes. —Me esfuerzo porque no se note lo que ha pasado y huyo a la cocina para preparar algo rápido para la cena.

—¿Un borde? —Fer se ríe mientras ajusta su pierna escayolada sobre el cojín—. Es un buen tipo, Ali. Aunque se empeña en tener esa imagen de tío serio, es más normal de lo que parece. Ya te darás cuenta.

—Claro, lo que tú digas —respondo en tono neutral, sin querer darle más detalles, especialmente sobre lo que pasó en la bodega. Ni loca se lo cuento—. Además, te recuerdo que me quedan dos días aquí, no va a dar tiempo de que me dé cuenta de nada —sonrío para mí.

Preparo una ensalada sencilla con rúcula, tomates cherry y queso feta mientras el salmón se hornea. El aroma del pescado con limón y eneldo llena la cocina, y eso parece calmar a Fer, que ha comenzado a charlar con Duncan por videollamada. Los dos intercambian bromas y comentarios cariñosos mientras yo termino de poner la mesa frente al sofá.

—¿Le estás dando mucha lata a Ali? —pregunta Duncan desde la pantalla, con una sonrisa que se escucha en su tono.

—Nada de eso. Es una santa. —Fer me lanza un guiño y yo sacudo la cabeza mientras coloco los platos en la mesa.

—Me alegro de que te tenga a raya. Cuídala bien. —La voz de Duncan tiene un tono dulce, y me pregunto cuánto se echarán de menos. Cuelgan entre bromas y le lanzo un beso cuando me siento para cenar.

—¿Cómo le va en Londres? —pregunto, agradecida porque esa llamada desvíe la

conversación hacia ellos y no hacia mi tarde con Logan.

—Bien, dice, supongo que para que no me preocupe. Mucho trabajo al estar solo. Parece que mañana firman el proyecto con la productora. —Fer sonríe con ternura.

La cena transcurre con tranquilidad. Mi hermano bromea sobre mis habilidades culinarias y sobre cómo Logan se estará comiendo sus palabras después de que yo le haya demostrado que sé más de vinos que él. Sonrío, aunque mi mente sigue reviviendo el roce de nuestras manos, la intensidad de su mirada y, por supuesto, el beso que no debería haber sucedido.

—¿Logan se ha portado bien contigo? —pregunta Fer de repente, mientras recoge un trozo de pan del plato con la mano.

—¿Por qué lo preguntas? —Mi tono es más defensivo de lo que esperaba, y Fer se ríe, señalándome con un dedo acusador.

—Por nada. Es un buen tipo, ya te lo he dicho. —Se encoge de hombros, pero su sonrisa burlona me indica que imagina más cosas de lo que dice.

—Es borde, pero educado, no te lo voy a negar. Todo normal. —Me levanto para recoger los platos y evitar más preguntas. Fer no insiste, por suerte.

Después de la cena, hago palomitas y nos acomodamos en el sofá para ver otra película navideña. Fer elige *Elf,* y aunque protesto, termino riéndome con sus carcajadas contagiosas. Añadimos té caliente a las palomitas, una combinación que no tiene sentido para nadie, excepto para mi hermano, que le encanta, y por un momento, todo parece tan sencillo y perfecto como cuando éramos niños.

Cuando la película termina, ayudo a Fer a acomodarse para dormir, ajustando las almohadas y asegurándome de que tenga todo lo que necesita a mano.

—Buenas noches, reina del drama. —le digo, dándole un beso en la frente.

—Buenas noches, reina de los vinos. —responde con una sonrisa somnolienta.

Subo a mi habitación, exhausta pero incapaz de sacarme a Logan de la cabeza. Antes de meterme en la cama, miro por la ventana hacia su mansión. La luz de una lámpara se filtra a través de una de las ventanas del salón, y me pregunto si estará pensando en lo mismo que yo.

Una vez en la cama, cojo la *tablet* porque no puedo resistirme a buscar su nombre en Internet. Las imágenes que aparecen me dejan boquiabierta. Ahí está, Logan Aberdour, con trajes impecables, en eventos de gala, y en una foto especialmente llamativa en la que está espectacular, con una sonrisa que parece diseñada para derretir a cualquiera. Cierro los ojos con un suspiro y me quedo dormida. Lo sé porque el ruido seco de la *tablet* al caer al suelo me despierta. La apago y la dejo en una silla antes de dormirme con la imagen de Logan en la cabeza.

—Esto no debería estar pasando. Ali, este tío no es para ti —murmuro para mí misma mientras sueño con sus manos recorriendo mi cuerpo y sus dulces labios con sabor a vino sobre mi piel.

CAPÍTULO 13

Logan

Me despierto aturdido tras una noche que ha sido de todo menos relajada. La imagen de Ali, sus labios sobre la copa y sobre los míos, sus movimientos elegantes y delicados con el vino que eran demasiado sensuales para mi cordura… Cada minuto que pasé con ella lo he revivido en mis sueños con más ardor del que hubo. Menos mal que ese volcán a punto de entrar en erupción se marcha en dos días. Se me pasa por la cabeza volver a Aspen o a Nueva York hoy mismo, alejarme de esta provocación que se ha instalado al otro lado del jardín, pero la pereza me puede. Necesito estos dos días de descanso. Bueno, quizá no sea solo pereza por viajar, algo dentro de mí me empuja a quedarme. Yo solo me pongo en riesgo, lo sé. No entiendo qué me pasa. Mi padre cuenta conmigo para que solucione cada marrón de la empresa porque soy muy resolutivo y ahora me siento perdido en una maraña de sentimientos contradictorios que me ahogan. Decido que lo mejor es salir a correr un poco con la esperanza de desenredar esos nudos que son mis pensamientos.

El aire frío me rasga en la cara mientras corro por el sendero del parque, mis zapatillas dejan huellas en la nieve recién caída y de mi boca salen pequeñas nubes de vaho. Esto es justo lo que necesitaba: despejar mi mente y liberar algo de la tensión acumulada. Entre las reuniones, el problema de la fábrica de Aberdeen, los mensajes de mi padre sobre los negocios, la imposición de Clarabella en Aspen, el encuentro con Megan y, por supuesto, el tropiezo con una española amante del vino que ha revolucionado mi cuerpo en todos los sentidos y me niego a que lo haga con mi vida. Siento como si mi cabeza fuera a estallar.

Justo cuando estoy comenzando a encontrar un ritmo cómodo, con la espalda menos cargada y el corazón bombeando con regularidad, oigo una voz familiar.

—¡Logan Aberdour! —El tono meloso de Megan me alcanza antes de que pueda esquivarla. Giro la cabeza y la veo trotando hacia mí, con su coleta rubia balanceándose a cada paso. ¿Viene todos los días o es que me espía?

—Megan —respondo, sin detenerme del todo para no perder el buen ritmo que había conseguido, pero ella acelera hasta ponerse a mi lado—. Disculpa que no me pare.

—No me imaginaba que saldrías a correr justo el último día del año. Como no te he visto estos días ni has contestado mis mensajes, pensé que habríais vuelto a Aspen con tu familia —asegura con un tono de voz que pretende ser acogedor, pero que me resulta intrusivo porque le acompaña una mirada que me escruta, como si buscara algo.

—He tenido trabajo —respondo escueto, al tiempo que me seco el sudor de la frente con la manga. Intento mantener un tono natural, pero la sonrisa de Megan se amplía, como si hubiera descubierto algo.

—Bueno, entonces esto ha sido algo así como el destino. Todavía no me has confirmado si vienes esta noche. Va a ser una fiesta increíble, Logan. Como en los viejos tiempos. Cuento contigo, eh, no me falles. —Su mirada intenta ser seductora, pero yo siento una punzada de incomodidad. Sobre todo porque se acerca más a mí.

—No creo que vaya, Megan. Tengo otros planes —respondo, sin entrar en detalles.

—¿Otros planes? ¿Aquí? No pretenderás pasar la última noche del año solo en tu mansión… —Arquea una ceja, sorprendida y un poco molesta. Desacelera el paso y me coge del brazo para que haga lo mismo, lo que me molesta mucho, pero disimulo por educación—. No va a haber nada mejor que mi fiesta en toda la zona.

—Lo siento, Megan. No estoy para fiestas. —Trato de acelerar un poco el paso, pero ella no se da por vencida. ¿Desde cuándo está tan en forma? No consigo que se quede atrás.

—No hace falta que tengas cuerpo de fiesta, Logan. Nos vemos muy poco y pensé que, no sé.., que tú y yo podríamos… ya sabes, ponernos al día. —Me lanza una mirada que sé muy bien lo que implica. No nací ayer y no quiero retomar nada con ella. Lo que pasó, pasó y se acabó a tiempo.

Me detengo, lo ha conseguido, pero quiero que deje de acosarme de una vez y correr solo. No quiero ser grosero, pero esto tiene que acabar.

—Megan, me he alegrado mucho de verte de nuevo. De verdad —jadeo al hablar—. Pero no va a pasar lo que piensas. Te deseo Feliz Año Nuevo. —Me agacho para darle un beso en la mejilla que aprovecha para rodearme con los brazos. Me zafo de ella y le sonrío brevemente antes de volver a trotar, dejándola atrás.

Cuando llego a casa, la mansión está en silencio, como siempre. Tal vez no debía de haberle dado vacaciones a la señora Brown, su compañía es como la de una madre, reconfortante y cálida. Subo las escaleras y me doy una ducha caliente. Mientras el agua cae sobre mi cabeza, mis pensamientos vuelven, como impulsados por un resorte, a Alicia. Anoche en la bodega fue… diferente. No es como las mujeres que se acercan a mí buscando algo. Al revés, parece que me huye. Vale, ya sé que no le caigo bien, pero aun así, ella tiene algo que me desarma, y eso no es habitual que me pase. Me gusta mantener el control y Alicia, con sus comentarios rápidos, su sarcasmo y esa sonrisa que parece querer desafiar al mundo, lo desbarata todo. Pero se va en dos días. «No hay lugar para complicaciones, ¿verdad, Logan? No es mujer de un día, que digo, ni de un año, ni de nada. No es mujer para ti. Además, le caes mal», murmuro para mí mientras cierro el grifo.

Me seco y me visto con ropa cómoda: un jersey azul oscuro sobre una camiseta blanca y unos vaqueros. Bajo a la cocina en busca de algo para comer, pero me detengo en seco al mirar por la ventana. Alicia cruza el jardín con una bolsa de la tienda de vinos del pueblo en la mano. ¿Qué hace? ¿Por qué ha ido a comprar más vinos si los de mi bodega son suficientes y tengo de sobra? Mi ceño se frunce mientras intento darle sentido a lo que estoy viendo. Pienso en llamar a Fer, pero desisto. No quiero parecer un paranoico.

Con un resoplido, vuelvo al salón y encendiendo la televisión, dejando que el murmullo de algún programa de fondo lleno el silencio. Me sirvo un vaso de agua y tomo el móvil para llamar a mi familia. La videollamada se conecta y las caras sonrientes de mis padres y mi hermana aparecen en la pantalla.

—¡Logan! —exclama mi madre, con su copa de champán en mano—. Feliz Año Nuevo, cariño. Te echamos de menos.

—Yo también os echo de menos. —Sonrío, aunque una parte de mí sabe que este año necesitaba estar lejos de las intrigas familiares. Me fastidió tener que cambiar mis planes, pero me vino bien para salir de la encerrona con Clarabella. Pobre chica, seguro que también agradece no ser una marioneta en los negocios de nuestras familias. Sin embargo, mi padre, como el buen estratega que es, no pierde ocasión en ningún momento y la menciona. Ya me extrañaba a mí que no lo hiciera.

—Ayer Clarabella preguntó por ti. Estaba decepcionada porque te fuiste de Aspen.

—Qué pena. —Mi tono es seco, y mi hermana, que lo nota, suelta una carcajada— Salúdala de mi parte.

—Déjalo, papá. Logan tiene sus propios planes, ¿verdad, hermano? —me guiña un ojo desde el otro lado de la pantalla.

—Algo así —respondo, sin entrar en detalles. Después hablamos de tonterías por un rato, nos felicitamos el año y acabamos mi padre y yo solos comentando lo que ha pasado con la fábrica y cómo se ha solucionado. Cuando cuelgo, me quedo en el sofá, mirando la chimenea y ese baile del fuego que me hipnotiza.

Mis pensamientos vuelven, una vez más, a Alicia. A cómo se mordió el labio anoche, concentrada mientras probaba el vino, a la risa que compartimos al final de la cata improvisada que pasó con honores, y el beso que me dejó con ganas de más. De mucho más. Sé que esta noche no va a ser fácil. No quiero que note lo que ha despertado en mí, pero tampoco quiero que piense que no me importa. Porque lo hace. Me importa, aunque no deba ser, y por eso me ha molestado ver que ha comprado más vino. No lo entiendo.

CAPÍTULO 14

Alicia

Si me hubieran dicho ayer que Logan Aberdour, el conde más insoportable y perturbadoramente atractivo que he conocido, sería el protagonista de mis pensamientos desde el amanecer, me habría reído a mis anchas. Pero aquí estoy, batiendo la masa de las tortitas con una intensidad que parece destinada a descubrir algún secreto oculto en su interior, mientras intento ignorar la imagen de esos ojos color miel que, como descubrí anoche, son tan desconcertantes como irritantes.

El beso. Fue algo más que un roce, breve y accidentado, pero suficiente para dejarme una huella que ahora intento borrar a base de movimientos compulsivos en la cocina. ¿Cómo es posible que una persona me saque tanto de quicio y, al mismo tiempo, consiga que mi corazón pierda el ritmo con un simple gesto? Es irritante. Él es irritante. Yo soy irritante por dejarme afectar así.

—¿Estás peleándote con las tortitas o intentando entrenar para un concurso de cocina extrema? —La voz de Fer me saca de mi espiral mental.

Levanto la vista para encontrarme con mi hermano, tumbado en el sofá con la pierna escayolada estirada hacia la mesa, observándome con una mezcla de diversión y curiosidad. Tiene en la mano una taza de café humeante y una sonrisa que no me gusta nada.

—¿Qué? —gruño, deteniéndome un momento, aunque mis dedos siguen aferrando el batidor con fuerza.

—Tienes cara de estar tramando algo. —Fer arquea una ceja y toma un sorbo de su café—. No sé si preocuparme o preparar una excusa por si tienes que explicarle algo a mamá.

Sus bromas normalmente me hacen reír, pero hoy siento como si me estuviera leyendo la mente; me conoce demasiado bien. Intento apartar la conversación de mí.

—Solo estoy concentrada pensando en lo que falta para esta noche. Quiero que todo salga bien y que disfrutes de la fiesta, que bastante pesado es esto para ti, peque. —Intento sonar sincera, mientras me concentro en los movimientos del batidor.

—Ah, ¿sí? Agradezco que te preocupes por mí, sin embargo, diría que no es la cena lo que te tiene con esa cara. —Fer sonríe, y mi expresión debe ser tan evidente que decide no insistir más —. ¿Vas a salir a comprar lo que falta?

Asiento rápidamente, deseando salir de esa conversación.

—Sí, en cuanto desayunemos. Huevos, patatas y un poco de pan. ¿Algo más? No tardaré en volver.

Cuando acabamos con las tortitas y recojo la cocina, me pongo el abrigo y la bufanda con movimientos rápidos, casi como si estuviera huyendo. El aire frío de la mañana me recibe como un impacto que debería despejar mis pensamientos, pero no lo hace. Camino hacia el pueblo con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza llena de preguntas que no quiero responder.

El camino hasta la tienda es tranquilo y el pueblo, con su encanto navideño, parece haber salido de un cuento. Las luces de las farolas se reflejan en la nieve, y algunos vecinos saludan con una sonrisa mientras pasan con bolsas llenas de compras de última hora. Entro en la tienda pequeña, pero bien abastecida, donde el aroma de pan recién horneado se mezcla con el de las especias que venden en frascos de vidrio.

—Buenos días. —La dependienta, una mujer mayor con el cabello recogido en un moño desordenado, me sonríe desde detrás del mostrador.

—Buenos días, señora Adams. —Leo su nombre en el cartelito que cuelga de su blusa y le devuelvo la sonrisa, agradecida por su calidez mientras busco las patatas más firmes y unos huevos frescos. Miro alrededor por si compro algo más y cojo unos pasteles de carne para comer además del pan.

Pago rápidamente y salgo de la tienda con la bolsa colgada del brazo. Todo parece estar volviendo a la calma en mi cabeza, distraerme con la compra ha sido buena idea, hasta que lo veo justo al girar la esquina del parque. Ahí está Logan, en buena compañía.

Mi corazón se detiene un instante, llevándome la contraria una vez más. Debe haber salido a correr porque lleva ropa deportiva y su cara está algo sonrojada. Junto a él está Megan, la rubia pija que podría ser la protagonista de cualquier revista de moda. Se ríen. O al menos eso parece desde mi perspectiva. Ella lo toca con una confianza que me enfurece. Y, por un instante, Logan se inclina hacia ella como si fuera a decirle algo al oído.

La bolsa resbala un poco en mi brazo, y me detengo de golpe detrás de un arbusto para que no se percaten de mi presencia. ¿Qué estoy haciendo? ¿Escondiéndome? Esto es ridículo. Pero no puedo evitarlo. Necesito estar segura de si lo que estoy viendo es lo que creo. Megan se acerca más, y aunque no puedo escuchar lo que dicen, su lenguaje corporal grita más que las palabras y lo entiendo perfectamente. Recuerdo lo que ayer dijo la rubia en la cafetería y ato cabos. ¿Es esto lo que Logan tiene planeado para Fin de Año? Claro que sí. Un conde millonario no se va a rebajar a pasar la noche con nosotros, en una cena humilde, cuando puede estar con alguien como ella en un fiestón de ricos.

Una punzada de rabia se instala en mi pecho mientras me doy la vuelta y me apresuro de regreso a casa. Cada paso sobre la nieve parece más pesado que el anterior y, para cuando llego, estoy completamente ofuscada. Fer me mira desde su sofá cuando entro, con una expresión que no sé si es de curiosidad o de preocupación.

—¿Todo bien? —pregunta mientras me quito el abrigo.

—Perfecto. —Mi respuesta es escueta, casi cortante, pero me sale así y no lo evito. Necesito canalizar este malestar en algo práctico—. Por cierto, ¿dónde podría comprar un vino decente en este pueblo?

Fer parpadea, sorprendido.

—¿Vino? ¿Para qué? Logan ya se encarga de eso, lo sabes de sobra, Ali. ¿No los elegiste

anoche?

—Logan no va a venir. Te advertí de ello, aunque te haya dicho que viene. —Mi tono es firme y Fer me observa con una ceja levantada, a la espera de una explicación más convincente.

—¿Qué dices? Claro que vendrá. Lo ha confirmado. —Se ríe algo mosqueado, como si mi comentario fuera una broma que no acaba de entender.

—No va a venir, peque. Estoy segura. —Evito mirarlo directamente para que no lea en mis ojos, mientras busco las llaves para salir de nuevo—. Así que mejor voy yo misma a comprar algo. No quiero que falte vino esta noche.

—¿Por qué estás tan segura? Logan es un buen tipo, Ali. Ya te lo he dicho. No es lo que parece, créeme. —Fer parece confundido, pero yo no quiero discutirlo ahora.

—¿Buen tipo? Claro. Perfecto. —Saco las llaves y abro la puerta—. Voy a comprar. Tú descansa.

Salgo antes de que pueda detenerme, lo cual es imposible con su inmovilidad; tengo ventaja. El camino hacia la tienda de vinos es corto, pero mi mente sigue llena de pensamientos contradictorios. Cojo tres botellas al azar, sin pensar demasiado: un vino francés, dos botellas de un rioja que sí conozco y uno blanco alemán, porque el *riesling* me encanta. No es lo mejor que he visto, pero sirve para esta noche.

Cuando regreso a casa, evito mirar hacia la mansión. Lo último que deseo es encontrarme con Logan y su falta de respeto hacia nosotros. Al entrar, Fer me observa desde el sofá con una mezcla de confusión y resignación.

—Voy a preparar la mesa antes de comer y así por la tarde podemos descansar hasta que vengan tus amigos, ¿te parece? —Cualquier cosa por estar activa y sacarme el malestar a base de movimiento y distracción.

—Sí, perfecto. Y cuando te calmes, me cuentas qué narices te pasa porque me estás poniendo de los nervios con tanto trajín.

No contesto. Si abro la boca, acabaremos discutiendo y no es lo que quiero. Fer me indica donde guardan los manteles y vajilla para ocasiones especiales. Preparo una silla en la cabecera con un taburete al lado para la pierna de mi hermano y pongo seis platos alrededor.

—¿Seis? ¿No piensas poner un sitio para Logan en la mesa? —pregunta, señalando con la cabeza las cosas que estoy organizando.

—¿Para qué? Estoy segura de que tiene planes mejores y más en consonancia con su clase social.

—No digas tonterías. Logan siempre cena con nosotros algún día cuando viene al pueblo. Incluso ha pasado tardes de peli y palomitas con Duncan y conmigo. Te lo conté y te dije que no es como su familia. Fíjate que ellos no suelen venir, son más estirados. Pero él no. Si pudiera, saldría de esos círculos y lo hace siempre que puede. Lo hemos hablado muchas veces. Echa de menos la naturalidad de nuestras vidas, aunque para ti sean humildes o mediocres.

—No te creo y yo no pienso eso. —Mi respuesta es seca y refleja el enfado que me han causado sus palabras hacia mí. Fer se da cuenta y se calla, parece decidido a no seguir insistiendo.

Preparo el pastel de carne para comer, aunque apenas pruebo bocado. Fer bromea sobre la mesa y se ilusiona con la cena entre amigos, aunque se queja de la ausencia de Duncan, pero apenas lo escucho. Yo sigo en mi burbuja, sin poder sacarme de la cabeza la imagen de Logan y Megan juntos, aunque sé que es una tontería porque solo me besé una vez con él, no hay nada entre nosotros ni lo habrá. Soy una estúpida. Desde el minuto uno me cayó mal, y eso es suficiente para que no sienta lo que siento. No hay quien me comprenda. Debo borrar todas esas chorradas que pienso para pasar una cena de fin de año medianamente contenta, por mi hermano. Pasado mañana me largo y adiós Logan, el conde borde.

CAPÍTULO 15

Logan

La tarde en el castillo de mi tía Lady Aberdour ha sido justo lo que me imaginaba: interminable, llena de anécdotas repetidas y de un té que estaba más frío que el humor de mi tía hacia su personal. Por mucho cariño que le tenga, no soporto su constante empeño en compararme con mi padre o recordarme que debería «sentar la cabeza con una buena chica de mi clase», palabras textuales. Clarabella apareció en la conversación no menos de cinco veces, lo que solo confirmó que quedarme en Escocia estas fiestas fue la mejor decisión que pude haber tomado. Bueno, eso y evitar la trampa que Megan intentó tenderme esta mañana. Me hace ilusión mi plan para la noche. Después de todo, estar con Fer y sus amigos siempre será más relajado y con más calidez humana.

De vuelta en la mansión, me doy una ducha larga, dejando que el agua caliente no lave solo el cansancio del día, sino también el nudo que tengo en el pecho al pensar en la cena. No estoy seguro de cómo se desenvolverán las cosas esta noche. Alicia estará allí, y después de lo que pasó en la bodega… Bueno, no sé cómo tratarla en la reunión sin dejar entrever lo mucho que me interesa y lo poco que debe ocurrir. Nada puede pasar entre nosotros, por más que me apetezca probar sus labios de nuevo. Me paso una mano por el cabello mojado y suspiro. Esto es un desastre. Nunca me había sentido así con nadie, y precisamente tenía que ser con ella, la hermana de Fer, la misma que se irá en dos días y que, además, parece odiarme tanto como yo odiaba los internados a los que mi padre me obligó a ir.

Salgo de la ducha y me planto frente al armario. ¿Qué me pongo? No quiero parecer demasiado elegante pues la cena es informal, pero tampoco parecer descuidado. Opto por un vaquero negro que me queda perfectamente ajustado, una camisa blanca de algodón con las mangas enrolladas hasta los codos y un jersey negro que llevo en la mano por si la casa está fría. Me pongo el abrigo negro largo, me enrollo una bufanda roja para cumplir con el mandato de Fer de llevar algo de ese color —dice que da suerte—, cojo las botellas que elegí con Ali, todas españolas, y salgo hacia la casita de mis inquilinos.

La nieve bajo mis botas está bastante dura y temo resbalar al cruzar el jardín. Desde fuera veo la luz cálida que emana de las ventanas de la casita y que contrasta con la oscuridad del cielo y la nubosidad de mi cabeza. Oigo risas desde dentro antes de llamar a la puerta. Unos segundos después, aparece Alicia, y la visión me deja sin aliento.

Lleva un vestido verde oscuro de lana que se ajusta perfectamente a su figura, con unas medias negras y unos botines que le dan un toque desenfadado. Su cabello está recogido en un moño relajado, con algunos mechones sueltos que enmarcan su rostro. Cuando abre la puerta, está mirando hacia atrás, riéndose de algo que alguien ha dicho dentro.

—Ali, cierra que hace frío —grita una voz masculina desde el interior, probablemente uno de

los amigos de Fer.

Ella se vuelve con la risa todavía en el rostro, pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, su expresión cambia. Su sonrisa desaparece y su boca se abre ligeramente, como si quisiera decir algo, pero no puede. Me quedo quieto, disfrutando de su reacción más de lo que debe ser correcto.

—¿Estás bien? —pregunto con una sonrisa, levantando la bolsa con las botellas de vino que llevo en la mano—. No me digas que ya os habéis bebido todo el vino que compraste esta mañana. —Guiño un ojo para que no sienta que mi comentario es por enojo, aunque sarcasmo lleva y bastante.

Su rostro se enciende de inmediato y se aparta a un lado para dejarme entrar, sin responder a mi provocación. Al pasar junto a ella, el aroma a lavanda y algo cítrico que emana de su piel me golpea con fuerza. Tengo que recordarme que estoy aquí por Fer y no para complicarme más la vida con una preciosa mujer, testaruda y borde, que se irá en dos días.

Dentro, el ambiente es cálido y acogedor. El árbol de Navidad todavía brilla con luces parpadeantes en un rincón del salón, y la mesa está puesta con un mantel blanco y verde, sobre el que reposan platos con una filigrana verde y roja, y velas que aportan un toque íntimo. Fer está de pie, apoyado en la pierna buena, mientras se ayuda de una muleta. Cuando me ve, sonríe ampliamente.

—¡Logan! —exclama, extendiendo un brazo hacia mí, y con una sonrisa de oreja a oreja—. No te quejarás, me he levantado del sofá por ti.

Dejo las botellas sobre una mesa auxiliar y me acerco para abrazarlo con cuidado. Aunque está claramente emocionado, noto una sombra de cansancio en sus ojos y tal vez la tristeza por estar lejos de Duncan. Haremos lo posible para que disfrute de la noche.

—¿Qué tal estás? —le pregunto, dándole una palmada en el hombro.

—Mejor ahora que estás aquí. —Fer sonríe, noto que mira de manera fugaz a Ali, y luego añade, en un tono más bajo—: Y gracias a los cuidados de la pesada de mi hermana.

—Por favor, Fer. —Alicia aparece detrás de nosotros, con los brazos cruzados y una expresión que es un enigma para mí—. Para pesados, tú, y sabes que es un placer cuidarte, peque.

—Me alegro de que hayas venido, tío —me dice desde el sillón en el que se ha vuelto a sentar —. Mi hermanita tenía sus dudas.

—¿Dudas sobre mí? —pregunto, mirándola directamente. Ella me sostiene la mirada un segundo antes de desviar la vista.

—Vamos, chicos, es Nochevieja. Sea lo que sea lo que estáis tramando, dejadlo para el año que viene. —Uno de los amigos de Fer, un chico alto y pelirrojo, se ríe mientras se acerca para ayudarme con las botellas—. Soy Robbie. ¿Eres el famoso Logan, verdad?

—Famoso no sé, pero Logan, sí. —Le estrecha la mano, agradecido por el cambio de tema.

Las presentaciones continúan, y poco a poco el ambiente se vuelve más relajado. Shannon, la novia de Robbie, ayuda a Alicia a llevar los platos a la mesa, mientras Nora y Mark, la pareja que vi salir ayer de la casa, se encargan de servir las bebidas. Yo abro una de las botellas que

traje, un Ribera del Duero que sé que impresionará a todos, aunque mi mirada sigue volviendo a Alicia una y otra vez.

Está preciosa. No hay otra palabra para describirla. Su risa es contagiosa y, aunque sigue evitándome en la medida de lo posible, hay momentos en los que nuestras miradas se cruzan, y su expresión cuando me mira me dice que no soy el único que siente esta tensión.

Cuando finalmente nos sentamos a la mesa, Fer levanta su copa para brindar.

—Por estar juntos, por las personas que queremos y por un año nuevo lleno de momentos como este. —Su voz es cálida, y todos brindamos proclamando buenos deseos.

La cena transcurre entre anécdotas, bromas y comentarios sobre los platos que cada uno ha traído. Alicia, para mi sorpresa, se relaja un poco y se una a la conversación, aunque todavía puedo sentir que hay una barrera entre nosotros. Cada vez que me atrevo a mirarla, la encuentro más cautivadora. La forma en que inclina la cabeza cuando escucha a los demás, cómo se pasa un mechón de cabello detrás de la oreja, el brillo en sus ojos cuando alguien dice algo divertido, o el color rosado de sus mejillas provocado por el calor de la chimenea y del vino. Todo en ella me atrae y, al mismo tiempo, me desconcierta. Esto no puede estar pasando.

De primero comemos un pastel de carne y sopa de puerros que ha preparado Nora, seguido de ensaladas y *haggis* que trajeron Shannon y Robbie. Alicia se encarga de servir una tortilla de patatas con un toque de cebolla caramelizada que sorprende a todos, y yo me encargo de seleccionar el vino más adecuado a cada plato, explicando brevemente por qué las he elegido.

—¿Tortilla de patatas? —pregunta Mark, levantando una ceja mientras toma un trozo—. ¿Esto es típico de España, verdad? Está increíble.

—Es un clásico, aunque no es típico para la cena de Nochevieja —responde Alicia, con una sonrisa que ilumina toda la mesa—. En casa no hay reunión familiar sin una buena tortilla. Y si añadimos un poco de jamón ibérico, es casi un sacrilegio no repetir.

—Y, ¿qué más hacéis en Nochevieja? —pregunta Robbie, curioso.

—Bueno, lo más típico son las uvas. —Alicia levanta una copa de vino antes de continuar—. Comemos doce uvas, una por cada campanada, justo antes de que empiece el año. Si las comes todas a tiempo, dicen que tendrás buena suerte.

—¿Doce uvas? ¿En doce segundos? —Robbie la mira con incredulidad, y todos ríen.

—Es más difícil de lo que parece —responde Alicia—. Especialmente porque algunos empiezan a reírse a mitad de camino y pierden el ritmo.

—Eso tenemos que probarlo —dice Shannon, mirando a Robbie con una sonrisa cómplice.

—Por supuesto, lo tenemos todo preparado para romper el año a la española —señala Fer, divertido.

—Estoy deseando que llegue el momento —asegura Robbie.

—Logan, ¿qué te parece la tortilla de Ali? —pregunta Fer de repente, con una sonrisa traviesa.

—Es perfecta —respondo, sincero. Alicia me lanza una mirada de sospecha, como si esperara que añadiera algo sarcástico, pero me limito a sonreírle—. La mejor que he probado nunca.

—¿Ves? Sabía que te gustaría. —Fer se ríe, y el resto de la mesa se une a él.

La conversación fluye con facilidad, y aunque trato de no hacer demasiado evidente mi interés por Alicia, me doy cuenta de que es imposible. Cada palabra y cada gesto suyo captan mi atención, aunque no quiera, y por la forma en que evita mi mirada, creo que ella lo sabe.

Después de la cena, nos movemos al salón, donde la chimenea y las luces del árbol de Navidad crean un ambiente cálido y relajado. Como hay una hora de diferencia con España, deciden seguir la costumbre de su país y celebrar dos veces la entrada de año. Fer busca una cadena de televisión española mientras Ali prepara cuencos con doce uvas y los coloca en la mesa de centro. Los dos hermanos se miran, ilusionados, y a mí me recorre un escalofrío por la espalda al ver a esa Ali tan familiar y entrañable.

Las doce campanadas comienzan y solo Fer y Ali son capaces de tamaña acción. Lo demás nos atragantamos entre risas y toses, a pesar de haber seguido sus instrucciones. Luego Ali nos pasa una copa de cava a cada uno y nos pide que metamos algo de oro para que nos dé suerte. Nos felicitamos todos el año tras el brindis, con abrazos y besos los que son pareja. Cuánto los envidio en ese momento, sobre todo cuando siento el cuerpo de Ali en contacto con el mío al abrazarme. La beso en la mejilla y ella se sonroja, y se separa rápida para abrazarse con su hermano en el sofá.

Nora insiste en cantar la canción tradicional escocesa Auld Lang Syne cuando llegue la medianoche, recordando los años pasados y celebrando la llegada del nuevo año. Es una costumbre nuestra y todos salimos al jardín para cantar mientras encienden una fogata para ahuyentar los malos espíritus. Cuando volvemos a entrar en la casa, Mark, que tiene el móvil conectado al altavoz durante toda la noche, cambia de música por algo más animado. Las parejas se levantan para bailar, moviendo los muebles hacia un lado para dejar más espacio en el salón. Fer se ríe desde su lugar de observador en el sofá, mientras hace una videollamada a Duncan.

—¡Tienes que ver esto, cariño! —grita Fer, girando el móvil hacia nosotros para que Duncan pueda ver cómo bailan sus amigos, sobre todo Robbie que al ver que la pantalla se dirige a él, hace el payaso y manda besos a Duncan. Él se ríe y comenta algo que no logro entender, pero Fer parece encantado.

Ali se queda cerca de la chimenea, observando a los demás con una expresión entre divertida y cautelosa. Me acerco y le ofrezco la mano, sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Me concede este baile? —le pregunto, muy ceremonioso, con una media sonrisa.

—No creo que sea buena idea —responde ruborizada, mirando mi mano como si fuera algo peligroso.

—Venga, no seas sosa, si te encanta bailar. —Fer interrumpe desde el sofá—. Vamos, Ali. No hay seas aguafiestas. Logan, insístele un poco que parece que le gusta hacerse de rogar.

Veo cómo lanza una mirada de odio a su hermano. Con un suspiro de exasperación, Ali coloca su mano en la mía. La calidez de su piel contrasta con el frío que aún siento de la copa que acabo de dejar, y la sostengo con suavidad mientras la guío hacia el centro del salón. La música es algo más lenta, perfecta para un baile de pareja. Coloco mi mano en su cintura, y ella la suya en mi hombro, manteniendo una distancia prudente que no dura mucho.

—¿Siempre eres tan insistente?

—Solo con las personas que creo que lo merecen. —Mi respuesta es automática, pero completamente sincera.

Nos movemos al ritmo de la música y, aunque al principio siento su tensión, poco a poco se relaja. Sus ojos se encuentran con los míos más de una vez, y hay algo en su mirada que me hace olvidar todo lo demás. Es ella. Es este momento. Y, aunque sé que no va a durar, no quiero que termine.

CAPÍTULO 16

Alicia

El aire frío de la noche acaricia mi piel cuando se cierra la puerta tras despedir a la última de las parejas que nos acompañaron esta noche. La despedida ha sido cálida, con abrazos y buenos deseos que aún resuenan en mis oídos. Pero ahora que el salón comienza a vaciarse, la calidez que he sentido toda la noche parece disiparse un poco, dejando un vacío extraño. Quizás porque, en el fondo, estoy impidiendo enfrentarme a lo que siento.

Mi mano todavía hormiguea por el contacto con Logan durante el baile. Su piel cálida, su tacto firme pero cuidadoso… ¡Por Dios! ¿Qué estoy pensando? Todo esto es una locura. Intento enfocarme en recoger los platos que quedan sobre la mesa, pero mis pensamientos vuelven una y otra vez a cómo ha sido estar tan cerca de él. La música, la suave presión de su mano en mi cintura, su mirada fija en la mía… Esos ojos del color de la miel. Cada vez que me miraba, sentía como si todo el mundo a nuestro alrededor desapareciera.

El problema no es solo él. Soy yo. La contradicción constante en mi cabeza. Me molesta que Logan tenga ese efecto en mí. Es borde, sí, pero también es… bueno, no sé exactamente cómo describirlo. A veces me parece demasiado seguro de sí mismo, pero otras veces tiene esa ternura inesperada que me gana y me ablanda entera. Como cuando se reía con Fer esta noche, tan relajado y natural, y cuidándolo con una humildad y cariño que no esperaba. O cuando brindamos y sus ojos se encontraron con los míos al otro lado de la mesa. ¿Cómo es posible que me saque tanto de quicio y, al mismo tiempo, me haga sentir… esto? Aunque no es difícil con ese cuerpo que ya sé que tiene y esa mirada que me atraviesa la piel. Lleva unos vaqueros que cortan la respiración de lo bien que le quedan y la camisa blanca que me muero por quitarle. Lleva las mangas un poco subidas para deleite de las mujeres y de Fer, que hemos podido gozar de sus musculados brazos. En fin, que me pierdo. Debo serenarme, aunque va a ser difícil si no se va a su casa como han hecho los demás, y ponerme a recoger la casa.

—¿Estás bien? —La voz de Fer, que charla con Logan en el sofá, me saca de mis pensamientos. Mi hermano tiene cara de cansado y veo que se ha tapado con una manta hasta la cintura, con la pierna escayolada apoyada en un cojín. Tiene un aspecto agotado, pero su sonrisa sigue siendo amplia.

—Sí, claro. —Le devuelvo la sonrisa y me acerco para ajustar la almohada detrás de su cabeza—. Ha sido una noche estupenda, ¿no crees?

—Sí, aunque no he bailado ni una vez. —Se ríe, señalando su pierna escayolada—. Pero ha valido la pena. Duncan me ha mandado un mensaje diciendo que soy un anfitrión de primera.

—Porque lo eres. —Le doy un beso en la frente y me enderezo, lista para recoger—. ¿Quieres dormir?

—¿Sabes? —me dice ignorando mi pregunta al ver que Logan se ha metido en el baño—. Me ha sorprendido ver lo bien que os habéis llevado Logan y tú esta noche. —Fer me mira con esos ojos que todo lo ven, y me quedó paralizada por un segundo.

—¿Qué quieres decir? —Espero haber sonado más sorprendida de lo que me siento.

—Nada, solo digo que… bueno, parecía que os llevabais mejor. Ya sabes, sin que parezca que os habéis tragado un limón al miraros, como el primer día. —Se ríe y cierra los ojos, acomodándose en el sofá—. Pero no te preocupes, estoy cansado, así que no voy a preguntarte nada más. Por ahora. Solo digo que aproveches si te gusta, es un buen tío y está soltero —susurra sonriendo.

—Duerme, cotilla. —Le apago la lámpara de pie mientras se queda dormido en cuestión de minutos. Lo tapo con cuidado, asegurándome de que esté cómodo, y me giro hacia el salón, donde los restos de la noche todavía están esparcidos por la mesa.

Empiezo a recoger los platos y las copas con movimientos rápidos, como si la actividad pudiera distraerme de los pensamientos que me rondan. Estoy tan concentrada que no escucho los pasos que se acercan hasta que Logan aparece en la cocina, con las mangas de la camisa todavía remangadas y el jersey colgado sobre un brazo.

—¿Qué haces? —pregunta, apoyándose en el marco de la puerta con una ceja levantada y una postura que hace que mis piernas tiemblen, desde mi vértice hasta los pies.

—¿Qué te parece que hago? —respondo algo borde, sin detenerme ni mirarlo directamente.

—Es Nochevieja, Alí. Deja esto para mañana. —Se acerca y me quita un plato de las manos, colocándolo en la encimera con un gesto firme.

—No voy a dejarlo para mañana. Quiero que Fer se despierte y encuentre todo recogido. —Mi tono es cortante aunque no lo pretendía, pero Logan no parece inmutarse—. Además, no tengo sueño.

—Pues no lo harás sola. —Coge un paño de cocina y comienza a secar las copas que ha lavado Mark antes de irse. Me quedo mirándolo, sorprendida, hasta que se gira hacia mí con una sonrisa burlona—. ¿Qué? ¿Es tan raro verme lavar platos?

—Un poco, sí, señor conde —me burlo mientras regreso al fregadero.

Nos acomodamos para fregar en un silencio que me pone algo nerviosa. Sin embargo, hay algo casi reconfortante en compartir esta tarea con él. Sus movimientos son precisos, y por momentos, nuestras manos se rozan cuando me pasa algo para enjuagar bajo el agua cálida. Cada pequeño contacto es como una chispa que recorre mi piel y, aunque intento hacer como que no pasa nada, sé que él también lo siente.

—¿Por qué creías que no iba a venir esta noche? Llevo intrigado desde que Fer me lo dijo —pregunta de repente tomándome por sorpresa. Me detengo un momento, sorprendida por su pregunta. Me giro hacia él, con las manos aún mojadas, y busco las palabras adecuadas.

—Bueno… —hago una pausa, mordiéndome el labio inferior, sin saber si contarle la verdad —. Escuché algo en el café de la plaza el otro día. Una chica rubia muy guapa dijo que ibais a pasar la noche juntos. Parecía muy segura, así que pensé que habrías preferido… ya sabes, algo más acorde a tu… estilo de vida. Que no te lo reprocho, ¡eh!, lo entiendo…

—¿Mi estilo de vida? —Logan deja de secar la fuente que tiene en la mano y me mira con intensidad—. ¿Y cuál crees que es mi estilo de vida, Ali?

—No lo sé —subo los hombros—. Supongo que…, fiestas elegantes, cenas con gente importante… cosas de condes. —Intento sonar sarcástica, pero mi tono es más inseguro de lo que esperaba.

—¿Y creíste que tenía algo con esa chica rubia que me imagino que es Megan? —Su tono es bajo, casi un susurro, pero hay algo en su mirada que hace que el aire en la habitación parezca más denso. Es como si viera fuego en sus ojos.

—No sé lo que tienes o dejas de tener con nadie. Tampoco es asunto mío. Lo escuché sin querer y saqué conclusiones. —Cruzo los brazos, para darme más firmeza, pero el calor que sube a mis mejillas me delata.

Logan deja la fuente sobre la encimera y da un paso hacia mí. Su proximidad es abrumadora, y cuando su mano roza mi brazo, siento un escalofrío y un nudo en mi pecho.

—No tengo nada con Megan. Ni con nadie. —Su voz es firme, y sus ojos, serios—. Y, si te interesa saberlo, no cambiaría esta noche por ninguna fiesta elegante, por muchas cenas con gente importante que haya tenido antes, por obligación. No sé si te lo ha dicho Fer, pero suelo venir aquí a desintoxicarme de ese estilo de vida que dices y que no me atrae nada.

No sé qué decir. Su sinceridad me desarma, y antes de que pueda reaccionar, él coge una botella de vino que ha quedado a medias y me la muestra.

—¿Un último brindis? —pregunta, con una sonrisa tan atractiva que solo pienso en borrarla con un beso. Pero me contengo.

Asiento y tomo un sorbo de la copa que me ofrece, pero antes de que pueda decidir qué hacer a continuación, Logan la aparta de mis manos y, en un movimiento decidido y suave, inclina la cabeza hacia mí. Su aliento, cálido y con un toque de vino, roza mi piel justo antes de que sus labios encuentren los míos. Contesto con ganas a su beso y él me rodea la cintura, acercándonos más con ese gesto. Unimos nuestras bocas y dejamos que las lenguas jueguen, nos saboreamos sin pausa, con las manos enredadas en el pelo. Besa mejor de lo que creía en mi sueño y me siento entre frustrada y enfadada por haber cedido a la vez que no puedo parar. Cada beso es más intenso que el anterior y me embriaga tanto como el vino. Solo deseo perderme en él. Y sé que no debo. Mi mente me dice que esto es una mala idea, pero mi cuerpo parece tener otros planes. Cuando sus manos acarician mi espalda bajando hasta mi culo, pierdo toda capacidad de pensar.

Me separo, abrumada por mis pensamientos que no he sabido apartar, aunque mi respiración entrecortada me delata.

—Esto no debería estar pasando —susurro, sin atreverme a mirarlo directamente.

—No. No debería. —Su tono es igual de serio, pero hay un destello en sus ojos que me humedecen más de lo que empezaba a estar. Y no sé si quiero explorarlo o evitarlo—. Sobre todo porque Fer está ahí. —Me guiña un ojo. Joder, Fer, si se está haciendo el dormido se lo estará pasando en grande a mi costa.

Me muerdo el labio inferior, dudando de mí misma. Lo que me arde por dentro solo puede ser sofocado por Logan. Lo sé, lo sabe. Él está como yo. ¿Me arriesgo a pesar de que tenga que regresar a mi país y no volver a verlo? ¿Me quedaré muy enganchada a él si lo hago? ¿Mejor una

Nochevieja disfrutando de este regalo y olvidarme de lo demás?

—¿En qué piensas? Parece que no estés aquí.

—Yo… —No sé ni qué decir. No es momento de compartir mis dudas e iniciar una conversación filosófica que nos enfriaría.

—Ven a mi casa. —Lo dice en un tono que no sé si es súplica, pregunta o que está tan caliente como yo.

—No puedo dejar a Fer solo.

—Tu hermano ha bebido mucho, no creo que se despierte.

—¿Y si necesita ir al baño?

—Ali… —me dice en un tono algo exasperado y gracioso a la vez.

No espera mi respuesta. Me coge de la mano y tira de mí hacia la puerta de la cocina, que está más cerca de su casa que la principal. Sin abrigo, abrazados y muertos de risa, cruzamos el jardín hasta su porche trasero. Y entramos. Logan da un portazo con el pie mientras me come la boca y yo le desabrocho la camisa, por fin, a la vez que camino hacia atrás. Él me lleva, yo me dejo, y le piso. Todo a la vez. Me coge de la nuca para besarme con más ahínco, con su lengua recorriendo toda mi boca. Estoy totalmente a su merced. Llegamos a la que debe ser su habitación, donde llega sin camisa que se ha quedado por el suelo. Acaricio su pecho desnudo y le beso el cuello mientras él trata de subirme el vestido. Me separo para subir los brazos y que lo saque por la cabeza. Da un paso atrás para mirarme y eso me hace ser más consciente de mi desnudez, aunque lleve la ropa interior.

—Guau. Eres toda una caja de sorpresas, Ali. Eres, eres..., preciosa. Tanto o más a como me imaginaba.

No contesto, Tengo algo de frío y mi piel ya echa de menos la suya. Me acerco y llevo mis manos a los botones de su pantalón que desabrocho uno a uno. Saca los pies cuando la prenda cae al suelo al tiempo que me presiona en los hombros para que me tumbe en la cama. Se pone a horcajadas sobre mí, me acaricia los hombros, las clavículas y, por fin, mis senos. Acerca su cadera a la mía y simula una pequeña embestida por encima de la ropa interior. Se mueve sobre mí y yo llevo las manos a su boxer para apartarlo. Él hace lo mismo con mi sujetador rojo de encaje, el de las nocheviejas dicho sea de paso. Siento sus labios y su lengua sobre mis pezones erectos, sus manos sobre mis pliegues tras sacarme lo poco que me quedaba de ropa, sus dedos dentro de mí deslizándose por mi humedad. Y gimo, me retuerzo de placer, de ganas de él y la idea de que nada más importa en ese instante me convence de que estoy dónde y cómo quiero estar. Lo que pase al irme, lo pensaré cuando llegue.

CAPÍTULO 17

Logan

El sol apenas comienza a asomarse entre las nubes cuando abre los ojos. Hay una quietud solemne en la habitación y fuera de ella, el tipo de silencio que solo se siente en el primer día del año, cuando parece que todo el mundo duerme más de la normal, recuperándose de la noche anterior. Me giro en la cama, y alargo el brazo sospechando ya que no voy a encontrar lo que busco, que no voy a poder abrazarla y darle un beso de buenos días antes de levantarnos.

Porque Alicia no está.

El espacio a mi lado está frío, lo que significa que se levantó hace un buen rato. Me dejo caer de espaldas contra el colchón y cierro los ojos, recordando cada detalle de la noche anterior. Sus labios, sus gemidos, la forma en que su cuerpo se moldeaba contra el mío… Después de saborearla con mi boca, me introduje en ella y fue como llegar al paraíso. Ali no solo respondía a mis impulsos, sino que participaba como la mejor de las amazonas y me hizo tocar el cielo. Fue la mejor noche de mi vida, sin duda alguna. Y no solo por el sexo —que, siendo honesto, fue increíble—, sino por la conexión que sentí con ella. Una conexión que me hace sentir incómodamente vulnerable y totalmente abrumado si pienso en mi futuro inmediato. Pero, ¿dónde está ahora?

Con un suspiro, me levanto perezosamente y me paso una mano por el pelo. La casa está en completo silencio, salvo por el leve quejido de la madera bajo mis pies mientras camino hacia la cocina después de comprobar que Ali no está en el baño. La luz suave de la mañana ilumina los muebles minimalistas y el suelo de madera clara, y sobre la isla encuentro una nota.

La leo despacio, como si temiera perderme algún detalle.

«Buenos días, Logan. Me he despertado pronto y preocupada por Fer. He vuelto a casa para estar con él. Gracias por todo. Ha sido una noche inolvidable. Si necesitas un café, ya sabes dónde estoy. Ali».

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras dejo la nota sobre la mesa. Su caligrafía es tan ordenada como ella misma, aunque puedo imaginarla apresurándose a escribir esto antes de salir en silencio, sin despertarme. Aunque lo de la nota me parece romántico, me doy cuenta de que no nos dimos nuestros números de teléfono. Qué imbécil soy. Cojo mi móvil y lo enciendo. Hay una avalancha de mensajes deseándome un feliz año nuevo, todos ignorados porque, francamente, tenía cosas mucho más interesantes que hacer. Sonrío al recordar lo que ocupaba mi atención la noche anterior. Pero ninguno es de Ali, claro, porque no tiene mi número. Miro por la ventana y, como esperaba, la luz está encendida en la cocina de Fer. Una idea atraviesa mi mente, y antes de que pueda pensarlo dos veces, estoy subiendo las escaleras para ducharme. El agua caliente es un alivio, aunque mi cabeza sigue trabajando a toda máquina. Me seco rápido y

elijo ropa cómoda: unos vaqueros oscuros, un jersey gris ajustado que resalta mis hombros y mi abrigo negro. Antes de salir, cojo las *shortbread*, las galletas crujientes y dulces que la señora Brown dejó en mi cocina para el desayuno. Si voy a aparecer sin invitación, al menos llevaré algo.

Cuando llego a la puerta de mis vecinos, escucho risas suaves desde dentro. Toco con los nudillos y espero, con la bandeja de *shortbread* en una mano. Es Fer quien abre la puerta, apoyado en sus muletas, con una sonrisa que me desconcierta.

—¡Logan! —exclama, con ese tono tan suyo que nunca sabes si está a punto de decir algo amable o burlarse de ti—. Qué madrugador. Pasa, hombre. ¿Qué traes ahí, conde? ¿Un tributo por haber disfrutado tanto anoche de nuestra compañía? —bromea mientras se apoya en su muleta para dejarme pasar.

—Traigo el desayuno. No digas que no trato bien a mis inquilinos favoritos. —Levanto la bolsa con la bandeja de galletas, y él se ríe mientras cierra la puerta tras de mí.

Lo sigo al interior y dejo la bandeja sobre la mesa de la cocina. El lugar está cálido, con el aroma del café recién hecho y una luz tenue que se filtra por las cortinas. Y ahí está ella, Alicia, con las mejillas ligeramente sonrojadas y el cabello recogido en un moño desordenado que deja escapar algunos mechones y deja a mi vista el cuello que me muero por besar. Lleva un pantalón de algodón gris y un jersey blanco amplio que ilumina su rostro, haciéndola parecer más relajada y cercana que nunca.

—Buenos días —le sonrío, pero ella apenas me mira, centrada en lo que parece ser una taza de té que sostiene con ambas manos.

—Buenos días. —Su voz es suave, pero hay algo en su tono que me desconcierta. ¿Está incómoda? ¿Arrepentida?

Fer se sienta en el sofá con una sonrisa maliciosa que me pone en alerta. ¿Sabrá algo de lo que ha pasado?

—¿Qué tal te ha sentado la Nochevieja, Logan? —pregunta Fer, sin disimular su diversión.

—Bien. —Le miro con los ojos entrecerrados, pero mantengo mi tono neutro—. Ha sido una noche fantástica. Gracias por invitarme.

—Claro, claro. —Fer se ríe levemente mientras Alicia me lanza una mirada fulminante desde la cocina y con un gesto me indica que no diga nada, que Fer no sabe que pasó la noche conmigo. O eso me parece entender. Estoy deseando quedarme con ella a solas.

—¿Quieres café? —pregunta, ignorando a su hermano y dirigiéndose a mí con una neutralidad que me descoloca. Es la reina del disimulo, aunque no sé por qué me da que Fer la conoce más que ella a sí misma.

—Claro, gracias. —Me acerco a la mesa, tomando asiento junto a Fer que se ha desplazado cojeando gracias a las muletas, mientras Alicia me sirve una taza. Cuando me la pasa, nuestras manos se rozan, y aunque ella retira la suya rápidamente, el contacto es suficiente para que un calor familiar se extienda por mi pecho.

—¿Qué es esto? ¿*Shortbreads*? —Alicia las mira con una ceja arqueada, pero hay una chispa de humor en su tono—. Qué buena pinta.

Me río por lo bajo mientras le ofrezco una galleta y agradezco a la señora Brown su idea. Fer sigue hablando, como siempre, pero mi atención está en Alicia. La forma en que evita mi mirada, cómo se mueve por la cocina con una eficiencia casi mecánica, me dice que algo ha cambiado desde anoche. Pero ¿qué?

El desayuno transcurre entre risas cuando Fer toma la iniciativa y cuenta anécdotas de su infancia que me hacen reír, mientras Alicia finge molestarse, aunque no puede evitar sonreír en algunos momentos. Me siento cómodo con ellos, con una vida normal sin tener que guardar las apariencias, hasta que suena mi móvil. Es un mensaje de mi familia, un video grupal deseándome un feliz año nuevo. Sonrío al ver las caras familiares, pero mi sonrisa se desvanece cuando aparece Clarabella en el video, deseándome lo mejor con un tono de voz dulce que no puedo soportar. Luego, hay otro mensaje: uno de ella, más personal y, para mi desgracia, demasiado sugerente. Miro el móvil y siento la incomodidad de Alicia a mi lado. Ella ha visto algo, lo sé.

—¿Algo interesante? —pregunta, con un tono que intenta ser despreocupado, pero no lo consigue.

—Nada. Mi familia, que me felicita el año. Anoche olvidé llamarlos y me lo echan en cara. —Bloqueo la pantalla y dejo el móvil sobre la mesa, tratando de quitarle peso al momento. Pero su expresión tensa me dice que no ha pasado desapercibido.

Antes de que pueda pensar en algo más que decir, la puerta se abre de golpe, y una voz conocida llena el espacio.

—¡Cariño! Feliz año —Duncan entra gritando, cargado con el equipaje y con una sonrisa tan amplia que parece iluminar toda la habitación. Fer se levanta como puede para abrazarlo, y la escena es tan alegre y llena de amor que no puedo evitar sonreír.

—¿Qué haces aquí? —Fer está feliz y no deja de darle besos por la cara mientras pregunta.

—He adelantado el viaje. Ayer firmamos el acuerdo, ¡el proyecto es nuestro! Me moría de ganas de contártelo en persona y empezar el año contigo, aunque para eso ya llego algo tarde —bromea.

El ambiente cambia con la llegada de Duncan. Su energía contagiosa anima a todos, incluso a Alicia, que parece relajarse un poco. Hablan de Londres, del proyecto que acaba de cerrar y de lo mucho que echaba de menos a Fer. Yo me siento un poco apartado, aunque no de forma violenta. Es evidente que este grupo tiene una conexión especial, y aunque me siento afortunado de ser parte de esto, soy consciente de mi situación y no puedo dejar de pensar en lo que pasará cuando Alicia se vaya. Ella, que lo ilumina todo, me mira mientras ríe con Duncan, con esa luz en sus ojos que me atrajo desde el principio cuando tropezamos en la tienda y se derramó la botella de leche que llevaba en la mano. Sé que tengo que dejarla ir, que no es justo que la arrastre hacia una vida como la mía y que ella tiene la suya propia en Madrid, pero el simple pensamiento de no verla más después de mañana hace que algo dentro de mí se retuerza. Soy consciente de que no hemos hablado de ello todavía, que solo nos hemos dejado llevar por nuestro impulso y las ganas de tenernos, pero siento que hay algo que nos une y que vamos a sufrir por ello. ¿Pensará ella lo mismo? Ni siquiera sé como es su vida real, fuera de esta burbuja que nos ha regalado el año nuevo.

Mientras Duncan sigue hablando con Fer, yo sigo preguntándome cómo será el día de mañana, cuando Alicia se haya ido y yo tenga que volver a mi vida en Nueva York. A mis

empresas, a mi padre, a las mujeres que me pone en bandeja como si fueran candidatas a un puesto vacante y me insiste en que siente la cabeza de una vez. Todo me parece tan vacío comparado con lo que siento en esta casa, sobre todo con lo que siento cuando estoy cerca de ella. Miro a Alicia una vez más, y el nudo en mi pecho se aprieta. No sé qué voy a hacer con todo esto, pero sé que no quiero que termine aquí, con un café, unas *shortbreads* y una abrazo deseándonos un feliz año. Mi cuerpo y mi corazón me piden más, aunque mi cabeza diga que no debo cruzar ese puente o no habrá vuelta atrás.

El primer día del año no podría haber comenzado de una manera más extraña: maravilloso al haberlo pasado con ella y, a la vez, nefasto por el lío que hay en mi cabeza y en mi corazón. Este desconcierto dentro de mí también me recuerda que las mejores cosas no siempre están destinadas a durar, un pensamiento que no me calma tanto como pretendía.

CAPÍTULO 18

Alicia

El aroma del café recién hecho llena la cocina de mi hermano, pero mi mente está lejos de aquí. Logan acaba de entrar con una bandeja de galletas de mantequilla, una sonrisa tranquila en el rostro y esa forma de moverse que siempre parece que tiene todo bajo control. No sé cómo lo hace, cómo logra irradiar esa mezcla de elegancia y cercanía, como si el mundo entero estuviera hecho para él.

Mi cuerpo se tensa en cuanto lo veo en la puerta. No puedo evitarlo. Lo que pasó anoche me tiene en un estado de confusión que intento disimular mientras sirvo más café y evito cruzarme con su mirada. Sé que Fer está hablando, algo sobre lo contento que está de que la noche saliera tan bien, pero apenas le presto atención. Estoy demasiado concentrada en mantener mis manos ocupadas y mi mente bajo control.

Logan, por su parte, parece completamente tranquilo. Se sienta junto a Fer y participa en la conversación, pero puedo sentir sus ojos sobre mí de vez en cuando. Cuando nuestras miradas se cruzan por accidente, me quedo sin aliento. Es como si ese momento de anoche nunca hubiera terminado, como si el roce de sus labios todavía estuviera en mi piel. Y eso es exactamente lo que intento evitar.

Duncan entra en la casa por sorpresa con la energía de un huracán, cargado de anécdotas de Londres y abrazando a Fer como si no hubiera un mañana. La escena es tan dulce que me hace sonreír, a pesar de mi intento de mantenerme distante. Duncan siempre ha sido un soplo de aire fresco, alguien que ilumina cualquier habitación con su presencia. Es imposible no contagiarse de su entusiasmo. Lo adoro y soy feliz por mi hermano.

—¡Qué bien os veo! —dice mientras se desploma en una silla junto a Fer, con las manos entrelazadas en las suyas. Sus ojos brillan al mirarlo, y siento una punzada de envidia. No de la mala, pero sí de la que te hace darte cuenta de que hay algo que deseas y que tal vez nunca tendrás. Fer y Duncan son tan naturales juntos, tan cómodos en su pequeño universo, que siento que estoy invadiendo un momento íntimo. Sé que desean estar solos y no quiero ser la hermana incordio, así que uso eso como excusa para proponer una salida.

—Creo que voy a salir a dar una vuelta por el pueblo. Apenas me ha dado tiempo a hacer turismo y ahora que estás en buena compañía —me dirijo a mi hermano—, voy a aprovechar. Quiero despedirme de este lugar antes de irme mañana. —Mi voz suena más casual de lo que esperaba, y mi mirada se desvía hacia Logan de forma instintiva, sin querer hacerlo. Error. Porque él la atrapa al vuelo y, antes de que pueda reaccionar, ya está hablando.

—Te acompaño. —Su tono es firme, como si no hubiera otra opción, y su mirada no admite réplica—. Así puedo enseñarte un par de sitios que seguro que no has visto. Como el castillo. Es

lo más característico del pueblo y, además, ahí vive mi tía Lady Aberdour. Sería un crimen irte sin verlo.

—No hace falta que vengas, seguro que tienes cosas que hacer… —intento objetar, pero su sonrisa me desarma.

—No tengo nada mejor que hacer. Para un día que tengo de vacaciones, déjame elegir qué quiero hacer. —Se encoge de hombros con cara de niño bueno y me lanza esa mirada que parece decir: *Sabes que no vas a ganar esta discusión*.

—Perfecto. Te dejo la visita al pueblo en buenas manos. Nadie mejor que el conde para que te lo enseñe. —Duncan sonríe mientras le da un beso en la frente a Fer, que parece demasiado entretenido con él como para preocuparse por nosotros.

Me cambio de ropa y me pongo el abrigo y la bufanda mientras Logan espera en la puerta, con su abrigo negro largo que le da un aire de galán de película antigua. Salimos al frío de la mañana, y el aire fresco me ayuda a despejar un poco la cabeza. Caminamos en silencio al principio, con nuestras manos metidas en los bolsillos y el sonido de la nieve al pisarla como único sonido. El pueblo está prácticamente desierto. Algunos cafés comienzan a abrir, y las luces navideñas todavía parpadean en las calles, agregando un toque mágico al paisaje. Logan camina a mi lado, ajustando su paso al mío, y de vez en cuando me lanza miradas que hacen que mi corazón se acelere.

Me enseña algunos edificios emblemáticos del pueblo, la plaza principal, dos puentes históricos sobre el río y, por fin, el majestuoso castillo que preside todo y da cuenta del poder que tuvo su familia en la zona. Me invita a verlo por dentro, pero le digo que no, en otra ocasión.

—De acuerdo, Además, mi tía es un poco cascarrabias y no le gusta que venga sin avisar. ¿Tienes hambre? Podemos tomar un *brunch* de año nuevo.

—Suena bien, vamos, me rugen las tripas —sonrío.

Después de un rato caminando, Logan me lleva hasta un café a la orilla del río que tiene todo preparado para la gente que sale a comer el uno de enero. Un bufé para hacer el *brunch* al gusto de cada uno. El local parece salido de una postal navideña. Tiene una chimenea en una esquina, mesas de madera y el aroma a café recién hecho que me hace sonreír. Pedimos un *brunch* de Año Nuevo: tostadas, huevos revueltos, salmón ahumado y café con leche, y nos sentamos junto al ventanal donde las vistas son espectaculares.

—Entonces, ¿cómo es tu vida en Madrid? —pregunta de repente, cambiando del tema sobre costumbres gastronómicas. Me tomo un momento para responder, organizando mis pensamientos.

—Es… diferente. No tengo el típico empleo de horario fijo. —Sonrío, mirando hacia las pequeñas casas de piedra que bordean el camino—. Trabajo creando experiencias de catas y eventos relacionados con el vino. Mi blog me abrió muchas puertas, aunque nunca pensé que terminaría dedicándome a esto. Lo cierto es que me gusta, aunque a veces puede ser un poco inestable y no tengo ingresos fijos. Es complicado mantenerse cuando compites con gigantes del sector.

Logan me mira con una mezcla de interés y sorpresa.

—Así que es verdad que eres una experta en vinos. —Su tono es cálido, sin el sarcasmo que

solía usar al principio—. ¿Y estudiaste algo relacionado con eso?

—No, en realidad estudié Arquitectura. ¿No te lo había dicho? —Río, sacudiendo la cabeza —. Pero la vida me llevó por otro camino. Y no me arrepiento, aunque a veces echo de menos diseñar cosas. Al menos, cuando organizo eventos, puedo usar un poco de esa creatividad.

Él asiente, como si estuviera procesando cada una de mis palabras.

—Es interesante. Me gusta cómo hablas de tu trabajo. Se nota que te apasiona. —Su voz tiene un tono más bajo, más íntimo, y me obliga a mirarlo. Sus ojos están fijos en los míos, y por un momento, me olvido del frío.

—¿Y tú? —pregunto, intentando desviar la conversación—. ¿Cómo es tu vida entre Nueva York y Escocia?

Él suelta un suspiro, como si la pregunta lo descolocara o no sea un tema del que desea hablar.

—Intenso. —Sonríe, pero hay un destello de cansancio en su mirada—. El conglomerado empresarial es de mi padre y de mi tía, Lady Arbedour, que ya está jubilada aunque siga controlando todo lo que puede desde su castillo. Mi padre se está retirando poco a poco, y eso significa que yo me encargo de casi todo. Empresas, reuniones, viajes… A veces siento que no tengo tiempo ni para respirar. Pero es lo que toca, ¿no?

Asiento, aunque no puedo evitar sentir un pequeño nudo en el estómago. Sus palabras me recuerdan que nuestras vidas son completamente diferentes. Él pertenece a un mundo que no tiene nada que ver conmigo, y yo… yo soy solo Alicia y organizo eventos de vez en cuando. Seguimos hablando de cosas triviales sobre la vida en Madrid o Nueva York, pero poco a poco la conversación se vuelve más personal. Logan me cuenta sobre su infancia, sobre los internados que detestaba y cómo siempre encontraba formas de escaparse para pasar tiempo en Escocia con su abuela. Yo le hablo de mi familia, de cómo mi madre siempre dice que nunca me quedo quieta y que necesito aprender a relajarme.

—No parece que tengas problemas para relajarte —dice Logan, mirándome con una sonrisa que me hace sonrojar.

—No siempre es fácil, estoy aprendiendo —admito, bajando la mirada hacia mi taza de café.

Cuando terminamos, caminamos de vuelta a casa de mi hermano. Desde fuera, vemos a Fer y Duncan acurrucados en el sofá, hablando en voz baja y haciéndose arrumacos. Me detengo, sintiendo que no quiero interrumpir ese momento.

—No parece que nos necesiten. —Logan rompe el silencio, y cuando lo miro, hay una chispa en sus ojos que me hace sonreír.

—¿Y qué sugieres? —pregunto, aunque ya sé la respuesta—. Aquí hace mucho frío.

—Vamos a mi casa. —Extiende una mano hacia mí, y después de un momento de duda, la tomo—. ¿Una cata a ciegas?

—¿Estás seguro?

—Del todo. Se me está ocurriendo algo…

Su bodega nos espera, pero esta vez la cata a ciegas es más íntima. Mientras elige los vinos,

nuestras manos se rozan más de una vez, y cada contacto hace que el aire a nuestro alrededor se cargue de una electricidad palpable. Cuando nos sentamos, con las copas de vino en la mano y la luz tenue de las lámparas creando sombras en las paredes, siento que podría quedarme aquí para siempre.

Aunque lo mejor está por llegar.

CAPÍTULO 19

Logan

La luz cálida de las lámparas de la bodega crea un ambiente íntimo, casi conspirador. El aire está impregnado de un leve aroma a roble y vino añejo, y la temperatura fresca de la piedra contrasta con el calor que siento crecer dentro de mí. Alicia está sentada frente a mí, sus ojos brillan con una mezcla de curiosidad y algo que espero que sea deseo, porque me tiene completamente atrapado. Lleva un jersey de lana fina, color crema, que se ajusta sutilmente a sus formas, y unos vaqueros oscuros que abrazan sus piernas de forma impecable. Es sencilla y, al mismo tiempo, deslumbrante. No necesita nada más.

Sobre la mesa hay tres copas vacías y tres botellas que he seleccionado y cubierto para que no sepa cuáles son. Todas ellas son vinos que me recuerdan a algo especial: un Ribera con cuerpo, un borgoña elegante y un *riesling* dulce y fresco. Cada una de ellas tiene algo único que decir, como Alicia. Es un reflejo perfecto de lo que me hace sentir.

—Vamos a hacer esto como se debe —digo mientras descorcho cada una de las botellas. Le lanzó una mirada traviesa—. Pero esta vez quiero que lo sientas, Ali. Que no te centres solo en identificar el vino. Déjate llevar. Como seguro sabes ya, a veces el vino no solo está para ser entendido, sino para ser disfrutado.

Ella arquea una ceja y se cruza de brazos, apoyándose contra el respaldo de la silla. Esa actitud me desafía tanto como me atrae.

—¿Y tú crees que no sé disfrutar de un buen vino? —pregunta, entre incrédula y divertida.

—Sé que puedes, pero quiero que esta vez sea diferente. —Mi voz baja ligeramente mientras tomo la primera botella y sirvo dos copas. Le paso la suya, pero en lugar de entregársela directamente, dejo que nuestras manos se rocen al hacerlo. Su piel es cálida, y el contacto, aunque breve, envía una descarga por mi brazo.

Ella se queda en silencio, observándome mientras llevo mi copa a la nariz, cerrando los ojos para captar los aromas. La imito a propósito, pero no me pierdo el leve movimiento de su garganta al tragar saliva. Está nerviosa, y me gusta saber que tengo ese efecto en ella.

—Huele a frutas rojas maduras, algo de especias… —dice, con la voz más suave, como si no quisiera romper el ambiente sensual que trato de crear.

—Cereza, quizás un poco de frambuesa —añado, acercándome un poco más mientras dejo mi copa en la mesa. Apoyo un codo en la madera y la miro fijamente, disfrutando de la manera en que sus labios se curvan al hablar. No puedo evitar que mi mirada se deslice hacia ellos.

Ella toma un sorbo, cerrando los ojos mientras el vino roza su lengua. Su expresión cambia, se relaja, y hay algo increíblemente sensual en la forma en que inclina ligeramente la cabeza

hacia atrás. Siento como si todo mi cuerpo se tensara y el aire entre nosotros se hubiera cargado de electricidad.

—Tiene un final largo… como si se quedara contigo un rato después de haberlo bebido. —Abre los ojos y me mira, y su voz tiene un matiz más bajo, más íntimo.

—Como algunas otras cosas —respondo, sin apartar la mirada de la suya.

Alicia sonríe, pero sus mejillas se sonrojan. Sé que lo ha entendido. Le paso la segunda copa, esta vez dejando que mis dedos se entrelacen ligeramente con los suyos. No es un accidente, y lo sabe. Ella no retira la mano de inmediato, y ese pequeño gesto me da la seguridad que necesito para acercarme un poco más.

—Este es diferente —digo, inclinándome hacia adelante—. Más sutil, más elegante. Tómalo despacio.

Ella obedece, y cuando sus labios tocan la copa, siento un impulso casi incontrolable de hacer que esos labios toquen los míos. Sus ojos se cierran de nuevo mientras prueba el vino, y puedo ver cómo su pecho sube y baja con cada respiración.

—Es suave, como… —Se detiene, buscando las palabras, y yo aprovecho el momento para intervenir.

—Como una caricia. —Mis palabras son un susurro, y sus ojos se abren de golpe, encontrando los míos, más cerca que hace unos segundos.

—Exacto. —Su voz es apenas un murmullo, y durante unos segundos, el silencio entre nosotros es tan intenso que parece tangible.

Dejo mi copa en la mesa y me inclino un poco más, hasta que nuestras caras están a solo unos centímetros de distancia. Puedo sentir su respiración, cálida y entrecortada, y sé que ella también siente la mía.

—¿Te gusta? —pregunto, refiriéndome al vino, pero mi tono sugiere algo más.

—Mucho. —Su respuesta es casi inaudible, pero sus ojos no se apartan de los míos mas que para posarse en mis labios. Eso me enciende como una mecha a un petardo.

Mi mano se mueve casi por instinto, levantándose para rozar su mejilla con el dorso de los dedos. Su piel es suave, y cuando no se aparta, deja que mi pulgar trace un lento recorrido por su mandíbula y por sus labios. Ella cierra los ojos y su respiración se acelera ligeramente.

—Ali… —Su nombre sale de mis labios como una súplica, y antes de que pueda pensarlo dos veces, estoy inclinándome hacia ella, rozando sus labios con suavidad. Doy un sorbo a mi copa y con el vino dentro, capturo su boca con la mía. El sabor del vino todavía está en sus labios, dulce y embriagador, y cuando ella responde al beso, siento que todo mi cuerpo se enciende. Mi mano se desliza hacia su cuello, sosteniéndola con firmeza, pero con cuidado, mientras su lengua encuentra la mía en un movimiento lento, explorador, que me hace perder cualquier noción del tiempo.

Ella deja escapar un pequeño gemido, y el sonido es suficiente para hacer que el mundo desaparezca a nuestro alrededor. Solo estamos nosotros, el sabor del vino, el calor de sus labios y el suave roce de su cuerpo contra el mío cuando me inclino aún más, apoyando una mano en la mesa para mantener el equilibrio. Cuando el beso se rompe, nuestras frentes se quedan pegadas,

y ambos respiramos con dificultad. Sus ojos, ahora oscuros y brillantes, me miran con deseo y algo que no estoy seguro de querer descifrar en este momento. Porque solo quiero embriagarme de ella, nada más importa.

—Definitivamente, el mejor vino que he probado nunca —susurro, haciendo que una sonrisa se forme en sus labios.

Ella ríe divertida, y el sonido es como una melodía que podría escuchar para siempre. Cuelo mis manos por debajo de su jersey y ella abre los brazos ligeramente para que pueda quitárselo. Le bajo los tirantes del sujetador y mojo mis dedos en el vino dejando gotitas en sus hombros, cuello, clavícula y pezones. Poco a poco deslizo mi lengua por cada uno de esos puntos recreándome en sus pechos que lamo a placer. La miro desde abajo y la veo sonreír.

Me quito el sueter y la camiseta, la cojo por las nalgas y la siento en la mesa de catas. Ella pasa sus manos por dentro de mis pantalones buscando mi dureza y me contoneo al ritmo de su mano. Me sobra todo menos ella. Desabrocho su vaquero y Ali se levanta ligeramente para que se lo saque por las piernas. Con ella sentada en la mesa y las piernas abiertas, me quito la ropa que me queda y me acerco, pero antes de nada cojo la copa de vino y derramo un poco a la altura de su ombligo. Veo como resbala hacia sus pliegues y me lo bebo entero desde su vientre hasta su vértice, donde se ha mezclado con su humedad. La escucho gemir con una intensidad que me enloquece más todavía. Me levanto y ella me suplica con la mirada que no pare. Me enderezco lo justo para que nuestros sexos se unan y noto como me acoplo a sus paredes humedecidas. Embisto con toda la pasión que me provoca esta mujer a la que ya adoro, y vuelvo una y otra vez hasta que los dos sucumbimos en un orgasmo casi simultáneo. La abrazo y la abrigo con mi cuerpo, meciéndose con más cariño del que jamás he sentido por nadie.

—¡Vaya con la cata a ciegas! —susurra a mi oído, apretando el abrazo—. Espero que no hayas malgastado ningún vino.

—¿Cómo dices? Contigo no malgastaría ninguno. Hasta la mejor de mis botellas sube de nivel si la bebo sobre tu piel.

Ali suelta una carcajada que me calienta el corazón. Y pienso en lo rocambolesco que es el destino, que por un problema de trabajo he podido conocer a esta maravillosa mujer que me ha regalado el mejor de los orgasmos, dos noches seguidas, y cuya presencia hace que la vida merezca la pena.

CAPÍTULO 20

Alicia

Me siento extraña al despertar tras mi última noche en Escocia, como si mi cuerpo todavía estuviera anclado a la sensación de los brazos de Logan rodeándome, de su risa cálida y sus palabras susurradas la tarde anterior. Pero todo eso me llega como si fuera un sueño distante cuando miro hacia la esquina de la habitación, donde mi maleta está abierta, medio vacía todavía. Hoy es el día. Es 2 de enero y toca regresar a Madrid.

Suspiro profundamente mientras me levanto de la cama, poniéndome el primer conjunto cómodo que encuentro: unos vaqueros ajustados y un jersey beige de lana suave que me envuelve como un abrazo. Paso los dedos por mi pelo, intentando que parezca algo decente, pero me doy por vencida y lo recojo en un moño desordenado. No tengo energía para más. Mi corazón está pesado, como si se negara a aceptar que mi tiempo aquí ha llegado a su fin.

Mientras doblo la ropa que queda sobre la cama para guardarla en la maleta, mi mente viaja a la noche anterior. Después de la bodega, Logan y yo subimos a su habitación, donde compartimos una ducha caliente que era todo menos inocente. Recuerdo el calor del agua, el vapor que llenaba el baño, pero sobre todo recuerdo sus manos en mi cuerpo, su piel sobre la mía y el orgasmo que compartimos. También su carcajada cuando salí corriendo a buscar una toalla al darme cuenta de que no tenía ropa. Esa mezcla perfecta de sensualidad y complicidad me recorre el cuerpo con un escalofrío. Luego pasamos la tarde en su salón, enredados en el sofá bajo una manta, hablando de todo y de nada. Me contó más sobre su vida en Nueva York, sobre las empresas de su familia y las responsabilidades que pesan sobre él. Yo, por mi parte, le hablé de mis inseguridades, de mis sueños, incluso de mis miedos. Fue un momento tan íntimo que me pareció que el resto del mundo no existía.

Hasta que Fer llamó, preocupado porque no habíamos aparecido en todo el día. Logan me miró con una sonrisa cómplice, y terminamos cenando con ellos en la casita. Sobras de la cena de fin de año, risas compartidas y la sensación de que, de alguna forma, todo era demasiado perfecto para ser cierto. Fer parecía feliz al vernos juntos, aunque estoy segura de que, en el fondo, sabía lo complicado que esto es para nosotros. A veces es mejor una retirada a tiempo.

—¿Estás lista? —La voz de Fer me saca de mis pensamientos. Está en la puerta, apoyado en su muleta, con una sonrisa que intenta parecer despreocupada, pero no lo consigue del todo.

—Casi —respondo, mientras cierro la cremallera de la maleta y echo un último vistazo a la habitación. No quiero irme, pero tampoco puedo quedarme. Esta no es mi vida. Por mucho que lo desee, por mucho que me duela.

Fer se acerca lentamente, apoyándose en su muleta, y me observa con esa mirada que siempre parece saber más de lo que dice, que me hace sentir transparente para él. Me asusta lo mucho que

me conoce.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta, inclinando la cabeza—. He hecho el esfuerzo de subir la escalera por ti, peque.

—¿De qué? —intento bromear, aunque mi voz tiembla ligeramente.

—De él. —Fer sonríe suavemente—. Sé que te importa, Ali. Lo veo. Y creo que a él también le importas.

—Fer… —sacudo la cabeza. Ya lo sabe, de nada sirve disimular—. Es complicado. Nuestras vidas son completamente diferentes. Él tiene su mundo, yo tengo el mío. Esto… lo que sea que haya pasado entre nosotros, no puede durar. Lo sabes tan bien como yo.

—Cariño, lo sé, puede ser difícil, pero eso no significa que no valga la pena intentarlo. —Fer coloca una mano en mi hombro y aprieta suavemente—. No dejes que el miedo te detenga, Ali. No siempre se tiene la suerte de encontrar a alguien que realmente te haga sentir así. ¿Y si merece la pena?

No respondo nada. No puedo. Porque si digo algo, sé que las lágrimas que he estado conteniendo desde que me desperté esta mañana no tardarán en salir. En lugar de eso, cojo mi maleta y bajo las escaleras, donde Duncan está preparando café en la cocina. Logan también está ahí, apoyado contra la encimera, con un vaso en la mano. Lleva una camisa blanca de algodón remangada hasta los codos, unos vaqueros oscuros y un abrigo largo que cuelga de la silla más cercana. Se ve relajado, pero hay algo en su expresión que me dice que está tan tenso como yo.

—¿Lista? —pregunta, con voz más grave de lo habitual. Me temo que él también tiene un nudo en la garganta.

—Lista. —Mi respuesta es breve, casi un susurro.

—Ya le he dicho a Duncan que yo te llevo al aeropuerto. ¿Te parece bien?—Su declaración es firme, y aunque podría haber discutido, no lo hago. Quizás porque quiero pasar esos últimos momentos con él, aunque sé que serán insoportables.

—Ok, no hay problema.

Cuando acabo mi café, veo que Fer está sentado en el sofá, con Duncan a su lado después de ayudarle a bajar la escalera, entrelazando sus manos. Me acerco con la maleta y su expresión cambia. Sigue sonriendo, pero hay algo en su mirada que me provoca un nudo en el pecho. Duncan se levanta primero, con su calidez habitual, y me envuelve en un abrazo fuerte, reconfortante. Ese abrazo de oso que tanto me gusta.

—Prométeme que vendrás pronto, ¿vale? Fer y yo te echaremos de menos. —Su voz tiene un tono que me hace sentir que soy parte de algo especial, algo que no quiero dejar atrás.

—Lo prometo —respondo, aunque sé que será difícil cumplirlo— Y espero que vengáis a Madrid cuando mister patoso pueda andar de nuevo.

Fer se pone en pie con dificultad, apoyándose en su muleta y en su chico, y extiende los brazos hacia mí. Me acerco y me abrazo a él como si todavía fuéramos niños, aunque ahora sea un hombre fuerte y valiente. Me acaricia la espalda con ternura y, cuando nos separamos, me mira fijamente, con esos ojos que siempre parecen leer más de lo que quiero mostrar.

—Cuídate, Ali. Y no te preocupes por mí, estoy en las mejores manos. —Le lanza una mirada significativa a Duncan, que sonríe a su lado.

—Lo sé, peque. —Le acaricio el rostro y trago el nudo que se forma en mi garganta—. Pero aun así, llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

—Te quiero, hermana. —Su voz es suave y llena de emoción.

—Yo también te quiero. —Mi voz se quiebra, y me vuelvo hacia la puerta antes de que las lágrimas me traicionen. Logan está esperando afuera, con la maleta en la mano y una expresión también extraña para mí. Esto va a dolerme, lo sé. Me detengo un momento para mirar a Fer y Duncan, juntos, en su pequeño mundo. Me consuela saber que él está feliz, aunque mi corazón se parte un poco al dejarlo. Salgo al frío con Logan y la realidad de mi partida golpea con más fuerza que nunca.

El trayecto hasta el aeropuerto es silencioso. Creo que si hablamos, rompemos la magia con la tristeza y la incertidumbre que ambos guardamos en el pecho. La nieve cubre los campos a ambos lados de la carretera, y el cielo gris parece reflejar mi estado de ánimo. Logan conduce con una mano en el volante, la otra descansando sobre su muslo, y yo no puedo evitar mirar de reojo su perfil. Es perfecto, como si estuviera esculpido por un artista obsesionado con la simetría. Pero más allá de su físico, hay algo en él, una profundidad, una vulnerabilidad que me hace querer conocer cada rincón de su alma. Y eso es precisamente lo que me asusta.

Cuando llegamos al aeropuerto, él insiste en llevar mi maleta hasta el mostrador de facturación. Nos movemos en silencio, como si ambos supiéramos que no hay palabras que puedan aliviar lo que estamos sintiendo. Cuando llega el momento de despedirnos, nos detenemos junto al acceso a la zona de embarque.

—Entonces… supongo que esto es un adiós. —Mi voz tiembla ligeramente, y trato de no mirarlo directamente.

—No tiene por qué serlo, si no queremos. —Logan da un paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros—. Alicia, quiero verte de nuevo. No sé cómo ni cuándo, pero lo haré. Te lo prometo.

Sus palabras son sinceras, pero una parte de mí no puede evitar ser escéptica. Las promesas son fáciles de hacer, pero mucho más difíciles de cumplir. Aun así, no puedo evitar lanzarme a sus brazos, abrazándolo con fuerza mientras las lágrimas caen por mis mejillas. Nos besamos con lentitud y ansia al mismo tiempo, creando un recuerdo más que llevarme en la maleta.

—Yo también quiero verte —susurro contra su pecho, aferrándome a él como si pudiera retenerlo un poco más.

Logan me aparta ligeramente, solo lo suficiente para inclinarse y besarme otra vez. Es un beso suave, que contiene todas las emociones que ninguno de los dos puede expresar con palabras. Cuando se separa, apoya su frente contra la mía y cierra los ojos.

—Te escribiré, te llamaré, lo que sea. Todos los días, si hace falta. —Su voz es ronca, y siento el peso de sus palabras en mi pecho.

Asiento, con lágrimas en los ojos, incapaz de decir nada más. Miro la hora, es tarde. Con un último beso en los labios, me separo de él y me dirijo hacia la puerta de embarque. No miro hacia atrás. Si lo hago, sé que no seré capaz de irme.

El vuelo a Madrid transcurre en un estado de ensueño. Estoy feliz por todo lo que he vivido, pero también estoy triste porque ha sido tan corto, tan intenso. Cuando llego a mi piso, el silencio me resulta abrumador. Solo pienso en Logan: su risa, su voz, el vino sobre mi piel y sus labios, incluso el aroma de su colonia parece estar impregnado en mi ropa.

Los días pasan, y aunque intentamos mantenernos en contacto a través de mensajes y videollamadas, nada es igual sin él cerca. Cada vez que su rostro aparece en la pantalla de mi móvil, siento una mezcla de alegría y tristeza que no sé cómo manejar. Quiero tocarlo, oír su voz a mi lado, respirarlo… Porque aunque quiero creer que esto puede funcionar, me pregunto constantemente si no estamos intentando aferrarnos a algo que está destinado a desaparecer.

Y aun así, mis días transcurren esperando su próximo mensaje, su siguiente llamada, como una adolescente viviendo su primer amor. Porque, aunque esté a millas de kilómetros de distancia, Logan Aberdour ha dejado una marca en mi corazón que ninguna distancia podrá borrar.

CAPÍTULO 21

Logan

El despacho de mi padre siempre me ha parecido frío, incluso cuando la chimenea está encendida y las horribles cortinas de terciopelo rojo intentan dar una falsa calidez al ambiente. Hoy, más que nunca, la temperatura parece haber descendido unos grados. Mi padre, sentado en su enorme sillón de cuero detrás del escritorio de nogal, me mira con ese gesto que conozco tan bien. Es una mezcla de decepción y severidad, la clase de mirada que siempre ha tenido el poder de hacerme sentir como un niño pequeño que acaba de romper algo valioso.

—Logan, hijo —empieza, con ese tono condescendiente que tanto detesto—. No puedes seguir así. Estás distraído, ausente. Si piensas llevar esta empresa como se debe, tienes que estar al cien por cien. No hay lugar para distracciones. Y, francamente, no veo que tengas la garra que hay que tener para que mantengas y hagas crecer el legado empresarial que te voy a dejar.

Mi mandíbula se tensa al escuchar sus palabras, pero no digo nada todavía porque sé lo que viene a continuación.

—Y lo de Clarabella es una oportunidad que no puedes dejar escapar. —Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y entrelazando las manos—. Su padre es uno de nuestros principales inversores. Un matrimonio con ella no solo consolidaría nuestra relación con ellos, sino que también te daría estabilidad. Es lo que se espera de ti, Logan. Es lo que la familia Aberdour necesita. Tienes que centrarte de una vez y formar una familia.

Me quedo en silencio durante unos segundos, dejando que sus palabras se asienten, aunque mi respuesta ya está clara en mi cabeza.

—No, padre. —Mi tono es tan firme como tranquilo, porque lo he meditado mucho—. No voy a casarme con Clarabella. Ni con nadie que no elija por mí mismo. Y, definitivamente, no voy a convertir mi vida personal en una estrategia empresarial.

Su ceño se frunce y sé que estoy pisando terreno peligroso, pero no me contengo lo que tanto tiempo he guardado y añado:

—Y en cuanto a estar distraído, tal vez sea porque estoy harto de intentar ser el hombre que tú quieres que sea, en lugar de ser quien realmente soy. Eso me ha tenido despistado toda la vida hasta el punto de no saber cómo actuar para hacer lo correcto, y he decidido que voy a ser yo mismo, aunque te defraude.

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor, roto solo por el crepitar del fuego en la chimenea. Mi padre me observa, evaluando mis palabras como si estuviera considerando la próxima jugada en una partida de ajedrez. Sin retirar su mirada desafiante, se recuesta en su sillón con un suspiro pesado.

—Tú verás, Logan. Pero no olvides que toda decisión tiene sus consecuencias. Y espero que estés preparado para asumirlas cuando lleguen.

No respondo, solo lo miro. No hay nada más que decir. Me levanto y salgo del despacho, con sensación de haber ganado algo, no sé el qué, aliviado y frustrado también. Al menos esta vez he sido honesto conmigo mismo.

Al legar a casa mi madre me comunica que debe ir a Escocia a acompañar a Lady Aberdour, que se ha puesto enferma, y me pide que la acompañe. Tengo trabajo en Edimburgo y en Aberdeen, unas reuniones que pospongo porque volver a mi mansión de allí me trae recuerdos que no quiero revivir todavía. Sin embargo, mi madre me pone la ocasión en bandeja y rehago mi agenda para ir con ella y escapar de la influencia de mi padre por unos días.

El vuelo a Escocia con mi madre es un respiro que me aparta del aire enrarecido que dejo en Nueva York. Mi madre siempre ha sido diferente a mi padre: cálida, comprensiva y, sobre todo, directa. Mientras el avión sobrevuela las montañas cubiertas de nieve, noto que me observa de reojo, con esa mirada de madre que sabe más de lo que le hemos contado.

—¿Quieres decirme qué te pasa? —pregunta acorralándome en pleno vuelo, tras cerrar el libro que tenía en las manos. Un gesto que me dice que está ahí solo y exclusivamente para mí. Por su tono interpreto que no aceptará evasivas.

—No sé de qué hablas. —Intento evitar la pregunta, pero su mirada me detiene. Es imposible mentirle.

—Claro que lo sabes. —Deja el libro en la mesita plegable y se gira hacia mí—. He notado algo diferente en ti desde Navidad. Y no es solo por tu padre. Hay algo más. Alguien, tal vez. —Como no contesto, ella aprieta un poco más—. Hijo, se nota que estás enamorado. No me puedes engañar.

Miro por la ventana, observo cómo las nubes se dispersan y el paisaje escocés aparece bajo nosotros. Suspiro y giro la cabeza hacia ella.

—Hay alguien, sí. —Mis palabras son apenas un susurro. Me cuesta hablar de ello porque al hacerlo se hace más real y yo lo que quiero es olvidarme. Demasiado complicado—. Se llama Alicia. Es… diferente. Inteligente, apasionada, divertida… Y cada vez que pienso en ella, siento como si todo lo demás perdiera importancia. Es algo extraño, ¿no crees?

Mi madre sonríe y sus ojos brillan de ilusión.

—Y ¿por qué no estás con ella ahora? —pregunta, mirándome a los ojos.

—Porque nuestras vidas son complicadas. Yo estoy entre Nueva York y Escocia, con muchas responsabilidades que no me dejan tiempo libre, ella está en Madrid. Y… —me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Porque estoy empezando a darme cuenta de que la quiero. Y eso me asusta.

Mi madre extiende una mano y la coloca sobre la mía, apretando ligeramente.

—Logan, ¿te he contado alguna vez cómo conocí a tu padre? —pregunta, y yo niego con la cabeza, intrigado.

—Era una camarera en un pequeño restaurante de Edimburgo, propiedad de mi familia. No quería quedarme allí para siempre y estudié negocios internacionales, donde nos conocimos. Mi

vida no tenía nada que ver con la vida de lujo de tu padre. Pero cuando me miró por primera vez, sentí que no importaba quiénes éramos ni de dónde veníamos. Y aunque ha habido momentos difíciles, no me arrepiento de haber seguido mi corazón. Tú tampoco deberías hacerlo.

Sus palabras me golpearon con una claridad que no esperaba. Asiento lentamente, y aunque no digo nada, sé que ella entiende lo que siento. Porque, en el fondo, también sabe que Alicia no es alguien a quien pueda olvidar fácilmente.

Cuando llegamos a Escocia, la preocupación por mi tía Lady Aberdour nos ocupa gran parte del día. Su salud ha empeorado y, aunque intenta mantener su dignidad, la hospitalización es inevitable. Verla tan frágil me afecta bastante y sé que necesita nuestro apoyo más que nunca. Después de dejarla instalada en el hospital acompañada por mi madre, decido pasar la tarde con Fer y Duncan.

Al llegar a su casita, el ambiente cálido y acogedor me envuelve de inmediato. Fer, con su sonrisa traviesa y su humor afilado, me recibe con un abrazo. Duncan, siempre tan atento, nos sirve té mientras nos ponemos al día.

—¡Qué bien te veo! Ni cojeas ya.

—Increíble, ¿verdad? Hasta podría bailar claqué —bromea dando unos saltitos para demostrarme que su pierna está en perfecto estado.

—Ali no está bien, ¿sabes? —dice Fer de repente, rompiendo el ritmo de la conversación que manteníamos sobre asuntos de la casa. Lo dice con tanta naturalidad que me deja sin palabras—. Para mí que la dejaste algo tocada —añade al tiempo que se lleva un dedo al corazón y siento que mi cara refleja los grados que me ha subido la temperatura corporal al pensar en ella.

—¿De verdad? —pregunto con un tono que pretende ser despreocupado, pero mi voz me traiciona.

—¿Qué te crees? —Fer se ríe y apoya los codos en las rodillas, acercándose a mí para mirarme a los ojos—. Mi hermana es buena ocultando lo que siente, pero yo la conozco mejor que nadie. Y si no me equivoco, en tu mirada leo que tú sientes lo mismo. Si es así, deberías hacer algo al respecto. Antes de que sea tarde.

Duncan asiente en silencio, con una sonrisa amable. No necesito más empujones. Decidido que trabajaré hasta el agotamiento en Edimburgo esta semana, pero solo para poder adelantarlo todo y volar a Madrid. Porque, como dice mi madre, algunas personas valen cualquier complicación. Y Alicia es una de ellas.

Me lo tomo tan en serio que la primera luz del amanecer me encuentra trabajando. Su resplandor entra por la ventana de mi despacho en Edimburgo, pintando la madera oscura del escritorio con un tono cálido que contrasta con el peso frío en mi pecho. Las pantallas del ordenador están llenas de correos sin responder y gráficos que requieren toda mi atención, pero mi mente está en otro lugar. Llevo días intentando organizar mi agenda, buscando un hueco para volar a Madrid, pero el trabajo parece multiplicarse por momentos, sobre todo desde que mi padre delega más en mí como si lo hiciera a propósito. Es imposible escaparme ahora. No consigo terminar nada a tiempo y, cada vez que creo que estoy más cerca de conseguir dos días libres, surge una nueva reunión, una nueva crisis, algo que me arrastra de vuelta a esta silla. La frustración me consume.

Quiero ver a Alicia, sorprenderla con una visita, pero todo conspira para mantenerme atado al conglomerado empresarial de los Aberdour.

Cuando parece que todo está en orden en Edimburgo y Aberdeen, me reclaman con urgencia en Nueva York, donde vivo realmente aunque no lo parezca por el tiempo que he pasado en Escocia desde que llegué de Aspen. Llego a mi ático exhausto, sin poder disfrutar de las comodidades que me suele ofrecer. Me derrumbo en el sofá y dejo escapar un suspiro mientras paso una mano por mi cabello, desordenándolo aún más de lo que ya está. No debería estar tan afectado, pero lo estoy. Madrid está a más horas de vuelo de las que estaba en Edimburgo y Alicia está ahora tan lejos que me parece un sueño. Pienso en su sonrisa, en cómo me miró la última vez que estuve con ella, en lo difícil que fue despedirnos en el aeropuerto. Y aunque nos mantenemos en contacto, la diferencia horaria y mi agenda interminable han convertido esas llamadas en un ejercicio de paciencia y añoranza. La echo de menos a pesar de la distancia, y sé que su voz, aunque cálida y llena de ánimo, no puede reemplazar su presencia.

El teléfono vibra en mi mesa del despacho de Manhattan un día después de mi llegada a la ciudad. Lo ignoro. No tengo energía para más problemas ahora. Las luces de la ciudad empiezan a encenderse mientras el sol desaparece tras los edificios, y yo sigo aquí, atrapado en esta oficina que cada vez me parece más como una prisión. Quiero dejarlo todo y subirme al primer avión, pero el peso de mis responsabilidades me mantiene anclado.

Dos días después, llega una llamada que me corta el aliento. Mi madre, con la voz temblorosa, me da la noticia que sabíamos que llegaría, pero que ninguno estaba preparado para enfrentar. Mi tía acaba de fallecer. Lady Aberdour, la mujer que siempre había sido un pilar en nuestra familia, ya no está. La noticia me golpea con más fuerza de la que esperaba, llenándome de un vacío que no sé cómo gestionar. Ella siempre tuvo una fuerza que parecía inquebrantable, incluso en sus últimos días, y ahora esa presencia se ha desvanecido.

El viaje de vuelta a Escocia lo hago en completo silencio, pensando en la fugacidad de la vida que, al menos a mí, se me está escapando con tantas responsabilidades. Las montañas, apenas cubiertas de nieve al comienzo de la primavera, pasan como un borrón por la ventana del tren, mientras mi mente viaja a los recuerdos de mi infancia en el castillo. Mi tía solía contarme historias junto al fuego, con su voz firme y su mirada astuta, siempre con un comentario sarcástico que me hacía reír. Cuando llego, el frío es lo primero que me recibe, un frío húmedo que me cala los huesos. El castillo está en silencio, salvo por los murmullos de los familiares que han llegado para el funeral. Mi madre me abraza en la entrada, y su fuerza es la única cosa que me sostiene en este momento. La veo más frágil de lo habitual, pero aún mantiene su elegancia, como siempre.

Dentro, el salón principal está lleno de caras familiares y desconocidas, todos con expresiones sombrías. El calor de la chimenea apenas alivia la tensión en el aire. Me muevo entre ellos, ofreciendo palabras de consuelo vacías, mientras una parte de mí desea estar en cualquier otro lugar. Mi padre me encuentra junto a una de las ventanas, observando el paisaje blanco que se extiende más allá del castillo. Lleva una copa de whisky en la mano y una expresión diferente que se mezcla con la tristeza que debe de sentir.

—Tenemos que hablar —anuncia, con esa autoridad que siempre ha usado conmigo, como si sus palabras fueran órdenes incuestionables.

Lo sigo hasta el despacho de mi tía. Las paredes están cubiertas de estanterías llenas de libros

que probablemente nadie ha leído, y la mesa de caoba en el centro parece más grande de lo necesario para una mujer menuda que había delegado casi todas sus tareas en la empresa. Me ofrece una copa, que rechazo, y se sienta detrás del escritorio, observándome con la mirada calculadora que siempre me ha puesto en guardia.

—Tu tía te lo ha dejado todo. El castillo, las tierras, las cuentas. Eres el único heredero. —Su voz es firme, como si estuviera dictando una sentencia.

Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir. Siempre supe que este momento llegaría, pero escucharlo en voz alta lo hace más real, y siento un gran peso que me aplasta el pecho, por la ausencia de mi tía, por las responsabilidades que sumo a las que ya tengo y porque, como me temía, ha dejado fuera a mi hermana.

—Es una gran responsabilidad, Logan, que sumas a mi parte de la empresa que ya estás dirigiendo a efectos prácticos. Tu tía y yo trabajábamos juntos, aunque yo fuera la cabeza visible. Ahora es todo tuyo. Y no puedes hacerlo solo. —Hace una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Es hora de que formes una familia. Necesitas una esposa, alguien que te ayude a llevar este legado. Clarabella es la opción lógica. Su familia y la nuestra han trabajado juntas durante años, conoce los negocios y será la compañera ideal para aligerar este peso. Esto es lo que esperamos de ti.

—No voy a casarme con Clarabella. —Mi respuesta es inmediata, y mi tono no deja lugar a dudas.

—Logan, esto no es solo por ti. Es por la familia. Por nuestro nombre. Necesitas estabilidad, y Clarabella puede dártela.

—No lo entiendes, padre. No quiero estabilidad. Quiero… el amor verdadero, como tú. Y no voy a convertir mi vida en un contrato comercial. Si necesito ayuda, la contrataré, no me casaré con ella. —Mi voz es más fuerte ahora, llena de una ira escondida en sarcasmo que he estado reprimiendo durante años—. ¿Por qué si tú lo hiciste no me lo permites a mí?

El silencio que sigue es tenso, y puedo sentir su desaprobación como una presión física. Pero no cedo. Esta vez no. Ya he sacrificado demasiado por esta familia.

Cuando salgo del despacho, necesito aire. Cruzo el jardín cubierto hasta el invernadero, un lugar que mi tía cuidaba con devoción. Ahora está vacío, y siento que no debo abandonarlo para que siga siendo un refugio. Me siento en uno de los bancos de hierro forjado y dejo que el frío me envuelva. Pienso en Alicia, en cómo su sonrisa podría calentar incluso este lugar. Quiero llamarla, escuchar su voz, pero no sé qué decir. Todo parece tan complicado, tan insuperable. El funeral es sobrio, con un cielo gris que parece llorar junto a nosotros. Los rostros serios de los invitados se mezclan con el sonido del viento que atraviesa los campos. Me mantengo en silencio, llevando el peso del legado que ahora recae sobre mis hombros, mientras mi mente sigue volviendo a Madrid, a ella.

Después del funeral, regreso a mi despacho en Edimburgo sin pasar por mi casa ni haber visitado a Fer y a Duncan, a quienes vi de lejos en la iglesia, pero no llegué a saludar. Necesito gestionar todos los documentos lo antes posible y arreglar mi nueva situación, más complicada que la anterior, para lo que llamo a mis abogados. Trabajo sin descanso, tratando de adelantar todo lo posible, con la esperanza de poner todo en orden, y escaparme, aunque sea por unos días. Sin embargo, la carga parece interminable, y siento que la distancia entre Alicia y yo se hace

cada vez más grande.

CAPÍTULO 22

Alicia

—¿Me lo dices en serio? —La emoción se me escapa en un susurro, mientras sostengo el móvil con una mano y el café con la otra. Desde la terraza de mi piso en Madrid, rodeada por el suave rumor de la ciudad que comienza a desperezarse, hablo con la representante de una de las asociaciones de promoción del vino español más importantes del país.

—Así es, Alicia. Creemos que eres la persona ideal para este trabajo. —Su voz suena con más entusiasmo que el mío al otro lado del teléfono—. ¿Te lo imaginas? Un evento internacional sobre vinos españoles, en pleno corazón de Escocia. Catas, charlas, encuentros con bodegueros y hosteleros… Y queremos que lo coordines. Nadie mejor que tú para representarnos allí.

Me quedo callada un momento, procesando lo que acabo de escuchar. Edimburgo. Las emociones se me amontonan en el pecho, y no sé si es por la oportunidad laboral o por el nombre de esa ciudad que ahora lleva consigo tantos recuerdos. Intento apartar esos pensamientos mientras respondo.

—Vale, sí, ¿por qué no? —acepto al fin. Es una oportunidad y un subidón que hayan pensado en mí para este evento tan importante—. Envíame los detalles por correo electrónico y hablamos para cerrar todo.

Cuelgo con un leve temblor en las manos y, casi sin pensarlo, marco el número de Fer. Su voz me responde al segundo tono.

—¿En Edimburgo? ¡Esto es increíble, Ali! —exclama cuando le cuento la noticia, y puedo escuchar el sonido de una taza chocando contra la encimera. Seguro que está en la cocina, como siempre.

—Lo sé, pero estoy un poco nerviosa. Va a ser mucho trabajo y… —Hago una pausa, porque no quiero admitir lo que realmente me preocupa. Fer no deja que me quede callada demasiado tiempo.

—Y nada, peque. ¡Es una oportunidad maravillosa! —En su voz hay un matiz de firmeza que me transmite seguridad—. Además, no hay mejor excusa para venir a vernos. Duncan y yo te vamos a mimar un poco antes de que empieces con el estrés del evento. ¿Cuándo llegas?

—El viernes. Pasaré a veros el fin de semana, te lo prometo. —Sonrío, aunque sé que él percibe en mi tono lo que no llego a confesar.

—¿Y Logan? ¿Le vas a decir que estarás aquí? —pregunta, con tanta curiosidad y picardía que hace que mi estómago se tense.

—No creo que sea buena idea. Está en Nueva York, ocupadísimo con su trabajo. Apenas

hablamos últimamente. Y además, no quiero molestarle ni yo puedo distraerme. Esto es trabajo, Fer, no voy de vacaciones, y tengo que estar a *full*.

—Claro, lo entiendo… —Noto algo de sarcasmo, pero agradezco que no insista, aunque no necesita hacerlo porque ya ha plantado la semilla de la duda en mi mente.

El viaje a Edimburgo llega antes de que pueda procesar del todo lo que significa. Me alojo en un pequeño hotel en el centro de la ciudad, rodeado por edificios de piedra oscura y el aire frío y húmedo que parece impregnarlo todo. La primera semana es un torbellino de reuniones, preparativos y horarios interminables, pero logro sacar algo de tiempo para visitar a Fer y Duncan. Su casita es tan acogedora como la recordaba, con el aroma a café y galletas caseras que llenan el aire.

—Estás hecha un torbellino, peque. —Fer me observa mientras devoro una de las galletas que Duncan acaba de sacar del horno. Su mirada tiene el brillo de la curiosidad y sé que me quiere decir algo.

—Sí, bueno, el trabajo no me deja mucho tiempo para pensar en nada más. Son muchos detalles a tener en cuenta para que todo salga bien. Me juego mi prestigio, no lo olvides. —Sonrío, pero sé que él nota lo que oculto detrás de mis palabras.

—¿Al final no llamaste a Logan? —Deja su taza sobre la mesa y aprovecha para escrutar en mi mirada, que bajo para que no pueda leer en mis ojos.

—Supongo que está ocupado. No hemos hablado mucho últimamente.

—Ya, ocupado. —Fer pone los ojos en blanco y me lanza una mirada significativa—. Hazme caso, Ali. Si realmente te importa, no dejes que todo esto se enfríe. La vida es demasiado corta para dejar pasar al amor de tu vida. Lo sé bien.

Le sonrío, pero no respondo. Porque no sé qué decir. Tampoco estoy segura de que Logan sea el amor de mi vida. Han pasado varios meses y sus caricias o sus besos por mi piel son un recuerdo cada vez más lejano.

La semana del evento comienza con fuerza. Las primeras charlas y catas son un éxito, y aunque estoy agotada, me siento orgullosa de cómo está saliendo todo. Llega el miércoles, el día de la cata abierta al público, y estoy en una de las mesas preparando las botellas, con la espalda hacia la entrada, cuando una voz conocida me paraliza.

—Ninguna de estas catas puede superar una cata a ciegas el día de fin de año. —Mi corazón se detiene por un segundo. Las piernas parecen de gelatina y siento como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Me giro lentamente, casi temiendo que mi imaginación me haya jugado una mala pasada, pero ahí está él, con el abrigo oscuro y una sonrisa ladeada. Su mirada color miel se enreda con la mía, y siento una mezcla de alegría, sorpresa y nervios. Muchos nervios.

—Logan… —susurro, todavía sin creerlo.

—¿Te sorprende verme aquí? —Su sonrisa se amplía, y hay algo en su mirada que me hace olvidar el agotamiento de los últimos días—. No podía perderme esto. Aunque me hubiera gustado enterarme por ti —añade con una sonrisa que me indica que no está enfadado.

Antes de que pueda responder, una de las azafatas, ajena a todo lo que arde entre nosotros, se

acerca y lo guía hacia su lugar para la cata. Él me lanza un guiño antes de seguirla, y yo intento concentrarme en lo que estoy haciendo, a pesar de que mi mente está al otro lado del salón.

La cata transcurre sin problemas, aunque siento su mirada sobre mí en más de una ocasión. Cuando todo termina, me espera junto a la salida, con las manos en los bolsillos y una sonrisa que podría derretir la nieve de las montañas.

—¿Te apetece cenar? —pregunta, como si fuera lo más natural del mundo y nos hubiéramos visto el día anterior.

Acepto sin dudarlo, y me lleva a un restaurante pequeño y acogedor, con luces cálidas y una chimenea que añade un toque de intimidad. Durante la cena, me cuenta lo mucho que me ha echado de menos, lo difícil que ha sido todo desde que falleció su tía y cómo su padre parece haber hecho todo lo posible para mantenerlo ocupado y separado de mí.

—Lo siento, Ali. De verdad. No quería que pareciera que no me importabas, pero… ha sido un caos. —Su voz es sincera, y puedo ver el cansancio en sus ojos.

—Lo sé, Logan. —Le pongo una mano sobre la suya, apretándola suavemente—. Yo también te he echado de menos.

Seguimos hablando un largo rato como si el tiempo y la distancia no hubieran existido, como si cada palabra y cada una de las sonrisas con la que nos miramos, cerrara la brecha que nos ha separado durante semanas. Logan está más relajado que nunca, su risa cálida y contagiosa ilumina el ambiente del restaurante. Nos quedamos hasta que somos prácticamente los últimos clientes, con las copas de vino vacías y los platos retirados hace rato. Pero ninguno de los dos parece querer moverse. Me siento embriagada, no solo por el vino, sino por él, por la forma en que me mira, como si yo fuera lo único que importara en ese momento.

Cuando salimos, el aire frío de la noche me hiela el rostro, pero Logan está junto a mí y en un instante, coloca mi abrigo sobre los hombros antes de que pueda protestar. Un gesto muy sencillo que me desarma por completo. Caminamos hacia el hotel abrazados por la cintura, comentando anécdotas del evento que nos hacen reír. A medida que nos acercamos, siento que la tensión entre nosotros crece, como una energía que late en el aire y que sabe a promesa. Al entrar en la habitación del hotel, no hace falta decir nada más. La puerta se cierra tras nosotros, y el silencio se llena de una expectación que me hace contener la respiración. Logan deja sus llaves y su teléfono en la mesa junto a la entrada, sus movimientos son lentos, casi deliberados, como si quisiera alargar el momento. Me quedo de pie, mirando cómo se quita el abrigo y lo deja sobre la butaca, y admiro su figura alta y elegante, recortada contra la luz tenue de la lámpara de la mesilla. Se gira hacia mí, recorriendo mi cuerpo con sus ojos color miel y siento que su mirada es de una intensidad que va más allá del deseo, como si quisiera memorizar cada detalle de este momento.

—Ali… —dice mi nombre con una voz grave que me atraviesa por completo, y entonces ya no puedo esperar más.

Doy un paso hacia él, y en un instante sus brazos están a mi alrededor, fuertes y seguros, atrayéndome contra su cuerpo. Nuestros labios se encuentran con una urgencia que hace que el mundo exterior desaparezca. Es un beso que no solo busca lo que una vez fue, sino que reclama, como si estuviéramos tratando de recuperar todo el tiempo que hemos perdido. Sus manos se deslizan por mi espalda, subiendo hacia mi nuca para inclinar mi cabeza y profundizar el beso.

Su cuerpo, cálido y sólido, es un ancla que me mantiene firme mientras mis dedos se enredan en su cabello. Retrocedo lentamente hacia la cama, sin dejar de besarlo, y siento cómo sus manos encuentran la cremallera de mi vestido. La baja con una facilidad que me hace sonreír entre el beso, y cuando el tejido cae al suelo, él se aparta lo suficiente para mirarme. Su respiración es agitada, y la forma en que sus ojos recorren mi cuerpo hace que mi piel se caliente al instante.

—Eres preciosa. —Su voz es un susurro lleno de admiración, y esas dos palabras me hacen sentir como si pudiera conquistar el mundo.

Llevo mis manos a los botones de su camisa, desabrochándolos uno a uno mientras nuestros ojos permanecen conectados. Cada movimiento es lento, deliberado, como si ambos supiéramos que no queremos apresurar este momento. Deslizo la camisa por sus hombros, y mis manos se detienen un segundo en su pecho, donde siento el calor de su piel bajo mis dedos y la fuerza de los músculos que se tensan ligeramente con mis caricias. Nos tumbamos en la cama, la suavidad de las sábanas contrasta con la firmeza de su cuerpo mientras me rodea con los brazos. Sus labios encuentran mi cuello, y dejan un rastro de besos que me hace arquear la espalda y soltar un gemido bajo. Sus manos exploran cada rincón de mi piel, dibujando caminos que solo él conoce. Sus caricias me hacen sentir viva, que estoy aquí, con él.

Mis manos también se mueven para recorrerle la espalda, los hombros, cada parte de él que puedo alcanzar. Quiero grabarme este momento con todo detalle y sensación. Su piel contra la mía, el sonido de su respiración, la forma en que su corazón late con fuerza bajo mi palma. Es un baile lento y apasionado, una conexión que va más allá de lo físico. Logan se une a mí con una estocada certera que me hace vibrar, es como si el mundo se detuviera. Sentirlo dentro, amoldándose a mí, marcando un ritmo frenético que me excita con cada empuje, me llena de plenitud y de ansiedad. Porque no deseo que pare. Sus movimientos, el susurro de su voz acariciando mi cuello, su mirada de devoción…, todo me embriaga con una intimidad que nunca había experimentado antes. Es más que deseo; es una necesidad, una urgencia de estar juntos, de pertenecer el uno al otro en este momento y para siempre.

Logan se deshace sobre mí, me besa junto a la oreja con la respiración jadeante, y lo rodeo con el brazo. No quiero separarme de él. Lo sé con más claridad que nunca, pero no lo digo. Permanecemos tumbados uno junto al otro, con su brazo alrededor de mí y mi cabeza apoyada en su pecho. Con la mano dibuja círculos perezosos en mi espalda, y su respiración, lenta y profunda, me envuelve en una sensación de calma que solo he logrado sentir con él.

—Ali… —creo que va a decir algo importante, pero cuando levanto la cabeza para mirarlo, solo me sonríe y me besa suavemente en la frente y luego en los labios. Su lengua encuentra la mía de nuevo y nos volvemos a enredar entre las sábanas hasta bien entrada la noche.

El último día del evento es intenso, pero Logan se asegura de estar ahí para despedirse de mí antes de que termine. No puede quedarse conmigo porque debe ir a trabajar, pero me sugiere que pase el fin de semana con él en la mansión y, aunque al principio me resisto, insistiendo en que ya tengo mi billete de avión para volver, él simplemente lo cambia sin darme opción. El sábado por la mañana, me recoge en el hotel y me lleva a su casa, donde pasamos el día relajados, recordando en la bodega de la casa los momentos vividos en ella. Esa noche, cenamos con Fer y Duncan, que nos deleitan con todo tipo de manjares y anécdotas divertidas. Pero el domingo es aún más especial.

Logan me lleva al castillo de su tía que ahora es suyo. Mientras caminamos por los pasillos,

me cuenta sus planes para el lugar, aunque todavía no entra en detalles. Su padre espera que se traslade a vivir en él, pero no quiere. Prefiere su casa y por eso habla de convertirlo en algo que beneficie al pueblo, en un espacio que honre el legado de su tía y, al mismo tiempo, sea útil para la comunidad. Mientras me muestra la cocina, los salones y la que podría ser una bodega, noto la pasión en su voz, la forma en que sus ojos brillan cuando habla de sus ideas.

En uno de los salones, con la luz del atardecer entrando por las grandes ventanas, se detiene y me toma de la mano.

—¿Te gustan mis ideas? Solo lo haré si quieres ser parte de ello. Conmigo.

No sé qué responder. Solo sé que, en este momento, no quiero estar en ningún otro lugar. Sus labios encuentran los míos, y el resto del mundo desaparece. No hay castillo, ni trabajo, ni nada más que el deseo de volver a ser uno en el otro. Quiero con toda mi alma que me vuelva a tocar, que me bese y no deje de hacerlo. Y es justo lo que hace, casi sin desvestirnos y con la avidez de sentirnos. Siento el calor de su boca cerca de mi oreja, luego en la mejilla y al final en mi boca. Me muerde el labio inferior antes de que su lengua encuentre la mía en un beso intenso. Le clavo los dedos en la espalda y me arqueo hacia atrás cuando me invade con su placer. Agarrado a mi cintura para acompasar los movimientos. Lo siento latir en mi interior, con la excitación en cada poro de mi piel. Me oigo gritar *más, más, más,* cuando sus caderas chocan con la mía y grita con desgarro cuando llega al éxtasis. Nunca pensé que el mejor orgasmo de mi vida, hasta ese momento, lo tendría en el salón de un castillo, y por la respiración agitada de Logan y la sonrisa de su rostro, sé que él siente lo mismo.

EPILOGO

LOGAN

El aire fresco del verano escocés acaricia mi rostro mientras camino hacia la entrada principal del castillo. Es un día especial, uno de esos días que amanecen llenos de magia, como si el universo mismo estuviera conspirando para que todo salga perfecto. Las banderas ondean suavemente al viento en lo alto de las torres, y el olor a flores frescas llega desde los jardines, donde un grupo de jardineros se afanan en dar los últimos toques. Mi corazón late con fuerza, pero no de nerviosismo. Es pura emoción. Hoy es el día de la inauguración de la bodega del castillo, el proyecto que Alicia ha convertido en realidad y que, sin duda, será un éxito. Pero más que eso, hoy es una celebración de lo que hemos construido juntos, en todos los sentidos.

Dentro, el salón principal está lleno de actividad. Camareros se mueven con bandejas de copas relucientes, los chefs terminan de ultimar los aperitivos en la cocina, y los organizadores, bajo el mando de Ali, ajustan los últimos detalles de las mesas. Los tonos cálidos de las paredes, combinados con los muebles de madera oscura y las lámparas colgantes, crean un ambiente acogedor y elegante que parece salido de un cuento de hadas. Pero el verdadero espectáculo está en la bodega, que ha sido restaurada con una mezcla perfecta de modernidad y tradición. Los barriles antiguos conviven con estanterías modernas llenas de botellas de vino, y la iluminación tenue resalta la belleza de las paredes de piedra.

Cuando llego a la entrada de la bodega, me detengo un momento para admirar el cartel que cuelga sobre la puerta: «Sala de vinos Aberdour». Alicia insistió en que el nombre debía reflejar la historia del lugar, y no podría estar más de acuerdo. Es un homenaje a nuestra familia, pero también un guiño al futuro.

—¿Qué haces ahí plantado como un árbol? —La voz de Alicia suena detrás de mí, llena de calidez y un toque de burla que nunca deja de hacerme sonreír.

Me giro y ahí está ella, tan impresionante como siempre. Lleva un vestido midi de color burdeos, que resalta el brillo de su piel y sus ojos llenos de vida. Ha recogido el cabello en un moño bajo, con algunos mechones sueltos que enmarcan su rostro, y lleva unos pendientes de oro pequeños y elegantes con forma de racimos de uva, regalo de inauguración, que capturan la poca luz escocesa. Como siempre, su sonrisa tiene algo especial que me desarma.

—Solo estoy admirando tu obra maestra —respondo, a la vez que me acerco a ella para tomar sus manos en las mías. Están ligeramente frías, pero su tacto siempre me reconforta—. Todo está perfecto, Ali. Tú estás perfecta.

Ella se ríe levemente, aunque puedo ver que mis palabras le llegan. Siempre intenta parecer modesta, pero sé cuánto significa este día para ella.

—Bueno, espero que los invitados piensen lo mismo. —Se inclina ligeramente hacia adelante,

susurrando en tono conspirador—. Aunque creo que algunos solo vienen por el vino español.

—Eso es porque no saben que el verdadero tesoro eres tú. —Le guiño un ojo, y ella sacude la cabeza, riéndose mientras me da un ligero empujón en el hombro.

—Eres un borde incorregible, Logan Aberdour.

—Y tú me adoras por ello.

—Tal vez —admite, con una sonrisa traviesa.

La gente comienza a llegar poco después, y el lugar se llena rápidamente de conversaciones animadas y el tintineo de copas. Fer y Duncan son de los primeros en aparecer, como siempre puntuales y llenos de energía. Fer lleva un traje gris claro en contraste con la camisa azul que resalta el brillo en sus ojos. Duncan, por su parte, opta por algo más informal: una chaqueta de tweed marrón y unos pantalones beige. Ambos parecen radiantes y no dejan de bromear mientras me abrazan y felicitan.

—¿Quién iba a decir que mi hermana terminaría siendo la reina del castillo? —bromea Fer, lanzándome una mirada significativa.

—¿Reina? —interviene Duncan, riendo mientras toma una copa de vino—. Yo diría que es más como la emperatriz del vino.

Alicia, que está cerca, gira los ojos con una sonrisa, pero puedo ver el orgullo en su rostro.

La inauguración transcurre sin problemas, cada detalle ha sido cuidadosamente planeado por Alicia y su equipo. Hay catas de vino y whisky, charlas sobre la historia de la bodega y hasta un pequeño mercado con productos locales que ha organizado en el patio trasero del castillo. Los invitados se mueven entre las mesas, probando quesos y panes artesanales mientras comentan lo impresionante que es el lugar. Y todo el tiempo, mis ojos vuelven a ella, como si fuera un imán del que no puedo apartarme.

En un momento dado, la encuentro hablando con mi hermana, Emma, que ha venido desde Nueva York con su marido. Emma lleva un vestido negro clásico que siempre la hace parecer sacada de una portada de revista, y está gesticulando emocionada mientras Alicia escucha con atención. Verlas juntas me llena de una extraña sensación de calma y gratitud. Emma, que al principio no estaba del todo convencida de mi relación con Alicia, ahora parece haber cambiado completamente de opinión.

—No la dejes escapar, Logan. —La voz de Emma me saca de mis pensamientos. Se ha acercado sin que me diera cuenta, con una copa de vino en la mano y una sonrisa cómplice en el rostro.

—No planeo hacerlo. —Mi respuesta es inmediata y sincera.

Emma sonríe y asiente, y su cara de felicidad me lo dice todo. Pasamos por un momento malo cuando vimos que mi padre no contaba con ella para que formara parte de la empresa, pero Emma es muy lista y estaba deseando trabajar como ya lo hacía yo. Cuando todo lo de mi padre y lo de mi tía pasó a mis manos, la llamé para ofrecerle ser la CEO de la filial de Nueva York. Sus ojos se iluminaron como nunca antes había visto. Ella adora Nueva York, su marido, Mike, es de allí y pude arreglarlo de forma que fuera bien para todos, a pesar de las reticencias de mi padre. Ahora solo viajo de vez en cuando para coordinar y supervisar, aunque Emma se vale sola

y pronto no me necesitará para nada. La central sigue en Edimburgo, desde donde gestiono sin tener que alejarme de la mansión y de Alicia. Antes de que pueda decirle algo más a mi hermana, se aleja, y me quedo observando todo lo que hemos logrado en pocos meses.

Cuando llevé a Ali a conocer el castillo, le fui dando ideas sobre como convertir parte de él en una zona para eventos gastronómicos, junto a una bodega que gestionaría ella. Enseguida se puso en contacto con bodegueros españoles y de otros países para organizarlo todo y ya tenemos la agenda llena para los próximos doce meses, incluida la fecha de nuestra boda en fin de año, como no podía ser de otra forma. Nos da igual si vienen pocas personas por ser Nochevieja, esa es ahora nuestra fecha favorita en el calendario.

El evento llega a su fin, la mayoría de los invitados se han ido, y el castillo vuelve a estar tranquilo. Salgo a la terraza, para disfrutar de una copa de vino bajo el cielo estrellado, cuando siento que Ali se acerca. Llega envuelta en un chal de lana, se ha soltado el moño y se ha quitado los tacones. Se apoya en la barandilla junto a mí, mirando las luces del pueblo en la distancia.

—Ha sido un buen día, conde de Aberdour.

—Ha sido un día perfecto. ¿Satisfecha? —respondo, girándome hacia ella para tomar su mano.

—Satisfecha y terriblemente cansada. Gracias —grita mirando al cielo con las palmas de las manos hacia arriba, y noto que se le escapa una risita.

—¿Por qué das gracias al cielo?

—Porque no has resultado ser tan borde como parecías.

Me mira, y en sus ojos veo todo lo que necesito saber. No hace falta añadir más palabras porque en este momento, bajo este cielo, con ella a mi lado, todo está exactamente donde debería estar. Y sé que el futuro, con sus retos y sus alegrías, será igualmente perfecto si lo comparto con ella.

Jamás el dicho de «año nuevo, vida nueva» tuvo tanto sentido como aquella vez. Todo comenzó con un tropiezo absurdo en una tienda y terminó con la mayor de las sorpresas: una Nochevieja que trastocó todo mi mundo, lo llenó de luz y me devolvió las ganas de vivir, regalándome el mayor de los tesoros: ella.

♥♥♥♥♥♥

GRACIAS

por leer esta historia que a mí me ha fascinado escribir. Si quieres, me harás un gran favor dejando tu reseña en Amazon:



¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

Te dejo con los primeros capítulos de ***Pasión en el Paraíso.***

SINOPSIS

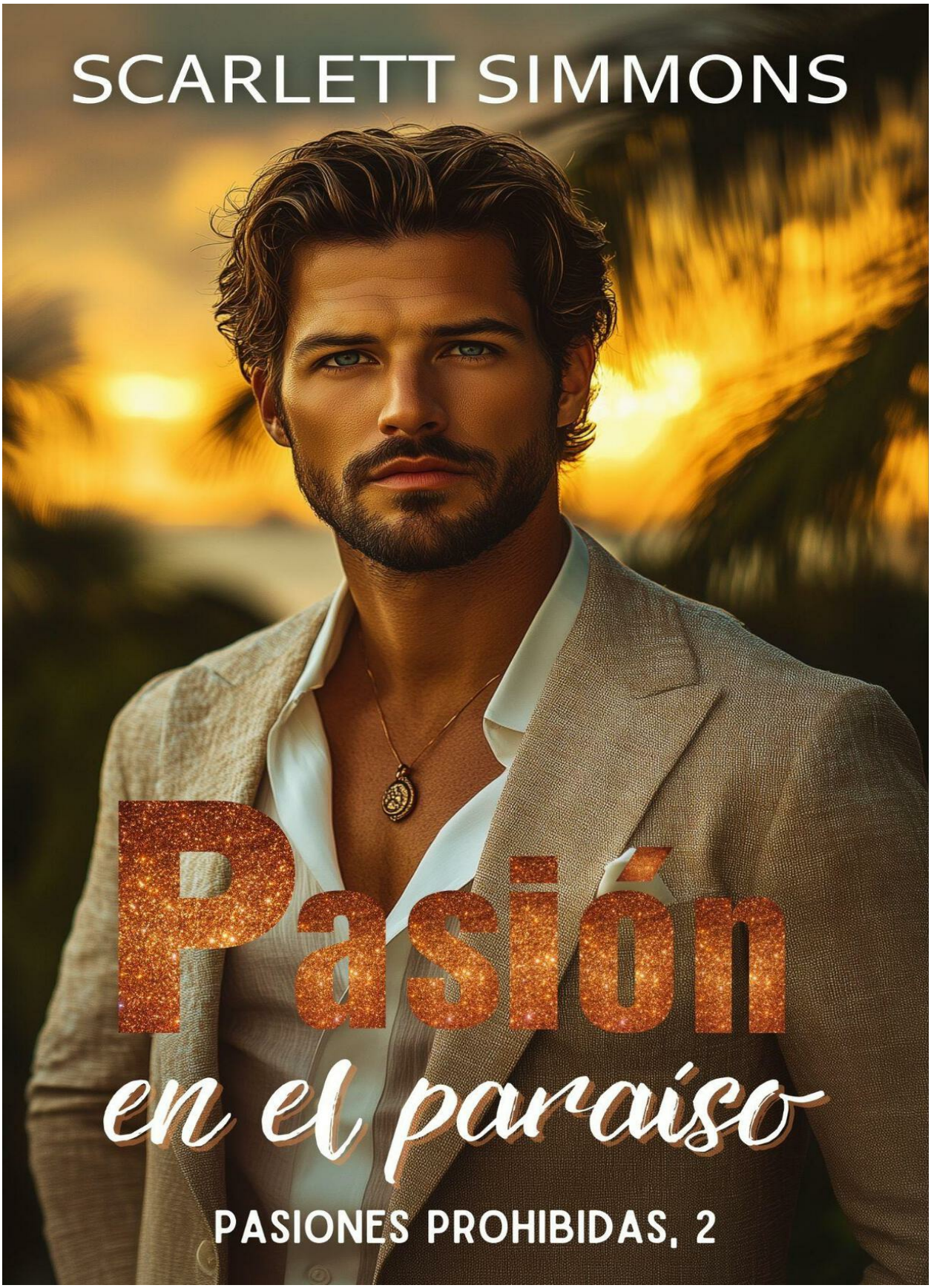
Cuando Julia acepta la invitación a la boda de su prima en la idílica isla de Bora Bora, no imagina que su ex, Ryan, será el padrino de la ceremonia. Para evitar la incomodidad de enfrentarse a él sola, Julia contrata a Alex, un guapo y seductor novio de alquiler. Lo que debería ser una escapada romántica se convierte en una tormenta de emociones cuando Ryan reaparece en su vida, reavivando viejas pasiones y complicando sus planes.

Atrapados en un entorno tropical de ensueño, Julia y Ryan deben enfrentar su turbulento pasado y los sentimientos no resueltos que resurgen con fuerza. Mientras tanto, Alex tiene sus propios planes, lo que solo añade más caos a la situación.

Con descripciones exquisitas de Bora Bora y un juego constante de pasión contenida, ***Pasión en el Paraíso*** es una historia que combina romance, deseo y la lucha interna entre el amor y el orgullo. Perfecta para los lectores de romance contemporáneo que buscan una novela cargada de sensualidad y emociones intensas.

Bora Bora se convierte en el escenario perfecto para un reencuentro lleno de **deseo y tensión**. Julia está decidida a hacerse con las riendas de su vida a pesar del caos. Pero lo que no esperaba era que su ex, **Ryan** avivara emociones que creía enterradas.

En medio de un entorno exótico y tentador, Julia se debate entre dejar atrás el pasado o redescubrir una pasión que nunca murió. ¿Podrá resistir la atracción o se dejará llevar por el calor del paraíso?


SCARLETT SIMMONS
Pasión
en el paraíso
PASIONES PROHIBIDAS, 2

PASIÓN EN EL PARAÍSO

Prólogo

Julia

—¡No puedo creer que sigas con lo mismo! —exclamo, intentando mantener la calma, mientras cruzo los brazos, como si eso pudiera protegerme del dolor que sé que está por venir.

Él me mira, con ese gesto que me resulta tan familiar, mezcla de frustración y agotamiento. Hace días que estamos en esta espiral, dando vueltas a lo mismo, sin avanzar, y cada palabra que intercambiamos parece añadir una capa más a la distancia que ha crecido entre nosotros.

Ni siquiera el sexo lo resuelve. Cualquiera diría que nos acabamos de devorar el uno al otro y ahora estemos así, en medio de un océano de reproches.

—¿Y qué esperas que haga? —responde él, con una voz tensa, contenida—. ¿Pretendes que finja que no me importa?

—¡No es eso! —me defiendo, sintiendo cómo la frustración me ahoga—. Solo quiero que me entiendas, que confíes en mí. ¿Es mucho pedir?

—Julia, llevo meses intentando entenderte. Pero cada vez que pienso que hemos avanzado, vuelves a levantar un muro entre nosotros. ¿Cómo se supone que debemos construir algo si solo pones obstáculos?

Su voz sube de tono y sé que está a punto de explotar. Y lo peor es que, en el fondo, sé que tiene razón. Pero admitirlo es algo para lo que no estoy preparada, porque hacerlo significaría reconocer que tal vez he sido yo quien ha estado saboteando todo esto desde el principio.

—No es justo que me eches toda la culpa —respondo, intentando defenderme, aunque mi voz suena débil incluso para mis oídos—. No soy la única que ha cometido errores en esta relación…, o lo que sea.

Hago un gesto despectivo que lo dice todo.

Él suspira y se pasa una mano por el pelo en un gesto de exasperación, que me resulta dolorosamente familiar.

—No se trata de culpas, Julia. Se trata de lo que queremos. Y lo que antes solo era una sensación, ahora es una certeza. Tengo claro que no estamos en el mismo punto, de que tú… de que tú no quieres lo mismo que yo.

Sus palabras caen sobre mí como una losa, porque sabe exactamente dónde golpear para hacerme dudar, para hacerme sentir que tal vez estoy tomando el camino equivocado. Pero también sé que hay algo que él no entiende, algo que nunca hemos logrado resolver y que, en el fondo, sé que nunca lo haremos.
¿Qué nos queda si ni siquiera nos comprendemos?

—Yo quiero… —empiezo, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Porque lo que quiero y lo que necesito parecen haberse convertido en cosas diferentes, en opuestos irreconciliables.

—¿Qué, Julia? ¿Qué es lo que quieres? Me encantaría saberlo. —Su voz es ahora un susurro cargado de ironía y lleno de una desesperación, que solo he escuchado una vez antes de hoy, en un momento que preferiría olvidar.

Lo miro, y veo el reflejo del hombre del que me enamoré, pero también todas las heridas, todas las cicatrices que hemos acumulado durante estos años. Y sé, en este preciso momento, que hemos llegado al final de algo que, en el fondo, llevaba mucho tiempo roto.

—Quiero… quiero dejar de sentirme así. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y al hacerlo, siento que algo dentro de mí se rompe de una manera irreversible, sobre todo porque no reflejan lo que de verdad deseo—. Quiero dejar de sentir que estamos luchando contra algo que no tiene solución.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor. Veo cómo sus ojos se oscurecen, cómo su postura se tensa, y sé que lo he perdido, que esas palabras han sido la puntilla, la confirmación de lo que ambos hemos estado temiendo.

—Si eso es lo que quieres… —comienza él, con un tono de voz tan frío que me hiela la sangre—, entonces tal vez lo mejor sea que dejemos de intentar salvar algo que ya no existe. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

El dolor que siento en ese momento es indescriptible, pero sé que tiene razón. Hemos estado aferrándonos a algo que dejó de ser real hace tiempo, a una versión idealizada de lo que alguna vez fuimos, pero que ya no somos.

—Supongo que sí —respondo, y cada palabra es como un puñal que atraviesa mi corazón.

No hay más que decir. Nos quedamos mirándonos, dos personas que una vez compartieron todo y que ahora son solo extraños atrapados en una relación que ya no tiene sentido. Ante mi inmovilismo, él se da la vuelta y sale de la habitación, y con cada paso que se aleja, siento que se lleva una parte de mí que nunca recuperaré.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, el silencio es absoluto. Y en ese silencio, me doy cuenta de que no solo he perdido a la persona que amaba, sino que también me he perdido a mí misma en el camino.

Y todo por no haber sido capaz de decirle la verdad, de reconocer que lo único que quiero es a él.

TRES AÑOS DESPUÉS

Capítulo 1

Julia

El sonido de las ruedas del avión al tocar tierra me despierta de mi ensoñación. Abro los ojos y parpadeo, ajustándome a la luz natural que inunda la cabina. Las palabras del piloto resuenan por los altavoces, anunciando nuestra llegada a Bora Bora. Mi corazón da un vuelco al recordar por qué estoy aquí y con quién.

A mi lado, mi «novio» mira por la ventanilla con una sonrisa de oreja a oreja. Es guapo, no cabe duda, con su cabello rubio ligeramente alborotado y esos ojos azules, que parecen contener la esencia misma del océano. Pero su entusiasmo casi infantil contrasta demasiado con la tensión que siento en mi pecho.

Cuando mi prima Florence me invitó a su boda en Bora Bora, salté de alegría. Me hacía muchísima ilusión y toda la familia Sinclair lo consideró la celebración del año. Todo un acontecimiento con un solo problema para mí: iba a ser la única que iría sin pareja. La soltera que mis tías arroparían con lástima en sus ojos y el gesto de decepción que mi padre tendría de estar aquí, pues siempre me decía que soñaba con una boda así para mí, su pequeña y mimada hija.

Decidí que eso no era ningún problema y que no necesitaba a nadie para ser una mujer completa y feliz. Pero había un segundo problema, por el que casi cancelo mi asistencia: el padrino de la boda va a ser mi ex. Pero no tuve el valor de decir a Florence que no iría. Después de todo, ella no tiene la culpa de lo que pasó entre su mejor amigo y yo. Pero la idea de enfrentarme a todos sola, de ser la soltera en una boda y, peor aún, de toparme con él, es más de lo que quería soportar.

Fiona, mi mejor amiga, me propuso contratar a un novio de alquiler y, aunque en un primer momento me horrorizó la idea, aquí estoy, aterrizando en Bora Bora con un completo desconocido a mi lado, del que se supone que estoy locamente enamorada. Espero saber mantener el engaño durante la semana que dura la boda. Por si fueran pocos días, hemos venido antes que el resto para *conocernos* mejor, ya que la primera vez que vi a Alex fue ayer cuando firmamos el contrato.

Un contrato, por cierto, que no incluye intimidad de ningún tipo. Solo, especifica el artículo 6, cuando en público sea necesario para hacer creíble el noviazgo.

—Así que este es tu primer viaje con una clienta, ¿no? —pregunto para romper el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.
Él se gira hacia mí, y su sonrisa se amplía.

—Sí, pero no te preocupes, lo tengo todo bajo control. Sé comportarme en cualquier tipo de acontecimiento. Tú indícame lo que debo saber y yo finjo como el buen actor que soy —contesta sin un ápice de humildad.

Asiento, aunque no puedo evitar sentir un nudo en el estómago. Contratar a un acompañante para una boda era algo que jamás hubiera imaginado hacer, pero la desesperación puede llevar a tomar decisiones extrañas. Y aquí estoy, arrepentida cuando ya no tiene remedio, a punto de enfrentarme a mi familia y, lo que es peor, a mi pasado.

El avión termina por fin de rodar por la pista. En el exterior, la vegetación exuberante y las aguas cristalinas de Bora Bora se despliegan como un escenario sacado de un sueño. Es imposible no reconocer la belleza del lugar, pero mi mente está demasiado ocupada con lo que me espera en los próximos días como para disfrutar del paisaje.

—¿Nerviosa? —pregunta, como si leyera mis pensamientos.

—Un poco —admito, y me obligo a sonreír—. Es solo que... no sé cómo va a salir todo esto.

—Tranquila, Julia —dice, utilizando mi nombre por primera vez desde que despegamos—. Solo tenemos que fingir ser la pareja perfecta durante

unos días, y luego volveremos a nuestras vidas normales. Confía en mí, soy un profesional.

Su confianza debería tranquilizarme, pero no lo hace. El simple hecho de saber que me veré obligada a pasar tiempo con él, a sonreír y fingir que todo está bien, mientras mi ex va a estar en la misma boda, me parece más duro que subir al Everest. Con lo fácil que parecía la noche que Fiona y yo, algo borrachas, lo imaginamos todo desde su ático en Manhattan.

El aeropuerto es pequeño y bullicioso, con turistas y locales moviéndose en todas direcciones. La brisa cálida me envuelve cuando salimos, trayendo consigo el aroma del mar y las flores tropicales. Es un olor que debería ser relajante, pero que a mí me resulta asfixiante y me recuerda la irrealidad de mi situación.

Nos dirigimos al hotel en un taxi que recorre caminos bordeados de palmeras y flores de hibisco. El conductor no deja de hablarnos sobre la belleza de la isla, las mejores playas y los lugares turísticos, pero yo solo puedo pensar en la llegada al *resort*, en lo que pasará cuando vea a mi familia y, sobre todo, cuando lo vea a él.

—Este lugar es impresionante —comenta mi acompañante, con esa alegría que parece inagotable—. No puedo creer que me estén pagando por estar aquí.

—Calla —le espeto—. No vuelvas a decir eso delante de nadie.

—¡Uy! Perdón —dice llevándose una mano a la boca como un niño al que riñes por decir una palabrota.

Me obligo a sonreír, pero por dentro estoy más nerviosa que nunca. Él parece tan despreocupado, tan ajeno a la tensión que me consume, tan… simplón. Tal vez eso es lo que necesito, alguien muy básico que me haga olvidar, aunque sea por un momento, la pesadilla en que puede convertirse esta boda. Miro su pierna que involuntariamente roza mi rodilla y pienso que quizá podamos saltarnos el artículo 6 y pueda quitarme las penas con un buen polvo. Niego con la cabeza, porque sé que ni es posible, ni es lo que deseo.

Por fin el taxi llega a su destino. El complejo hotelero es un lujo tropical, con bungalows sobre el agua y jardines que parecen sacados de una postal. Al llegar, el personal nos recibe con sonrisas cálidas y collares de flores. Todo parece diseñado para relajarse, pero a mí me cuesta dejar de pensar en la razón por la que estoy aquí.

Nos registramos y, al entrar en nuestra habitación, el miedo y la incertidumbre me recorren el cuerpo y se instalan en cada fibra de mi piel. ¿Estaré haciendo lo correcto? Seguro que no, pero ya estoy aquí y me toca apechugar. Al menos, el lugar es una preciosidad, con vistas directas al mar y una decoración que combina la elegancia moderna con detalles tradicionales polinesios. Solo por eso ya ha merecido la pena venir. Miro a mi alrededor y entonces me doy cuenta: solo hay una cama, grande y con un dosel que le da un aire romántico, lo que me hace tragar saliva.

—Es... encantador —comento, tratando de mantener la calma mientras pienso en cómo solucionar este nuevo inconveniente.

—¡Y tanto! —responde Alex, lanzándose sobre la cama, riendo como un niño—. Esto es un sueño, Julia. Relájate, ¿quieres? Solo tenemos que fingir ser una pareja feliz. No es tan difícil. Y mírate, tú no estás tan mal.

Le dedico una mirada que espero que transmita algo de la seriedad de la situación, disimulando el mal sabor de boca que me ha dejado su opinión sobre mí.

—Recuerda lo que te dije —insisto—. Esto es solo un trabajo. No hay necesidad de que... ya sabes.

—Sí, sí, tranquila. Soy un profesional, ¿recuerdas? —dice, guiñándome un ojo antes de comenzar a deshacer su maleta.

Me retiro al baño para cambiarme, y darme unos minutos de soledad para recuperar la calma. El reflejo en el espejo me devuelve una imagen que no reconozco del todo. Mi cabello está un poco más desordenado de lo habitual, y hay una sombra en mis ojos, que no estaba allí antes de que todo se complicara tanto.

La boda es en tres días. La mayoría de los invitados llegará mañana para la

despedida de solteros y la preboda, así que tenemos hasta que entonces para conocernos e inventar nuestra historia de amor.

Cuando salgo del baño, él está hablando por teléfono, arreglando lo que parece ser una cita para bucear mañana temprano.

—Sí, sí, soy un profesional en eso también —me dice con una sonrisa mientras cuelga.

—¿Tienes planes? —pregunto, algo extrañada por lo rápido que se está adaptando mientras yo sigo hecha un amasijo de nervios.

—Solo me voy a sumergir un rato antes de las fiestas —responde, despreocupado—. No te preocupes, estaré de vuelta a tiempo. Lo tengo todo controlado.

Acepto su contestación, aunque no estoy segura de cómo me siento al respecto. Parte de mí quiere que él esté cerca para ayudarme a mantener la farsa, pero otra parte, la más vulnerable, desea estar sola para afrontar lo que venga sin tener que cargar con él. Voy a estar todo el tiempo en tensión por si mete la pata delante de la gente y mi ex se entera del engaño.

Bajamos al vestíbulo y caminamos por los jardines hasta llegar a la playa. El sol comienza a ponerse, y nos regala un espectáculo visual en el horizonte. Mientras caminamos por la arena, siento la necesidad de compartir con él mis temores, pero me contengo. No lo conozco lo suficiente, y no quiero que sepa de mí más de lo necesario para hacer bien su trabajo. Ni somos ni seremos amigos.
—¿Quieres que vayamos a cenar algo ligero?

—Sí, claro —respondo, aunque mi apetito es inexistente—. Tenemos que hablar. Se nos echa el tiempo encima y aún no hemos acordado nada.

Nos dirigimos a uno de los restaurantes del hotel, donde nos sentamos en una mesa con vista al mar. Las olas rompen suavemente contra la orilla, y el sonido es hipnótico. Mientras espero la comida, me pierdo en mis pensamientos, preguntándome cómo he llegado a este punto, cómo una simple boda ha terminado convirtiéndose en una prueba de fuego para mi

cordura.

—Julia, relájate —dice él, captando mi atención y cogiéndome de una mano—. Te vas a destrozar el labio si sigues mordiéndolo así. Todo va a salir bien. Lo prometo.

Su voz es tan segura y tan llena de esa confianza juvenil, que casi me hace creerle. Casi.

—Venga —añade tras darle un buen bocado a la hamburguesa que se ha pedido—, ¿cómo nos conocimos?

Y así empezamos a elaborar *nuestra* historia.

(...)

Sigue leyendo:

GRACIAS

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



SÍGUEME EN FACEBOOK



S.S.